

Lexy  
Timms

*Quién es*  
**BOSS**  
EL  
*Amor*  
la Serie La Asistente Personal

**Quién es el Boss ahora: romántica  
de multimillonarios, tercer libro  
Lexy Timms**

Traducido por Lola Fortuna

“Quién es el Boss ahora: romántica de multimillonarios, tercer libro”

Escrito por Lexy Timms

Copyright © 2017 Lexy Timms

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Lola Fortuna

Diseño de portada © 2017 book Cover by Design

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

**Quién es el Boss ahora**  
**Libro 3**  
**Serie La asistente personal**

Lexy Timms  
Copyright 2015 Lexy Timms



**Todos los derechos reservados.  
Copyright 2015 Lexy Timms**

# Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Serie La asistente personal](#)

[Encuentra a Lexy Timms:](#)

[Sinopsis:](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Nota de la autora:](#)

[Busca a Lexy Timms:](#)

# Serie La asistente personal

The Boss  
Vuelve el Boss  
Quién es el Boss ahora  
Amar al Jefe  
Sí, quiero, Boss  
La mujer del Boss

UN REGALO PARA EL BOSS  
Novela breve de navidad (3.5)



# Encuentra a Lexy Timms:

**Lexy Timms Newsletter:**

<http://eepurl.com/9i0vD>

**Lexy Timms Facebook:**

<https://www.facebook.com/SavingForever>

**Lexy Timms Web:**

<http://lexytimms.wix.com/savingforever>





## Sinopsis:

*De la autora súperventas Lexy Timms, llega una novela de multimillonarios que te hará perder la cabeza y enamorarte como el primer día.*

### **¿Cuánto puedes acercarte al fuego sin quemarte?**

Obtener el trabajo de sus sueños y salir con el jefe, alucinantemente atractivo, además de ganar la confianza que nunca había tenido. Jamie piensa que las cosas no le pueden ir mejor.

Ayuda a dirigir una empresa de varios millones de dólares. Sus problemas familiares parecen ser cosa del pasado y, aunque ella y Alex aún tienen que aclarar algunos detalles, parece que serán capaces de comportarse de forma profesional en el trabajo y de tener romanticismo después.

Pero las cosas no siempre pueden ser perfectas.

**\*\* Quién es el Boss ahora es el tercer libro de la Serie La asistente personal \*\***

Solo para mayores de edad. Hay situaciones adultas, pero se trata de una historia de amor, NO de novela erótica.



# Índice

Serie La asistente personal.....	
Encuentra a Lexy Timms:.....	
Sinopsis:.....	
Capítulo 1.....	
Capítulo 2.....	
Capítulo 3.....	
Capítulo 4.....	
Capítulo 5.....	
Capítulo 6.....	
Capítulo 7.....	
Capítulo 8.....	
Capítulo 9.....	
Capítulo 10.....	
Capítulo 11.....	
Capítulo 12.....	
Capítulo 13.....	
Capítulo 14.....	
Capítulo 15.....	
Capítulo 16.....	
Capítulo 17.....	
Capítulo 18.....	
Capítulo 19.....	
Capítulo 20.....	
Nota de la autora:.....	
Busca a Lexy Timms:.....	

# Capítulo 1

Había pasado un mes desde la boda de Christine. Los negocios de Alex florecían; otro inversor importante se añadió al proyecto, lo cual los mantenía ocupados a él y a Jamie. Pero darle forma al futuro requería tiempo, energía y esfuerzo.

Jamie se apoyó en el respaldo de su butaca de cuero y suspiró. Había pasado más de una semana desde que se habían acostado y, sinceramente, estaba cayendo en un estado de ánimo bastante malo y que parecía que no la iba a abandonar. El sexo era parte de ella, una liberación que le ayudaba a mantener el equilibrio en las otras áreas de su vida. Después de encontrar en Alex a la pareja perfecta, no quería dejar pasar muchos días sin que él se acordara de sus necesidades.

–Ahora sería un buen momento. –Jamie se levantó y se alisó la falda negra sobre la curva de su trasero antes de salir al pasillo.

Gina la miró y sonrió.

–¿Aún te apuntas para unas copas esta noche?

La secretaria de Alex se había convertido en una de las personas que mejor le caían a Jamie. Sus “happy hours” privadas se habían hecho ya costumbre. Después de crecer en una familia en la que nunca la consideraban lo bastante buena y todo lo hacía mal, Gina se convirtió en una aliada maravillosa. La mujer hacía que Jamie se sintiera concentrada y feliz consigo misma.

–Por supuesto –Jamie miró hacia la puerta cerrada de Alex–. ¿Está de malas hoy? Aún no he tenido el placer de verlo.

–Está que salta un poco, pero ya sabes que está cerca la conferencia de inversores. Siempre se pone un poco de malas en esta época del año. –Gina miró a Jamie con una sonrisa tonta en la cara–. Aunque últimamente está más feliz de lo normal.

Jamie intentó al mismo tiempo ignorar el comentario de Gina y no sonrojarse; algo casi imposible.

–Ha estado muy ocupado. Llevo echando un montón de horas extra la última semana, intentando que cuadren sus fechas de charlas y sus notas. –Se encogió de hombros y fue hacia la puerta, poniendo la oreja encima–. ¿Hay alguien dentro o está hablando por teléfono? –Jamie había revisado sus citas,

que como siempre tenía añadidas a su tablet, pero quizás hubiese entrado alguien en el despacho sin que ella lo oyera.

–No y no. Entra y a ver si eres capaz de que un rayo de sol lo ilumine – Gina se echó a reír.

Jamie no pudo evitar sonreír.

–A ver –Llamó una vez y entró.

Alex estaba de pie, dándole la espalda, con las manos apoyadas en el mueble que había detrás de su escritorio. Tenía los hombros rígidos, pero no se movía, lo cual seguramente indicaba que estaba leyendo.

–Soy yo –susurró Jamie bajito, no quería asustarlo. Cerró la puerta a sus espaldas, lo cual llamó la atención de Alex.

Se giró y se metió las manos en los bolsillos del pantalón, de manera que se formaron unos bultos en su chaqueta negra a la altura de la cadera.

–Buenos días. ¡Mírala qué guapa está! –Su ceja oscura se arqueó a la vez que levantaba los labios.

La semana había sido dura para Alex, lo mismo que el mes anterior. Básicamente se habían ignorado en casa. Unas cuantas noches de hacer el amor rápido y luego volvían en seguida a la carrera. Alex movió una mano hacia la parte frontal de la chaqueta para desabrocharla y le ofreció a Jamie una sonrisa tensa.

–¿Qué puedo hacer por ti, Jamie? Tengo una reunión en cuarenta y cinco minutos y tengo que prepararla. –Se giró y recogió sus notas, repasándolas mientras dejaba escapar un largo suspiro–. Estoy listo para darle caña a esto.

–Lo sé. –Jamie avanzó y se detuvo frente a él. Tímida, dudando un momento antes de que el deseo superara a la timidez. Deslizó las manos por encima de la cintura de Alex y apretó sus duros abdominales con las palmas–. Solo quería verte.

Alex levantó la vista de las notas que tenía entre las manos y las dejó en la mesa, pasando los dedos de una mano por el pelo de Jamie para tirar de ella y acercarla. Ella cerró los ojos, la imagen de su atractivo rostro grabada en su memoria; piel morena y una perilla perfectamente recortada que le daba un atractivo aire de chico malo.

Los labios de Alex eran suaves, su lengua templada y húmeda cuando se encontró con la de Jamie. Ella se abrió para él y gimió al notar el sabor a menta de su lengua.

Los fuertes dedos le apretaron la cadera y luego empezaron a jugar con sus curvas. Había pasado demasiado tiempo y aquel beso la hizo pasar en

seguida del “buenos días” a un “te necesito ya”.

Alex se apartó, sin respiración y con los ojos muy abiertos.

–¡Joder! Debería cancelar la reunión.

–No puedes. –Jamie le pasó los dedos por la línea de la mandíbula, mientras que Alex pasaba de su pelo a sus pechos, apretándolos con suavidad.

–Te necesito. –Bajó, posó los labios sobre el cuello de Jamie y los deslizó hacia arriba, hasta que la deliciosa calidez de su aliento llegó a la oreja–. Dime que tú también me necesitas.

–Desesperadamente –murmuró ella y se empujó contra el pecho de él–. Diez minutos. O cinco, solo te robaré cinco. Mientras lees tus notas déjame tomar lo que necesito de ti.

Él asintió con una sonrisa llena de malicia mientras se desabrochaba el pantalón y la miraba con interés.

–Eres increíblemente guapa. ¿Por qué no hemos dormido abrazados esta semana?

Alex se bajó el pantalón pasando de la cadera, su cuerpo ya estaba duro y orgulloso en su erección. Dejó los caros pantalones sobre la silla y se acarició una vez mientras Jamie se quitaba las bragas.

La calidez la invadió al pensar que se iba a ofrecer a él. No había habido en su pasado un hombre que le gustara más ni que la dejara jadeando con la necesidad de otro encuentro.

–No lo sé, pero no quiero que vuelva a ocurrir. Te necesito tanto que me da vergüenza. –Se giró y se levantó la blusa mientras las manos de Alex le sujetaban los muslos.

La bajó para encajarla en él, aprovechando un tiempo que no tenían. La intensa presión que notó al quedar empalada por un hombre de su envergadura la hizo gritar.

–Joder, Jamie –gruñó él y levantó la cadera para entrar más antes de que Jamie acabara de sentarse.

Ella volvió a gritar y cerró los ojos, echándose hacia atrás y balanceando la cadera.

–No hay nada de que avergonzarse. Soy tu hombre. Tómame cuando me necesites, amor. –Le lamió un lateral del cuello y le frotó el clítoris con los dedos–. Balancéate sobre mí. Córrete unas cuantas veces y luego yo me uniré a ti. Solo te pido que lo hagas rápido.

–Sí –murmuró ella y levantó la cadera. Su cuerpo se debatía entre si era mejor echarse hacia adelante, contra los dedos de Alex, o hacia atrás, contra su polla.

Alex le mordió el cuello y gruñó desde el fondo del pecho. Quizás lo de esperar unos cuantos días no estuviera mal. Desde luego hacía que el sexo se volviera más agresivo y carnal.

El calor estalló desde el centro de la tripa de Jamie y se echó como en un latigazo hacia atrás, sin importarte cómo se pudiera ver. Hacer que él le diera placer era lo único que importaba. Jamie deslizó las manos por la mesa y rebotó contra Alex mientras los dedos de él le sujetaban con fuerza la cadera, ayudándola a levantarse para luego bajarla fuerte.

–Es increíble –gimió Alex sin aliento mientras la levantaba y la hacía permanecer doblada hacia atrás, pero aún de pie. Se inclinó sobre ella para entrar y salir mejor. Jamie se sacudió y se mordió el labio para evitar gritar, mientras los temblores generados por el placer explotaban en su interior–. Ahí va uno –contó Alex–. Dame otro, lo quiero.

–Yo también. –Apoyó la mejilla contra el mármol frío que recubría el escritorio y levantó el trasero un poco más para que él tuviese más espacio de maniobra.

Los profundos gemidos de Alex, mezclados con el delicioso aroma de su colonia hicieron que a Jamie le diera vueltas la cabeza. Unas manos ansiosas le recorrieron el cuerpo vestido, haciéndola sentir deseada, hermosa, perfecta. Solo Alex podía hacerla sentir así. El escritorio se movió debajo de ella debido a as potentes embestidas y Jamie soltó un chillido, acercándose más y más al borde del orgasmo.

–Estoy a punto –balbuceó contra su propia mano.

–Bien. Esto es tan solo un aperitivo de lo que vendrá. Voy a degustar cada centímetro de tu cuerpo y a verte disfrutar cada centímetro mío antes de hacerle el amor a ese cuerpecito tuyo durante horas. Si no es esta noche... Será muy pronto. Necesito oírte gritar. –Su voz sonaba grave.

Esa fue la clave.

–Alex –gritó ella y se echó hacia atrás contra él, moviendo la cadera en círculos tanto como podía mientras las llamas brotaban desde el centro de su tripa y se repartían por todos sus puntos de placer, haciendo que se perdiera en el momento y no le importara nada más que él.

–Eso es, mi amor. –Él empezó a acelerar, dándole besos suaves y sexis en un lado de la cara–. Ahora voy yo también, ¿quieres?

–Sí. Sí, joder, sí. –Se giró como pudo para besarlo.

Los fuertes dedos de Alex le cubrieron la barbilla mientras el beso se hacía más profundo y él gemía contra los labios de ella, perdiéndose en su interior.

Un potente sentimiento se apoderó de Jamie y tuvo que obligarse a contener las lágrimas. Él era todo lo que había deseado y parecía que ahora prácticamente era suyo, aunque algo los separaba. Alex terminó de hacerle el amor y se levantó para limpiarse, soltando el aire en una larga exhalación.

–No me había dado cuenta de cuánto te necesitaba. –Alex sonrió mientras Jamie se incorporaba y se ponía la falda negra.

–Yo sí. Estaba de un humor de perros y esta mañana me di cuenta de por qué. –Se acercó a él, deslizando los brazos alrededor de su cintura mientras Alex acababa de abrocharse el pantalón.

–¿Necesitas que te recuerde que eres la fantasía de cualquier hombre? –Subió y bajó las cejas de forma juguetona y volvió a besarla.

–No me importan los demás hombres, solo tú. –Le mordisqueó los labios y luego se agachó para recoger las bragas. Ella no era la fantasía de todos los hombres pero él si era la de todas las mujeres. Jamie se guardó las bragas en el pequeño bolsillo de la falda y caminó hasta la puerta–. Tienes diez minutos. Buena suerte.

–Gracias, Jamie. Te veo después. Me siento increíble ahora.

–Así es como te debes sentir, porque *eres* increíble. Jamie hizo una pausa junto a la puerta para mirarlo, mientras él recogía sus notas a toda velocidad y se revisaba el pelo en el espejo. Jamie había vuelto a perderlo, pero no importaba. Que la hubiese abrazado y le hubiese recordado que aún estaban juntos, tanto como podían estarlo, era suficiente.

Gina levantó la mirada cuando Jamie salió.

–¿Está listo? La reunión es en diez minutos.

–Sí. Tiene sus notas y está preparado. Esto es pan comido.

Jamie se acercó a la mesa y apoyó los brazos para intentar actuar como si estuviera tranquila. Necesitaba pasar por el baño y beberse un buen vaso de agua helada. Habiéndose acostumbrado a hacer el amor varias veces al día, su cuerpo ahora tan solo había hecho el calentamiento y estaba preparado para una larga sesión que no iba a tener lugar.

–Genial. Me encanta que siempre puedas alegrarlo. Tendré que mandar tu cara sonriente a todos ejecutivos.

–Eh, no. –Jamie se rió y miró hacia atrás al ver salir a Alex a toda velocidad.

–Volveré en dos horas. Dile al señor Barnes que llego un poco tarde –le ladró sus órdenes a Gina y salió por la puerta sin siquiera mirar hacia donde estaba Jamie.

Ella comprendía que era necesaria la discreción, pero que ni siquiera la mirara le parecía un poco frío. Normalmente iba a las reuniones con él, pero ahora Alex prefería que se quedara en la oficina y se hiciera cargo de otras cosas. ¿Cuánto tiempo pretendería estar con ella sin que nadie lo supiese? Si daba la talla como para ser su chica frente a las familias de los dos, ¿por qué no lo podían saber en el trabajo?

–Claro –le respondió Gina a Alex y luego dio unos golpecitos en la mesa de Jamie–. ¿Estás bien?

–Solo pensaba en lo locas que pueden ser las cosas algunas veces.

–Pues sí. Quiero que me lo cuentes todo mañana por la noche tomándonos un licor. Sobre todo las partes más jugosas.

Jamie chasqueó la lengua y salió por el pasillo hablando sobre el hombro:

–Ojalá tuviese cosas jugosas que contarte.

–Ah, seguro que las tienes.

Entre la risa de Gina y el amor que había recibido de Alex, seguro que el día iba a ser muy bueno. Necesitaba más de ambas cosas, pero Jamie se conformó con lo que tenía. Encendió su ordenador portátil y se puso a trabajar.

## Capítulo 2

Alex tenía que trabajar hasta tarde y le sugirió a Jamie que se fuera a casa. Le dijo que no hacía falta que se quedaran los dos en la oficina. Como aún intentaba ajustarse a la nueva situación en el trabajo y a la manera en la que se suponía que debían actuar, Jamie se limitó a asentir y se marchó. Nadó un buen rato en la piscina y luego se comió la increíble cena que Murray le había preparado. Más tarde se tumbó con una novela romántica que sacó de una de las cajas que aún no había deshecho y que estaban en el armario del dormitorio. Era curioso cómo, al leer historias de amor, le parecía más posible que hubiese amor en su vida.

A la mañana siguiente se despertó con la desilusión de encontrarse sola. Miró su móvil, pero no tenía mensaje de Alex. Esperaba encontrarse con él en la casa principal, aunque dudaba que ocurriera. Obviamente aquello que le había prometido sobre toda una noche de juegos y haciendo el amor iba a tener que esperar. El pobre seguramente se había pasado la noche trabajando en el despacho. Si no tenía tiempo ni para comer, dormir o hacer ejercicio, desde luego no iba a tenerlo para ella.

Al pensar en que si llegaban a estar juntos su vida iba a estar llena de noches solitarias, Jamie se preguntó si estaba eligiendo bien. Quizás tan solo debiera dejarlo marchar y buscar a alguien que pudiera darle lo que necesitaba, alguien mejor para ella.

—Buena suerte —se murmuró bajito mientras salía al fresco día de primavera.

Casi había llegado el verano y el barrio en el que vivían era perfecto para salir a correr. Ya vería si Alex podía rascarle una hora a la mañana o a la noche para correr con ella. El ejercicio ya no era tan solo para perder eso sino más bien para deshacerse del estrés. Sentía que aún tenía que adelgazar un poco más, pero entre el trabajo, su extraña relación con Alex y su familia, que seguía molestándola a pesar de haberle prometido que no lo harían más, perder peso era lo último que le importaba. Se estremeció ante la idea de correr con Alex. Sería una pérdida de tiempo. Nunca lograría correr a su ritmo.

Recorrió en coche el largo camino hasta la oficina, aunque en realidad no tenía nada que hacer hasta las nueve aquella mañana. Seguramente habría un

montón de mensajes que contestar y unas cuantas notas de Alex pidiéndole que buscara información sobre distintas cosas, pero la primera reunión no era hasta las nueve.

Pasó por la cafetería y cogió algo para sí misma, para Alex y para Gina. Su esperanza era alegrarles el día a todos. Estaba segura de que Gina disfrutaría su café, pero Alex estaría demasiado ocupado y no se lo bebería caliente. Daba igual, eso no evitó que le llevara algo.

La oficina estaba tan silenciosa cuando entró que se sorprendió. Dejó el café de Alex y el de Gina en sus respectivas mesas y caminó a su despacho.

Un coro de “feliz cumpleaños” la sorprendió. ¿De quién era el cumple?

Probó su café. Estaba perfecto tras los veinte minutos que tardó en llegar a la oficina. No recordaba haber visto el nombre de nadie en la lista de cumpleaños, pero como sabía que representaba al CEO, recorrió el pasillo para llegar a la sala de descanso.

—¡Jamie! Él es Paul. Estará de becario con nosotros este verano. Hoy es su primer día y también es su cumpleaños—dijo Gina con alegría, tocándole el hombro al guapo joven que estaba a su lado.

—¡Fantástico!—Jamie caminó hacia él y le dio la mano—. Encantada, Paul. Yo soy la asistente personal del señor Reid, Jamie Connors.

—Qué afortunado es el señor Reid.—El becario sonrió y le estrechó la mano con firmeza.

—Pues sí. Trabajo duro para ganarme el sueldo.—Jamie le ofreció una sonrisa profesional y se puso junto a Gina mientras el resto del personal cortaba la tarta y la servía.

Jamie levantó la mano para rechazarla. Si tomaba demasiado azúcar por la mañana se sentía fatal el resto del día.

—Está que te mueres, ¿a que sí?—le susurró Gina. Su melena oscura rozó el hombro de Jamie, haciéndole cosquillas.

—Sí, es guapo. Los rubios con ojos verdes siempre llaman la atención, especialmente aquí en Nueva York, donde lo que más hay son italianos.

—Así es, chica.—Gina se echó a reír y le dio a Jamie con el hombro—. No lo olvides.

—Jamás.

Jamie se quedó en la pequeña cocina unos cuantos minutos más. Paul parecía un buen chico, joven y un tanto inexperto, pero majo de todas maneras. Debía de ser más que bueno en finanzas para haberse ganado el puesto de becario. Alex solo aceptaba uno por semestre, según sabía Jamie.

Había miles de solicitudes por plaza, así que el proceso de entrevistas debía ser interesante. Los pobres chavales se dejaban la piel intentando entrar.

–¿Chavales? –murmuró para sí misma. Si no tenía más que cuatro o cinco años más que Paul, llamarlo chaval no era muy apropiado.

Cuando iba hacia su despacho le sonó el móvil. Caminó más rápido, alegrándose de haberse puesto zapatos planos con el vestido azul sin mangas que llevaba aquel día.

–Oficina de Alex Reid. Le atiende Jamie.

Se sentó, apoyando los brazos en la mesa mientras ponía el manos libres.

–Jamie. ¿Tienes un minuto? –La voz de su madre sonaba tensa, como si fuera a darle una mala noticia.

Se inclinó para recoger el móvil y ponérselo en la oreja para escuchar mientras sus pensamientos pasaban de lo malo a lo peor.

–Hey, mamá. ¿Qué pasa?

–Pues, sabes que tu padre y yo te queremos, ¿verdad?

Jamie puso los ojos en blanco y contuvo las ganas de soltar un gemido. ¿Por qué su madre no era capaz de ir al grano? Ya no tenía diez años.

–Claro que lo sé, mamá. ¿Qué pasa?

Un sollozo llamó su atención y se le crisparon los hombros.

–Tu padre quiere divorciarse –Otro sollozo.

–Ay, mamá. Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? –Jamie se echó hacia atrás en la silla mientras la recorría el frío que acompañaba a la noticia. Si sus padres, que parecía que se querían, podían divorciarse tras cuarenta años de matrimonio, ¿qué podía esperar para ella misma?

–Nada, me viene la semana pasada con que está cansado de sentirse como si no fuera nada. No sé a qué se refiere, ya ves que aún le quiero mucho. Aquí la víctima soy yo. –Su madre dejó escapar un horrible sonido y se echó a llorar.

¿La víctima? Su madre era agresiva, bocazas y malvada. Víctima no era una etiqueta que se le pudiera poner. Muchas veces en la vida de Jamie había sido la atacante, nunca la víctima.

–Seguro que os arregláis. –Jamie se llevó los dedos a la boca para sopesar la conversación—. ¿Has dicho que ha sido la semana pasada?

–Sí. El martes. –Su madre chilló un poco más—. Le he pedido que se lo piense antes de meter los papeles del divorcio, pero cuando hablamos está tan frío. Estoy segura de que hay otra persona.

¿Su padre había dejado a su madre hacía una semana y nadie había tenido el detalle de llamarla para contárselo? A pesar de que quería consolar a aquella mujer que nunca la había consolado *a ella*, se quedó en silencio. Le dolía darse cuenta de que nada había cambiado entre su madre y ella, ese dolor le llenaba el corazón. No le importaba. Si les importara su madre la habría llamado de inmediato.

*¿La llamarías si Alex te partiera el corazón?*

Joder, no.

–Dudo que haya otra mujer en la vida de papá. Se pasa el día trabajando. –Jamie intentó apartar sus propias historias y centrarse–. ¿Has hablado con Christine?

–Sí. La llamé cuando ocurrió –Más llanto.

*Por supuesto. ¿Cómo no llamar primero a la favorita?*

–¿Y qué te dijo, mamá? –Jamie hablaba entre dientes, odiaba lo mal que le estaba sentando aquello y odiaba que fuese por el motivo que era.

–Me dijo que tenía que darle un poco de espacio y que luego me hiciera la difícil.

–¿La difícil? –Jamie levantó la voz–. ¡Eso es ridículo, mamá!

–Jamie, no te estoy pidiendo consejo –le soltó su madre–. Nunca has tenido una relación larga, ¡ni siquiera te has casado! –la regañó, como si creyera que nunca se iba a casar–. Solo te estoy poniendo al tanto de la situación. Si estás demasiado ocupada para hablar, vale. No quería que tu padre te llamara y me hiciera quedar como un monstruo. El monstruo es él. –La voz pasó de llorosa a enfadada más rápido de lo que un coche de carreras pasa de cero a cien.

–Vale. Bueno, pensaré en vosotros. Dime si puedo hacer algo que no haya hecho ya Christine. –Jamie colgó y se apoyó en el respaldo, cerrando los ojos.

Era increíble lo rápido que su madre podía convertirlos tanto a ella como a su padre en monstruos.

¿Y lo de Christine? ¿Hacerse la difícil? ¿De qué iba a servir? El hombre ya se había ido. No le interesa tenerla ni recuperarla.

–Increíble. –Sacudió la cabeza y emitió un largo suspiro, deseando que el día fuese extremadamente ocupado.

La distracción perfecta. Alex no estaba en la oficina y ella tenía mucho trabajo.

–No, ¿qué ha pasado? –Gina se llevó el martini a sus preciosos labios rojos.

–Mi padre al fin le ha echado cojones –Jamie se encogió de hombros–. Hizo la maleta y abandonó a mi madre. Me siento mal por ella y me traumatiza un poco lo del divorcio, pero él se merece una vida mejor. Joder, junto a mi madre todos nos la merecemos.

El bar estaba hasta arriba de gente, siempre era así con la barra libre de los viernes. A veces más gente de la oficina se unía a ellas, pero aquel día encontraron una mesa tranquila en una esquina para refugiarse. Jamie solo quería estar con Gina.

–Mis padres siempre han estado enamorados y se tratan muy bien, así que no puedo ni imaginar lo que debe ser. Pero brindemos por tu día. –Se echó a reír e hizo un gesto hacia la copa de Jamie–. Bebe. Ni has tocado tu Mai Tai. No se bebe solo.

–Cierto. –Jamie lo cogió y le dio un gran trago mientras sus ojos estudiaban a la gente–. Cuéntame del chico nuevo.

–¿Quién? ¿El becario?

–Sí. Se llama Paul, ¿no? –Jamie centró su atención en Gina–. ¿Dónde estudió y cómo consiguió el premio gordo de trabajar con nosotros?

–Viene de la Universidad de Michigan. Impresionó a Alex y a otros inversores. El chaval es brillante y está buenísimo –se echó a reír.

–¿El chaval? Antes me quedé pensando que no podemos llamarlo así. No hay tanta diferencia de edad con nosotras.

Jamie se encogió de hombros y bebió un poco más. Lo único que podía mejorarle la noche era la promesa de pasar tiempo con Alex más tarde, pero eso no iba a pasar.

–Tiene veintitrés años, creo. Es un chaval. Yo cumplo treinta y ocho este año. –Gina le guiñó un ojo a Jamie con aire juguetón.

–Estás en la flor de la vida. Yo te piso los talones, aunque no te alcanzo aún. –Sonrió con descaro.

–¿Y por qué el interés en el chaval? –Gina arqueó su ceja perfectamente depilada.

–Nada, me preguntaba qué historia tenía. ¿Ya le han dado un despacho? Pensaba que lo estaban arreglando aún.

–No, no está listo aún. Te iba a preguntar si no te importaba que le pusiéramos temporalmente una mesa en el rincón de tu despacho que no se

usa. Primero iba a preguntar por ahí si alguien tiene espacio, antes de molestarte a ti, pero estoy casi segura de que nadie tiene por las obras que hay en el edificio. –Gina puso los ojos en blanco y se acabó el martini antes de asesinar a la aceituna con la pajita.

–Por mí bien. Siempre que tenga claro que no estoy para charlar todo el día. Tengo un millón de cosas en mi siempre creciente lista de Alex.

–Tú dile que se siente y le lees las reglas de compañero de despacho. Además, así tendrás algo bueno que mirar cuando necesites una pausa mental. –Gina se mordió el labio de forma seductora.

–No me interesa. Hay solo un hombre que ocupa mi atención, que de hecho me la roba toda. –Jamie se rió, permitiendo que el alcohol y la buena compañía la relajaran.

–Oh, qué bien. Cuenta...

## Capítulo 3

Jamie se despertó a la mañana siguiente con la caricia suave de un dedo sobre su muslo. Se movió y vio a Alex detrás de ella en la cama.

–Lo siento. Iba a llamar, pero luego pensé en lo bonito que sería entrar y meterme en la cama contigo. –Esbozó una sonrisa traviesa y siguió pasando los dedos por su piel.

–¿Y si hubiese tenido un amante aquí? –Jamie no podía evitar tomarle el pelo mientras volvía a tumbarse en la cama. Su camiseta corta y sus bragas dejaban mucha piel al descubierto, pero no podía hacer nada al respecto si no quería parecer demasiado tímida.

Alex le había dicho cosas bonitas sobre su cuerpo como para mantenerla callada el resto de su vida. No quería que pareciera que buscaba más cumplidos.

–Lo habría echado a golpes y luego te habría recordado por qué eres mía. –Se acercó, apoyando su erección contra la curva del trasero de Jamie.

A ella se le erizaron los pezones y el deseo se le encendió en su interior. Gimió y se apretó contra él, frotándose mientras la mano de Alex le subía por el muslo para llegar a la cadera y meterse luego debajo de la delgada camiseta. Los dedos de Alex se movieron adelante y atrás sobre los pechos de Jamie, excitándola, mientras sus labios se posaban sobre su cuello.

–Alguien se muere de ganas. –Le lamió una oreja y Jamie se estremeció y movió la cadera sin sentir vergüenza alguna por las palabras de Alex.

Quizás si él no estuviese siempre tan asquerosamente ocupado ella no tendría tantas ganas. Naaah, ella siempre tenía ganas con solo pensar en él.

–Te echo de menos, nada más.

Jamie cogió una mano de Alex y se cubrió con ella un pecho, entrelazando las piernas con las de él. Notó que llevaba vaqueros y camiseta, pero iba descalzo. Al frotar la piel de sus pies contra los de él, Alex contuvo el aliento de forma sonora.

–Mala mujer. Me haces cosquillas. –Se apartó y la hizo girar mientras le sonreía–. Tengo una sorpresa para ti.

–¿Ah, sí? –Jamie le acarició la espesa melena castaña.

–Sí, pero primero... el desayuno. –Gruñó y levantó la camiseta, deslizándosela sobre la tripa hasta dejar los pechos al descubierto. Se acercó

y le lamió los pezones. Uno cada vez, tomándose el tiempo necesario para empaparlos.

–¿Qué vamos a desayunar? –preguntó ella sin aliento, abriendo las piernas para dejarle sitio.

–Tú no estoy seguro. Yo te voy a comer a ti. –Levantó la mirada y sonrió de forma seductora. Sus ojos azul cristalino la perforaron y el calor que vio en ellos hizo que quisiera derretirse hasta convertirse en un charco–. Hazlo por mí, levanta los brazos y sujétate del cabecero de la cama. No quiero que tus pequeñas y avariciosas manos se metan en mi camino.

Jamie se rió pero hizo lo que Alex le pedía, sin apartar ni un momento la mirada de él.

–Me gustan este tipo de sorpresas.

–No, amor. Esto es el desayuno. La sorpresa viene después y no es lo que piensas. –Le lamió el ombligo y se puso a cuatro patas para recorrer hacia abajo la línea del cuerpo de ella–. Eres una chica tan mala.

–Solo contigo. –Jamie levantó la cadera para apretar su sexo contra él mientras él abría la boca y le rozaba las bragas con los dientes–. Joder.

Alex gruñó y la soltó, lamiendo alrededor de las bragas hasta que Jamie gritó de deseo.

–Quítamelas, joder. –Levantó la cabeza para mirarlo con frustración.

–Pídemelo por favor. –Alex arqueó una ceja y recorrió con la lengua la parte frontal de las bragas mojadas.

La cabeza de Jamie chocó contra la almohada al sacudirse por aquel roce.

–Por favor.

–Lo que me pidas.

Alex se movió un poquito y le deslizó las bragas despacio por las piernas. Fue una agonía. La espera, el juego, pero Jamie sabía que en unos minutos él haría que valiese la pena.

Los dedos de Alex exploraron su humedad y ella soltó el cabecero, sujetándose de las sábanas a ambos lados de los muslos. Gritó y él contuvo la risa.

El muy maldito se reía.

–Joder, qué sexy. –Bajó y la sujetó con fuerza para levantarle la cadera. Sus uñas se clavaban contra el trasero–. Abre más las piernas, Jamie. Déjame entrar.

Ella se obligó a abrir más, hasta una posición poco natural en la que, sin embargo, podía ver cómo él la comía deleitándose. Eso, combinado con los

profundos gemidos de él la llevaba a balancear el cuerpo para llegar a la liberación más rápido de lo que había llegado nunca.

Las manos de Alex la sujetaron con más fuerza y empezó él mismo a moverla hacia adelante y atrás. El filo de sus dientes le rozó el clítoris y ella estalló, abandonando su cuerpo sobre la cama.

Alex la soltó, pero apretó una vez más la boca contra ella y le metió los dedos profundo para arrancarle el primer orgasmo y guiarla hacia el siguiente. Jamie hacía un gran esfuerzo para no asustarlo con los largos gemidos que se convirtieron en gritos cuando el placer se desató en el centro de su ser.

–Para. Para, amor.

Apretó el pie contra él pero este respondió un “no” entre bufidos y siguió disfrutando un rato más. Jamie estaba hecha una sopa y se había sentado cuando él levantó la cabeza y sonrió.

–Adoro tu cuerpo. Estás buena que te mueres y sabes a cielo. Quiero más. –Bajó la mirada mientras sus dedos recorrían la raja de ella–. Dime que necesitas al menos una hora más.

–No. –Jamie le dio una patada juguetona y se giró para sentarse en la orilla de la cama–. ¿Dónde está mi sorpresa?

Una profunda risa surgió del pecho de Alex y se levantó para caminar hasta el lado de la cama en el que estaba ella y levantarla dándole la mano. Sus fuertes brazos la rodearon a la vez que sus labios se apoyaban sobre su hombro para besarlo.

–Ponte ropa cómoda y de abrigo y nos vemos frente a la casa en veinte minutos. Yo te llevo. –Le dio un beso en la nariz.

–Suena divino. Pero antes necesito desayunar.

Jamie deslizó las manos sobre el pecho de él y luego envolvió su erección con las mismas. El hecho de que necesitara las dos manos para sujetarlo hizo que se le formara un nudo en el pecho y que una nueva ola de deseo la atacara.

Alex se rió y dio un paso hacia atrás, retirando las manos de Jamie.

–Más tarde puedes tenerme enterito, si es que me aguantas. Vístete y vámonos, quiero pasar el día contigo.

Jamie lo vio marchar y se dejó caer en la cama. Iba a tener que esperarla, necesitaba un momento para recuperar el aliento, ducharse y beber una taza de café. De momento ya era la mejor mañana que había tenido en mucho tiempo y parecía que aún iba a mejorar.

–Bueno, ¿y adónde vamos? –preguntó Jamie, buscando la mano de Alex mientras pasaban en coche por la ciudad.

Con un poco de suerte su sorpresa tenía poco que ver con trabajo y más con ellos dos. Gran parte de lo que Alex era se debía a su éxito y gran parte de la relación que tenía se debía a sus vidas en el trabajo. Con suerte hoy iban a entrar en otra área de interés.

–Al puerto. He pensado que podía ser bonito pasar un día en el agua. La primavera casi se ha ido y el verano está de camino. Han dicho que hoy va a hacer bueno y quiero tiempo para rodearte entre mis brazos. –él le apretó la mano–. Tengo un chef privado esperándonos en el barco. –Se rió–. Sí, es Murray. Estaba disponible para cocinar para nosotros. –Guiñó un ojo–. ¿Qué opinas? Comida, buena compañía y un poquito de baile si te apetece.

–¿Mambo en horizontal?

Jaimie le ofreció una sonrisa descarada y disfrutó con el sonido de su risa. Él era tan guapo que cortaba la respiración, pero su personalidad lo hacía aún más atractivo. Lo tenía todo para ser un capullo, como solían ser casi todos los hombres de su posición, sin embargo casi todos los días se comportaba como un caballero. Era generoso y se había portado tan bien con ella y con su situación familiar en los últimos meses.

–Siempre estoy dispuesto a hacer el amor con la mujer más hermosa de Nueva York. –Apartó la mano de la de ella para aparcar–. ¿Preparada para un día de relajación?

–Sí. A los dos nos hace falta. –Jamie bajó del coche y caminó para dar la vuelta.

Alex estaba sacando del asiento trasero una cesta y otras cosas. Ella cogió la cesta.

–¿Qué hay aquí dentro?

–Tu vino favorito. Algo de fruta, que sé que te gusta y... –Alex cogió la cesta, la abrió y sacó un ramo de tulipanes blancos–...tus flores favoritas.

–Oh, Alex, me encantan. –Jamie las cogió y se las acercó a la cara mientras sentía el corazón encendido–. Has hecho todo esto por mí. Haberme quedado en la piscina contigo habría sido suficiente.

–Quería hacerlo. Hemos tenido unas semanas muy pesadas desde la boda. Me parecía que alejarnos de la casa y de todos era lo mejor para centrarnos en nosotros dos.

Caminó hasta el pequeño yate y dejó la cesta en el suelo para darle a Jamie la mano.

Murray debía de estar abajo, porque Alex arrancó y empezaron a moverse, con Jamie tumbada a su lado. Entre el sol y el viento, todo lo que le preocupaba desapareció.

–¿Has conocido al becario de verano? –La profunda voz de Alex la sacó de sus sueños y Jamie asintió.

–Sí. No he tenido ocasión de hablar mucho con él, pero creo que vamos a compartir despacho hasta que acaben las obras de reforma.

–Hmmm... no estoy seguro de que eso me guste. –Hizo una mueca y extendió una de las velas antes de volver a sentarse junto a Jamie.

Su fuerte brazo se extendió detrás de ella para acercarla y besarla en un lado de la cara. Luego le acarició la mejilla y tiró de ella para un beso largo.

Jamie interrumpió el beso un momento después.

–¿Por qué? Parece la opción más coherente. De todas formas casi nunca estoy en mi despacho. Me aseguraré de guardar bajo llave la información importante y ya está.

–No es la información lo que me preocupa, sino tú, tonta. Tú. Cualquier hombre con una libido que funcione querría devorarte para cenar. Eres preciosa. –Volvió a besarla.

–Es un niño, Alex, y no me interesa nadie, solo tú.

–Si él es un niño tú también –se rió–. Además, ese chico me recuerda demasiado a mí mismo cuando tenía su edad.

–Es rubio y con ojos verdes. No se parece en nada a ti. –Jamie se mordió el labio de forma seductora–. Tú eres el perfecto estereotipo del tipo alto, moreno y guapo.

–No me refiero a físicamente, sino a mi actitud, a mi audacia. Sabe lo que quiere y va a por ello. Lo hizo genial en el proceso de entrevistas esta primavera. Me entusiasma tenerlo con nosotros, pero preferiría tenerlo conmigo que contigo. –Le acarició el hombro mientras la estudiaba–. Hay algo más, pero no te enfades.

Jamie se tensó ante aquellas palabras. ¿Por qué la gente usaba siempre como prefacio de las cosas enervantes aquel no te enfades? Ahora estaba escrito en el destino que se enfadara.

–Lo intentaré. ¿Qué?

Jamie se giró un poco, apoyando las rodillas contra el muslo de él y acariciándole una pierna.

–Yo solo estoy contigo, quiero que estemos juntos en exclusiva...

–¿Pero?

–Pero no quiero que lo nuestro se sepa en la oficina de momento. Ya sé que es ridículo, pero en algún sitio leí que los CEOs jóvenes y sin pareja tienen más posibilidades de hacer dinero. Seamos discretos hasta que estemos seguros de tomar el paso de presentarnos como pareja. ¿Te parece bien?

La fuerte flecha del rechazo se clavó en ella. ¿De verdad acababa de decirle eso?

–Eh... sí, supongo. –Jamie se encogió de hombros y se levantó para ir a la parte de atrás del barco y mirar al agua. No quería llorar.

–Genial. Sabía que lo entenderías. –La abrazó por la espalda y posó los labios en un costado de su cuello.

¿Entenderlo?

*Ni en lo más mínimo.*

## Capítulo 4

Jamie quería llorar o quizás arrancarle la cabeza de cuajo a Alex y lanzarla al agua que se movía a toda velocidad detrás de ellos. ¿Él daba por hecho que estaba bien que su relación fuese un secreto? En parte ella entendía el impacto que se generaría en la oficina y los cotilleos sobre ellos que habría junto a la fuente de agua, pero aún así...

Otra parte de ella, una muy grande, sentía que él sencillamente se avergonzaba de mostrarla en público. Igual que sus padres, que Stephen. Alex no quería que se le asociara con el estigma de tener una novia de talla ligeramente más grande. Ahora estaba ¿en qué talla? ¿En una treinta y seis? Incluso treinta y cuatro según qué marcas. Daba igual cuántas tallas hubiese adelgazado, Alex se avergonzaba y no era capaz de admitirlo en voz alta.

El paseo en yate no era tranquilo y romántico, sino más bien algo clandestino, que la escondía. No había nadie que pudiese verlos. Alex podía saciarse de ella sin tener que admitirlo ante nadie.

A primera hora de la tarde Jamie fingió que le dolía el estómago y volvieron al puerto. Alex intentó cuidarla, pero ella no lo permitió. Él quería mantener su historia en secreto y eso le dolía. Jamie no podía apartar de su mente ese pensamiento después de que su madre la dejara en casa durante tantos años porque no quería que la vieran con una hija con sobrepeso. Estaba una vez más en el punto de partida.

Se pasó el sábado en la cama, preguntándose qué narices hacer con su vida, comiendo helado y bebiendo vodka para ahogar la tristeza de su alma. Alex pasó a verla por la mañana, iba vestido para jugar al golf. Se ofreció a prepararle algo de comer, pero ella lo echó del dormitorio con la excusa de que no quería contagiarlo.

No podía entender cómo algo tan maravilloso como enrollarse con él en el yate había podido convertirse en una pesadilla. ¿Por qué demonios no le había dicho que era muy buena en la cama pero no lo suficiente para mostrarla en público un poco más tarde? Podía haber esperado a que volvieran a casa y así el paseo en barco habría sido relajado, pero no.

–Capullo –murmuró contra la almohada mientras el sol salía el lunes por la mañana.

Jamie no estaba segura de lo que iba a hacer, pero revolcarse con él entre las sábanas estaba fuera de cuestión durante uno o dos días. Primero necesitaba convencerse de que no era un adfesio con el que nadie quería ser visto. Alex tenía razón en algo... había adelgazado y eso hacía que se sintiera mil veces mejor.

Quizás lo que él le había pedido no fuese más que una señal de egoísmo o de ignorancia. De cualquier manera a Jamie le dolía y aún trataba de sanar la herida. Él pasaba a un segundo plano durante toda la semana. Jamie ignoró la voz interior que le decía que se estaba pasando, que se pusiera en su lugar. ¿Su lugar? ¿Es que el tipo no tenía ya suficiente dinero y respeto? ¡Joder!

Tras lamentarse por su vida durante un buen rato, finalmente se obligó a salir de la cama y se vistió para ir a trabajar. Necesitaba verse especialmente guapa, así que se tomó el tiempo para alisarse la larga melena rubia y para maquillarse hasta pasar de chica normal a chica cañón. Su blusa blanca de seda acentuaba su pecho generoso y su cintura delgada. Una falda negra de tubo y unos tacones rojos completaron el atuendo perfecto. Se echó el perfume favorito de Alex y caminó hasta el coche con muy poca energía para ir a la oficina.

Quizás la ayudara centrarse en la conferencia con el inversor y en el becario. No le interesaba el chico en lo más mínimo, pero hacer un nuevo amigo y que este estuviera deseando comerse el mundo parecía una apuesta segura.

Su móvil sonó cuando casi llegaba a la oficina. Vio que era su padre así que apartó y puso el manos libres.

–¿Papá?

–Hola, bichito. Pensé que tenía que llamarte, aunque no sé muy bien qué decirte. Supongo que tu madre ya te ha llamado.

–Sí, me llamó ayer –Jamie soltó el aire muy despacio. Se sentía mucho más unida a su padre que a su madre. Normal, ¿no? Su padre era el único de la familia que le decía cosas positivas y al que le importaban sus sentimientos.

–Debería haberte llamado la semana pasada. Pero es que... No sé.

–No pasa nada, papá. ¿Dónde estás?

–En el trabajo.

–No, ¿dónde estás viviendo? Te fuiste de casa, ¿no?

–Sí. Estoy en casa de tu tío Billy. Tiene una habitación de invitados que Martha usaba para sus labores. Tienen dos perros y ya sabes que soy alérgico.

Voy a buscar un sitio para quedarme esta semana. –Su tono no indicaba tristeza ni felicidad. Era más bien una indiferencia que lo empujaba a la resolución.

Jamie se había sentido así muchas veces.

–Puedes quedarte conmigo si lo necesitas.

–Te lo agradezco, pero estoy bien. No quiero ser una carga para mis hijas. Solo quería que supieras que no hay otra mujer ni la ha habido nunca. Tu madre y yo sencillamente ya no nos entendemos. Estoy cansado. Muy cansado, Jamie.

–Lo sé, papá. –Se le llenaron los ojos de lágrimas por el cansancio que oyó en su voz. Jamie sabía lo que era sentirse así de cansada.

–Nunca te quedes con alguien que no te aprecie y que no te adore por lo que eres. Eres una mujer maravillosa y te mereces lo mejor. Hace mucho tiempo que debí decírtelo.

–Gracias, papá. –Jamie sorbió por la nariz–. ¿Entonces es definitivo? ¿No hay posibilidad de que os arregléis?

–Para mí no, pero nunca se sabe. Creo que estar un tiempo separados va a ser bueno para los dos con independencia de lo que ocurra en el futuro. La forma de ser de tu madre ha pasado de encantadora a molesta y luego a absolutamente insoportable. Ya no puedo seguir marchándome de las conversaciones con ella ni seguir siendo un don nadie. Ella me exprime hasta dejarme seco. Es lo mejor para perder peso que conozco. –Se echó a reír, pero la risa sonó plana.

–Te quiero. Estoy aquí si me necesitas.

–Lo mismo te digo, mi niña. Quedamos pronto para comer, ¿de acuerdo?

–Claro.

Jamie colgó y se apoyó en el respaldo de la silla, obligándose a no llorar. Tenía demasiadas cosas encima, pero al parecer sus padres tenían aún más.

Tras unos minutos respirando hondo y tranquilizándose, salió del coche y caminó hasta la oficina. Paró en la cocina de empleados para servirse una buena taza de café y para coger un donut de la caja descaradamente grande que los contenía.

Hacía meses que no se comía algo con tanto azúcar, salvo quizás el helado con vodka. Sin embargo la ocasión requería algo que la ayudara a olvidar y la comida siempre funcionaba.

Alex salió de su despacho y caminó por el pasillo, deteniéndose frente a ella, que entonces levantó la mirada.

–Ah, hola, señor Reid. –Jamie levantó el donut–. Alguien los ha traído para desayunar.

–No necesitas esa mierda azucarada, Jamie. Va a hacer que te duela más el estómago. Tíralo y cómete un yogur o un plátano.

La preocupación era evidente en la cara de Alex, pero sus palabras traían recuerdos. ¿Cuántas veces su madre la había obligado a abandonar alguna golosina porque estaba demasiado gorda para permitírsela... ni siquiera un poquito?

–Vale –susurró ella y se marchó a su despacho, cerrando la puerta y saltando cuando alguien habló.

–Cómete ese donut. Cómete dos si así te sientes mejor. –Paul sonreía de oreja a oreja, parado en medio del despacho.

–Jope, me has asustado. –Jamie ahogó una risa y le dio otro mordisco al bollo–. Pienso comérmelo. Si me apetece me como la caja entera. –Miró hacia la puerta que conectaba su despacho con el de Alex. Estaba cerrada.

–Muy bien dicho. Que sepan quién manda. –Se rió y se giró para sentarse frente a su ordenador portátil.

El despacho de Jamie era tan grande que habría cabido incluso un tercer escritorio si hubiesen querido; había sitio de sobra.

Se abrió la puerta y Gina sonrió.

–Si no os importa voy a dejar esta puerta abierta. El señor Reid tiene una extraña política según la cual cuando hay dos personas trabajando en el mismo despacho la puerta tiene que estar abierta.

Jamie le arqueó una ceja a su amiga.

–¿Desde cuándo? Nunca lo había oído.

–Desde hace unos tres minutos. –Gina meneó la cabeza, guiñó un ojo y salió.

–Interesante –murmuró Paul y siguió concentrado en su ordenador.

Quizás debiera tener la “charla del buen compañero de despacho” con Paul, pero en aquel momento no estaba de humor. Quedaría fatal si le decía que no la distrajera con sus charlas.

El guapo Paul se merecía un voto de confianza hasta que fuese necesario decirle algo.

–Señorita Connors –Alex asomó la cabeza–. Tengo un viaje mañana y tiene que venir conmigo. ¿Se siente mejor?

–Buenos días, señor Reid. –Paul se giró, se levantó y cruzó el despacho para estrecharle la mano a Alex.

–Buenos días, Paul. Espero que este arreglo te sirva para trabajar unos días. –Alex miró a su alrededor y sus ojos aterrizaron en Jamie.

–Sí, señor; Jamie ha sido muy amable conmigo. Vale oro, eso seguro. – Paul también la miró.

–Estoy aquí –Jamie arqueó las cejas mientras Paul se reía. Alex, en cambio, no rió.

–Bien. Tan solo asegúrate de no distraerla. Es mi asistente personal y le doy una cantidad de trabajo de locos. Si necesitas algo busca a algún inversor senior que te ayude. Ella no está para ti, en ningún sentido de la palabra. – Alex centraba su atención en el joven. Su expresión se había hecho también un poco más seria.

Solo le faltaba sacarse el pene y orinarse por todo el despacho. Habría sido más efectivo que aquella conversación larga y fuera de lugar. Jamie apretó los puños. Resultaba muy molesto en alguien que no quería hacer pública su relación.

Alex la miró.

–Gina tiene nuestros billetes. Nos vamos mañana antes de comer. Podemos trabajar en la mañana si necesita terminar algo antes de marcharnos.

–Perdone, ¿adónde vamos? –Jamie apretó las manos contra las caderas.

–A Philadelphia. –Los labios de Alex se arquearon, lo que significaba que no quería hablar de ello—. Más tarde le doy los detalles, aún nos queda un largo día por delante. Tiene que reunirse con los inversores de Smith and Co. a las once por mí, ¿cierto?

–Sí, señor.

Jamie deslizó una mano bajando por su muslo, sin importarle que los ojos de Alex siguieran todos sus movimientos. Se suponía que debía estar enfadada con él, pero al verlo con aquel traje azul marino y la corbata blanca que le resaltaba la piel morena sintió un deseo que tan solo él podía apagar. Necesitaba medicación. Tan pronto lo deseaba como quería matarlo.

*Será amor. Parece amor.*

–Bien. Llámeme si me necesita. –Alex miró a Paul—. Y tú busca a alguien en los otros despachos si necesitas ayuda.

Paul asintió mientras se dibujaba una sonrisa burlona en sus labios.

–Entendido, señor Reid. No molestaré a Jamie. Lo prometo.

–Bien. –Alex permaneció un minuto junto a la puerta, luego se giró y se marchó.

Jamie dejó escapar un gruñido y se dejó caer en la silla. Alex podría haber entrado a su despacho a través del de ella, pero obviamente no iba a hacerlo mientras Paul estuviese allí. Tenía la impresión de que Alex iba a presionar bastante para que las obras acabaran más rápido. Encendió el ordenador mientras Paul se levantaba para plantarse frente a su mesa con las manos en los bolsillos y su carita de niño guapo acentuada por su sonrisa encantadora.

–¿Desde cuándo estáis juntos? –Arqueó una ceja.

–¿Qué? No estamos juntos. –Jamie se encogió de hombros y miró al suelo, intentando encontrar el botón de encendido de la regleta de enchufes.

–Ya. Que queréis ser discretos, lo entiendo. –Se rió y volvió a su mesa–. Puede que sea joven pero el código de los tíos se aprende desde joven cuando te crían correctamente.

–¿El código de los tíos? –Jamie se enderezó para mirarlo–. Soy chica, así que te pido que me ilustres.

–Eres una mujer y el jefe acaba de ponerme en mi sitio porque, lo sepas o no... eres su chica. –Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa sexy–. Estoy celoso.

–Para. Eres incorregible. –Se rió mientras se le encendían las mejillas.

–Tengo ojos en la cara. –La miró y le guiñó un ojo.

¿De qué iba este chico? Jamie meneó la cabeza y se sumergió en su lista de cosas pendientes. ¿Alex quería llevársela a casa? No era lo que esperaba, pero estaba preparada para cualquier cosa que él tuviese en mente. De todas maneras no tenía mucho margen de acción. Además, ver a Mark, el hermano de Alex, le apetecía. Habían empezado con mal pie, pero después de conocerse un poco mejor habían empezado a ser amigos. Quizás a Alex no le cayera demasiado bien su hermano pero eso podía cambiar con el tiempo.

*Más valía que cambiase. Se lo prometió a su padre en el lecho de muerte.*

No mantener una promesa era algo con lo que a Jamie no le gustaría vivir. Tampoco podía imaginar que quisiera hacerlo Alex.

## Capítulo 5

Jamie volvió en coche a casa en silencio después de trabajar, no quería que la radio interrumpiese su diálogo interno. Quería una buena sesión de ejercicio y quizás nadar un poco antes de encontrarse con Alex. El mensaje que él le había mandado horas atrás decía que quería cenar con ella en casa. Jamie imaginó que cocinarían juntos, lo cual crearía una atmósfera íntima.

Harían el amor toda la noche si ella lo permitía, pero antes debía tomar algunas decisiones. La conversación de aquella mañana con su padre reforzó la idea de que aunque no se sintiera digna de tener un buen hombre, lo era. ¿Alex era ese buen hombre?

Desde luego lo parecía y sin embargo quería mantener oculta su relación y eso hacía que Jamie se cuestionara todo. Una noche haciendo el amor con él tan solo complicaría más las cosas, aunque necesitaba estar en sus brazos. Era el deseo de ser amada, deseada, de por fin sentirse aceptada por alguien lo que resultaba más fuerte.

Gruñó ante su indecisión. Aparcó el coche y entró en su pequeño apartamento para ponerse la ropa de gimnasia. Mientras caminaba hacia el gimnasio volvió a pensar en la conversación con Paul.

Era agradable saber que Alex la consideraba suya y que se lo había hecho saber al nuevo becario, que se pasaba un poco de amigable y seguro. Pero, ¿por qué se lo había dejado claro y sin embargo no quería que los demás lo supieran? No tenía ningún sentido.

Entró al gimnasio y empezó a trabajar con las distintas máquinas que le moldeaban el cuerpo entero. Subió el volumen de la música y se perdió en el momento, sin pensar ni en Alex ni en su familia. Toda la hora siguiente fue solo para ella.

Cuando acabó estaba empapada de sudor y jadeaba buscando aire. Una sensación increíble, un pico de éxtasis como el que sentía con el sexo con Alex.

—Por cierto —murmuró en un gruñido mientras caminaba hacia la exclusiva ducha del vestuario.

Quería pasar la noche con su hombre y encontraría la manera de hacerle saber que había herido sus sentimientos y que se estaba comportando como un borrico sin tener que decirle que estaba pillada por él.

Cena, película y sexo, el plan ideal para una noche genial. Volver a Philadelphia no le apetecía tanto, pero podía aceptar tanto lo bueno como lo malo.

Acababa de trenzar su largo pelo mojado cuando sonó el móvil. Aceptó la llamada y se inclinó mientras se ponía una ligera capa de gloss rosa en los labios.

–Hey.

–Hey, amor. ¿Cuándo vas a subir?

–En diez minutos. Acabo de salir de la ducha.

–¿Y no me has invitado? –La queja en su voz casi era adorable. Casi.

–No. Fui al gimnasio y estaba intentando decidir si pasar la noche leyendo a gusto un libro sobre un hombre que presume de su mujer o cenar con un guapo soltero de oro.

–Jamie –su voz se suavizó.

–Subo enseguida. –Pulsó el botón para cortar la llamada.

No pudo contener un gruñido al girar la cara ligeramente para estudiarse frente al espejo. Perder peso le había sentado bien a su cara, se la había adelgazado haciéndola más bonita. Pero, como le ocurre a muchas mujeres, encontró un fallo nuevo.

–Creía que no ibas a decir nada. Pero vas y ruegas, chica. –Meneó la cabeza y entró en el dormitorio para vestirse.

Un vestido blanco sencillo con sandalias, bragas sexis de encaje, una o dos pulseras y a la puerta. Hacía una noche estupenda, el sol empezaba apenas a desaparecer a lo lejos en el cielo.

No pudo evitar detenerse para disfrutar la majestuosidad del sol que bajaba más y más. La gran terraza que daba la vuelta entera a la casa de Alex era el lugar favorito de Jamie en toda la mansión. Le parecía como de la época Victoriana; cautivador, lleno de belleza.

La puerta se abrió detrás de ella y, al girarse, le ofreció una cálida sonrisa a Alex.

–¿Estás esperando una invitación? Estás cordialmente invitada a pasar y hacer que mi noche sea increíblemente mejor de lo que podría ser sin ti. –La estrechó entre sus brazos y le dio un beso ligero debajo de la oreja.

–Ya iba a entrar. Es solo que me encanta estar aquí fuera. Es maravilloso y el sol parece que se pueda tocar desde aquí. –Sonrió y se apoyó en él. Adoraba sentir sus fuertes brazos rodeándola.

–Te he hecho enfadar. Perdóname. –Recorrió el largo de su nuca con la punta de la nariz–. Podemos decirle al mundo lo nuestro si quieres. Es solo que lo paso todo por la perspectiva personal y de negocios. La vida se complica un poco cuando tienes todas las miradas puestas sobre ti. Lo odio.

–No pasa nada. –¿Se había pasado dos días agobiándose por ello y ahora le decía que no pasaba nada? *Idiota*–. Son solo unos viejos demonios con los que voy a tener que luchar toda mi vida, supongo.

Se giró dentro de sus brazos y subió las manos por su pecho. El jersey Oxford color crema le sentaba asquerosamente bien. Jamie sabía que le sentaría aún mejor cuando se lo hubiese quitado.

–No quiero jamás ser un motivo para que sientas que no eres todo lo que eres. –Alex se acercó para posar los labios sobre los de ella–. Eres mucho más de lo que me merezco. Me alucina que hayas decidido darme una oportunidad, Jamie.

Ella se puso de puntillas para apretar fuerte los labios contra los de él. Su lengua se adentró en los labios abiertos de Alex, enterrándose en su boca. Un gruñido surgió del pecho de él, que buscó luego aire mientras sus manos recorrían hacia abajo la espalda para luego apretarla con fuerza.

–Preparamos la cena antes de que nos dé por devorarnos uno al otro – murmuró ella contra los labios de él, besándolo entre palabra y palabra.

–No estoy seguro de estar de acuerdo con eso. A la porra la cena. –Sonrió y volvió a besarla.

Jamie se echó hacia atrás y se giró. Caminó hacia la puerta y se detuvo.

–¿Qué vamos a cenar? ¿Tenemos que salir a comprar algo?

–No. Hice que me rellenaran la despensa hoy. Había pensado en fideos con marisco. Si te apetece, sé preparar una salsa de mantequilla que está de muerte. –Se le acercó por la espalda y pasó los dedos por la curva de su trasero.

–Si no me equivoco antes me echaste la charla por un donut. ¿Fuiste tú u otra persona?

–Solo me preocupaba tu tripa porque has estado enferma. –Le dio una palmada en el trasero–. No me pintes como un villano. Nunca te haría algo así.

–Entonces sí, me apetece pasta. ¿Tienes cosas para hacer una ensalada verde grandota?

–Por supuesto. Empieza tú con ella y yo haré la pasta. Vamos a demostrarle a Murray que sabemos cocinar. –Le guiñó un ojo y abrió la puerta para entrar.

El amplio espacio del salón resultaba acogedor y olía a cuero y colonia. Jamie respiró hondo y caminó hasta la cocina, deteniéndose solo para quitarse las sandalias.

–¿Quieres vino tinto o blanco? –preguntó él detrás de ella, frotando su erección contra su trasero—. ¿O estamos de acuerdo con mandar a la porra la cena?

Jamie contuvo la risa. Se giró y lo empujó con suavidad por el pecho.

–Vino blanco y compórtate. Tenemos mucho tiempo para disfrutar uno del otro después de llenar el buche.

–Podría decir tantas cosas guarras.

Alex deslizó la mano por debajo del vestido de Jamie y le metió un dedo cálido hasta el fondo antes de seguir hasta la cocina.

Un escalofrío de anticipación recorrió el cuerpo de Jamie, invitándola a arrastrarlo al dormitorio. O al sofá del salón. O a la mesa. O a la encimera de la cocina. Le daba igual dónde. Apartó el pensamiento, sabía que cocinar juntos, hablar y luego tontear un poco haría que el sexo fuera mejor de lo que ya era. Estar con él era algo que la excitaba muchísimo. Hacer el amor era tan solo una extensión de la atracción.

–¿Paul se ha comportado? –Alex sacó varias cosas del frigorífico mientras hablaba por encima del hombro.

–Claro que sí, Alex. Es profesional. –Intentó abrir la botella de vino pero acabó pasándosela a Alex.

–Profesional del robo de mujeres. Ví cómo te miraba hoy. No me gusta. –Alex quitó el corcho y sirvió las dos copas que ella le había pasado vacías.

–Te lo estás inventando. Es un perfecto caballero. Además... sabe que estamos juntos. –Bebió un trago, disfrutando del amargor de las uvas que bailaba en su lengua.

–¿Ah, sí? ¿Le has contado algo? –Alex arqueó una ceja.

–No, señor Reid. Te comportaste como un Pitbull esta mañana en mi despacho, marcando el territorio por todas partes. –Jamie se acercó a él—. Casi me pareció sexy. –Su lengua recorrió el labio inferior de Alex,

disfrutando al ver cómo los ojos de él la seguían—. Casi tuve que entrar a tu despacho para apagar mi libido. Aunque conseguí apañármelas sola.

Alex abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? —Se aclaró la garganta—. ¡Bien! Así que Paul ha cogido la indirecta de mantenerse en su puto lugar. —Se encogió de hombros, le dio otro beso y se movió hacia la encimera—. De todas formas quiero que se vaya de tu despacho. Dale el de Jerry y que ese viejo gruñón se mude al tuyo.

—Jerry me parece guapo. —Jamie ocultó su sonrisa y empezó a cortar la lechuga.

—Bueno, joder... entonces Jerry también está fuera.

Los dos se rieron, disfrutando del juego tonto que había entre ellos. Jamie acabó la ensalada y Alex preparó la pasta.

—Cenemos fuera. —Jamie se giró para mirarlo, enamorándose aún más de él al ver cómo se movía con soltura por la cocina. Era raro encontrar un hombre que supiera cocinar y sin embargo ella tenía allí enfrente a uno que además sabía hacerlo bien.

—Me parece muy bien. Coge el vino y ve saliendo. Él cogió una bandeja con las ensaladas, dos cuencos vacíos y un recipiente enorme de fideos con marisco. El olor era divino, a Jamie le gruñeron las tripas de anticipación ante lo que iba a llegar.

Jamie cogió el vino y las copas y cruzó el salón, asegurándose de coger aire profundamente antes de salir por la puerta de la terraza. La abrieron entre los dos, riéndose por lo inútiles que eran y sonriéndose con timidez.

—Alex. ¿Para qué vamos a ir a Philadelphia? ¿Pasa algo por lo que tengas que estar allí? —Se sentó y colocó bien los platos.

—La venta de la propiedad. La verdad es que no tienes que ir si estás demasiado ocupada o si no te apetece. Pero no me gustaría ir sin ti. —Se encogió de hombros mientras aliñaba la ensalada—. Estoy seguro de que me voy a encontrar unos cuantos recuerdos y quizás sea muy débil, pero quiero que estés allí para ayudarme a procesar lo que pueda ocurrir.

Una calidez invadió el cuerpo de Jamie, que se acercó para tocar la mano de Alex.

—No quiero estar en ningún otro lugar.

Él le atrapó la mano y se la llevó a los labios para darle un beso suave en la palma.

—bien. Mark va a estar allí, así que prométeme que tú serás la suavidad entre nosotros.

–Haré lo que pueda. –Le acarició la cara con cariño y luego soltó su mano de la de Alex y empezó a cenar.

La comida estaba exquisita, cada bocado mejor que el anterior.

Limpiaron todo y pasaron al sofá, abrazándose para ver juntos una vieja película en blanco y negro hasta muy tarde. A Alex le encantaban esas pelis, aunque si por ella hubiese sido no habría visto ni una sola más. Por él... estaba dispuesta a hacer casi lo que fuera.

Se giró cuando los créditos del final comenzaron y se apoyó en su pecho, abrazándolo fuerte.

–¿Por qué no hacemos esto todas las noches? –preguntó él, rozándole la frente con los labios–. Me gusta. Me gusta mucho.

–Porque tú estás ocupado y porque, tal como lo has dicho tú mismo –dijo mientras bostezaba–, hasta que decidamos pasar a la siguiente fase en realidad solo salimos de vez en cuando.

Alex le tocó la barbilla para hacer que lo mirara.

–Entonces hablemos de la siguiente fase, de cómo va a ser. Te quiero en mis brazos por las noches.

–Yo también. –Se acercó y posó los labios sobre los de él, encendiendo así el fuego que daría lugar a toda una noche diciendo su nombre entre gemidos.

## Capítulo 6

Alex no estaba a su lado en la cama cuando ella despertó, pero el olor de su jabón flotaba en el aire. Jamie se giró para quedar boca arriba, tiró de la manta hasta cubrirse la nariz, respiró hondo y gimió. Aquel hombre podía ser un pesado, pero era un dios en la cama y olía como los ángeles.

Se quedó allí un rato más, luego se levantó y miró el móvil. Tenía un mensaje de Gina diciéndole que Nicholas, uno de los inversores que había estado detrás de Jamie y había sabido retirarse elegantemente, había llamado y se iba a pasar a las nueve para hablar con ella.

—¿A las nueve? —Miró el reloj y lanzó un grito ahogado.

Tenía cincuenta minutos para arreglarse y llegar a la oficina. Ni en sueños. Tardaría ese tiempo tan solo en llegar.

Le escribió un mensaje a Gina mientras intentaba ponerse el vestido. Tenía que ser a las nueve y media. Gina parecía más que dispuesta a entretener al guapo inversor. Jamie no pudo evitar poner los ojos en blanco; aquella coqueta italiana, ¡menuda era!

Metió los pies en las sandalias y fue corriendo a su piso para arreglarse tan rápido como pudo. Se puso pantalones negros y una blusa gris. Sus pechos eran demasiado grandes para la blusa, pero contendría la respiración cuando estuviese frente a alguien. De todas formas llevaba toda la vida haciéndolo.

El estómago le rugía con rabia cuando montó en el coche para salir a toda velocidad hacia la oficina. Lo ignoró. Nicholas. El hombre que había querido ligar con ella en los últimos meses, pero algo le decía que se avecinaban mejores días. Era difícil luchar contra los sentimientos y en este caso con un hombre guapo y rico; más cuando nadie sabía que Alex y ella estaban juntos.

Nicholas parecía saberlo, aunque quizás fuese porque ella no le quitó la idea cuando la vio con Alex en un restaurante poco tiempo atrás. El hecho era que estaba detrás de ella. Era atractivo, aunque le sacaba diez años o más. Además, tanto si la gente lo sabía como si no, ella ya estaba emparejada. Otra cosa, ¿no estaba mal salir con la asistente de tu competidor? O inversor o socio o lo que fuera.

Sonó el móvil, sacándola de sus cavilaciones. *Christine.*

—Argh —Jamie gruñó y puso el manos libres—. Aquí Jamie.

–Hey. Soy yo. ¿Tienes un minuto? –La voz de su hermana sonaba crispada, con una chispa de prepotencia.

–Estoy en el coche de camino al trabajo. Puedo hablar mientras...

Christine la interrumpió.

–Vale. Tengo que hablar contigo de algo. Es extremadamente personal. Estás sola en el coche, ¿no?

–Ya me ha llamado mamá. Sé lo de ella y papá. – Jamie entró en la autopista cuando el tráfico se paraba por completo. *Excelente. Nada mejor que llegar tarde cuando tienes cita con uno de los inversores más importantes de la empresa.*

–No es sobre mamá y papá. Eso son noticias viejas. –Su hermana hizo un ruido como si estuviera limpiándose los dientes–. Necesito tu consejo.

Jamie se estremeció ante el horrible sonido que acababa de salir del móvil.

–¿Sobre qué?

–Mi vida sexual. –Hubo una pausa incómoda y Jamie no estaba dispuesta a romperla–. Ya veo que te he pillado por sorpresa.

–Solo un poco.

–Bueno, Stephen y yo estamos bien, pero últimamente se queja mucho sobre nuestros momentos sexis.

–¿Momentos sexis? –Jamie puso los ojos en blanco y le rogó a la tierra que se abriera y la tragara.

¿De verdad tenía que hablar con su hermana sobre “momentos sexis” con su ex? ¿No era suficiente que Stephen se hubiese casado con su hermana? No le interesaba en lo más mínimo aquel bastardo; las cosas ya estaban lo suficientemente raras entre los dos.

–Sí. El otro día me decía que contigo echaba los mejores polvos de su vida. –Bufó–. Me sorprendí un poco. La mayoría de las chicas gorditas no se desnudarían ni para salvar su vida. La verdad es que estoy orgullosa de ti.

–¿Gordita? –Un calor se acumuló en el centro del pecho de Jamie–. Vale. Luego te llamo, Christine. Hay un buen atasco y tengo que prestar atención. Buena suerte con tu problema. ¡Hasta luego! –Usó una voz edulcorada y gruñó fuerte en cuanto colgó.

–La puta arrepentida.

Jamie golpeó el volante. Le había costado muchísimo perder peso y sentirse mejor consigo misma, pero lo había logrado. ¿Cómo era posible que en unos cuantos minutos su maldita hermana la hiciera sentirse fatal otra vez?

No a todo el mundo le sobresalían los huesos en las caderas y los pómulos. Y de todas formas no a todos los chicos del universo les gustaban las mujeres así.

–Momentos sexis –bisbiseó mientras entraba al garaje.

Tener que hablar con sus padres sobre su matrimonio fallido ya era suficiente drama para ella. ¿Y ahora también tenía que ayudar a su hermana con su vida sexual? Joder, no. Para nada. De ahí directa al Show de Oprah. Una serie que se llame “Todo queda en familia”.

Jamie aparcó y bajó del coche, quejándose aún entre dientes cuando llegó a la oficina. Miró primero a Gina y luego a Nicholas.

–Buenos días. El había un tráfico horroroso. Dame un minuto y nos vemos en mi despacho, Nicholas.

–Claro. Me alegro de verte, Jamie. –Le sonrió y volvió la mirada a su móvil.

–Buenos días. Te he dejado un café en la mesa para ahorrarte tiempo. – Gina le guiñó un ojo.

–Gracias. –Jamie entró a su despacho y se dio cuenta de que no podía reunirse allí con nadie porque tenía un compañero.

–Buenos días. –Paul se giró y la miró de arriba abajo–. Qué guapa estás hoy. Estás radiante.

–Será el hambre. –Jamie sonrió con descaro.

–He visto que tienes a alguien esperándote. ¿Qué te parece si bajo a comprar comida para los dos? Me tomaré mi tiempo y luego me quedaré en la sala de descanso si vuelvo pronto. Así te dejo tiempo con él y además tendrás algo de comer cuando acabes. –Se levantó y se pasó los dedos por la espesa melena rubia.

–Sí. Guau, eso sería genial. –Jamie rebuscó en el bolso–. Te doy dinero.

–No. Invito yo. ¿Quieres algo sano o algo delicioso? –La sonrisa que se dibujó en su boca la hizo reír.

–¿Una cosa excluye la otra? ¿No hay nada saludable que además sepa bien?

–Según yo no. –Se encogió de hombros. Era muy parecido a Alex; una versión más joven con la misma confianza en sí mismo.

Jamie sonrió.

–Me decanto por lo saludable. Tengo que coger un avión en unas horas y prefiero no estar pensada en el vuelo.

–Bien pensado. –Caminó hacia la puerta–. Suerte con la reunión.

–Vale. Dile a Gina que lo haga pasar. –Caminó para sentarse en la pequeña mesa redonda junto a la ventana mientras Paul asentía y salía.

Poco después Nicholas llamaba a la puerta y asomaba la cabeza.

Su pelo oscuro empezaba a tener algunas canas, aunque seguro que no tenía más de cuarenta años. Era distinguido, guapo y más que rico. Alex se había ganado cada céntimo, pero al parecer y tras comprobar el archivo, Nicholas heredó la mayor parte de su dinero y luego lo hizo crecer. Sabía invertir, con lo que había incrementado su riqueza más de lo que habría sido posible con cualquier otro método.

–¿Ahora es un mejor momento? –Entró y se desabotonó la chaqueta del traje.

Era alto, con la constitución de un jugador de baloncesto, pero lo que más le gustaba a Jamie de él era la calidez de su sonrisa. Quizás hubiese una serpiente debajo de tanta amabilidad pero si era así, lo escondía muy bien.

–Claro. Por favor siéntate y dime en qué puedo ayudarte. –Le indicó que se sentara al lado de ella.

–Gracias. No te robo mucho tiempo. –Se sentó y se apoyó en el respaldo mientras sus ojos permanecían en la cara de Jamie, lo cual la hizo sentirse respetada, con poder.

–Tómate todo el tiempo que necesites. Apreciamos que creas en el señor Reid para invertir con nosotros. Estoy aquí para resolver cualquier duda o preocupación que puedas tener.

Él asintió.

–Estoy encantado con el rendimiento de la empresa en el último mes... Qué digo, en el último año. Estoy aquí por cuestiones personales.

–Ah. –Jamie se tensó, pero se obligó a permanecer abierta a lo que él fuera a decir u ofrecer.

–Te debo una mejor disculpa. La última vez que hablamos quizás fuese demasiado directo. Los asuntos personales de Alex no son cosa mía. No me gusta lo que ha hecho en el pasado con otras mujeres, lo que he visto. Pero eso no me da derecho a juzgar. No me gustaría que nadie me juzgara por mi pasado. –Sus ojos se abrieron más y Jamie sonrió.

–A mí tampoco me gustaría. –Cruzó las piernas y mantuvo las manos sobre el regazo–. Disculpas aceptadas. No me ofendiste, aunque te haya hecho creer lo contrario.

–Sí, bueno. Fui de lo más inapropiado. Ninguna mujer me ha hecho saltar el corazón como tú... como tú lo haces. –Un rubor le coloreó las mejillas y

Jamie se sorprendió de notar lo mucho que la halagaba la situación.

–No estoy segura de qué debo responder. –Se llevó la mano al pecho porque el corazón empezó a latirle más rápido.

–No tienes que responder. Iba a venir al centro para una cita a las once y pensé que era buena ocasión para decirte una vez más que lo siento y que si en algún momento necesitas a alguien para salir a cenar... Cuentas conmigo. –Se levantó para estrecharle la mano–. Y si decides que quieres emprender tu propio negocio o que quieres trabajar en otro sitio... Llámame. Mi oferta de trabajo siempre seguirá en pie.

Jamie se levantó y le estrechó la mano ofreciéndole una sonrisa cálida.

–Gracias por las tres cosas. Tengo tu número memorizado.

–Me gusta oír eso. –Le guiñó un ojo y se giró para caminar hacia la puerta, pero hizo una pausa y la miró por encima del hombro–. Te sienta bien el gris, te resalta los ojos.

–Gracias. –Jamie se sentía un poco desbordada con tanta atención, pero sostuvo la mirada.

Él salió y ella se quedó allí, intentando aclarar sus sentimientos respecto a aquel hombre mayor. Solo Alex tenía las llaves de su corazón, pero era increíblemente agradable pensar que quizás no fuese tan fea ni tan poco deseable como había creído hasta hace unos cuantos meses.

–Aquí tienes, mujer bonita. –Paul entró y le dejó un cuenco de gachas de avena. La miró y se rió–. Pero bueno, ¿qué te ha dicho ese tipo?

Jamie parpadeó unas cuantas veces y sonrió.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Porque te ha dejado en las nubes. Quiero aprender de los mejores. Tú eres un hueso duro de roer. Si él te ha dejado flotando quiero saber cómo lo ha hecho.

Jamie se rió con más ganas.

–Eres incorregible.

–No tienes ni idea de cuánto. –Le guiñó un ojo y volvió a su mesa, donde se sentó y desenvolvió su sándwich–. Si decides que quieres algo que sepa bien, tengo extra de bacon, huevo y queso.

Jamie le echó un vistazo a su avena, meneó la cabeza y luego caminó hacia él.

–Sí, a la porra. Me muero de hambre. Luego comeré algo ligero.

–Estás de broma, ¿no? No tienes que preocuparte por tu peso. –Meneó la cabeza–. Las mujeres estáis tontas con vuestros complejos sobre el cuerpo. –

Le pasó el sándwich extra sin apartar la mirada del ordenador.

A Jamie empezaba a caerle bien. Podía quedarse... de momento.

Jamie aún pensaba en la conversación con Nicholas mientras montaba en el avión privado de Alex. Se acomodó en el amplio asiento de cuero mientras Alex la observaba desde el otro lado del pasillo.

–Hola, preciosa. ¿Dormiste bien anoche? –Le prestaba toda su atención.

–Por supuesto. Tanto que ahora tengo sueño. ¿Te importa si duermo un poco durante el vuelo?

–Para nada. Tengo que revisar varias cosas antes de llegar. Supongo que tendremos que revisar la casa y los documentos antes de venderla. Nos esperan dos días muy largos con poco tiempo para trabajar.

–Lo cual es una bendición disfrazada de desgracia, te lo aseguro.

Jamie le sonrió y cogió la mantita azul del compartimento que había a su lado. Se arropó y cerró los ojos, quedándose dormida durante el despegue, con los pensamientos puestos en Alex pero los sueños mezclando las caras de tres hombres.

## Capítulo 7

–Hey. Hemos llegado. Vamos. –La voz de Alex era fría, para nada lo que Jamie esperaba para sacarla del pacífico sueño en el que estaba.

–Vale –murmuró somnolienta y se levantó, siguiéndolo para bajar la escalera y esperando junto a él el equipaje.

Él cogió su maleta y se giró para caminar hacia la limusina que los esperaba, con los hombros tensos y una actitud de enfado. Ella cogió su maleta y caminó detrás de él, aguantando un bostezo. Pusieron el equipaje en el maletero y se metieron en el coche. Jamie se acercó a Alex y le deslizó una mano por el muslo.

Él bajó la mirada hacia su pierna, luego hacia ella y luego de vuelta a la ventanilla. Sin sonrisa. Sin animarla a que lo tocara. La última vez que estuvieron juntos en una limusina se había abierto el cielo sobre ellos y el placer había sido su corcel.

–¿Qué pasa? –preguntó Jamie, apretándole la pierna y dándole un beso en el hombro.

–No quiero hacer esta mierda. No quiero ver a Mark y, sinceramente, no hay nada aquí de lo que yo deba hacerme cargo.

¡Epa! Menuda actitud.

–Le prometiste a tu madre que mejorarías tu relación con tu hermano. Esto es parte de la promesa.

Jamie se apartó cuando Alex se giró de golpe.

–¡Lo sé, Jamie! –dijo en un ladrido–. Ese es el único motivo por el que lo hago. Pero no quiero. Hay demasiados recuerdos asquerosos aquí. Siempre fui el segundón, siempre el primero el que se dudaba.

Se encogió de hombros y dejó salir un largo suspiro antes de apoyar la cabeza en el respaldo y apartarse de Jamie.

–Lo entiendo. –Jamie apartó la mano para abrazarse a sí misma–. Solo dime cómo puedo ayudarte, qué puedo hacer.

–Te he traído por dos motivos. El primero es que me ayudes con toda la parte legal, el segundo es simplemente para apoyarme. Te juro que cada vez que vengo aquí me siento como el perfecto fracasado. –Soltó el aire despacio por la nariz.

–Vale, estoy aquí para lo que necesites. –Jamie deslizó la mano sobre la de él–. ¿Dónde es la primera parada?

–Vamos a tomar una copa y luego a cenar con mi hermano y su mujer. – Alex soltó su mano, algo muy distinto a los sentimientos que había mostrado la noche anterior.

–¿Cómo se llamaba?

–Paula.

Alex cerró los ojos y Jamie se dio cuenta de que la conversación se había terminado de momento. Quizás fuese lo mejor, ya que lo único que podía contar de su propio día era sobre dos hombres a los que Alex no quería ni ver. Tal como estaba seguro que se pondría celoso por nada y estallaría.

Apoyó la cabeza en el brazo de él y dejó pasar el tiempo hasta que se detuvo el coche. El restaurante antiguo que había del otro lado de la ventanilla era precioso y despertó su interés.

–Tiene buena pinta. –Jamie bajó del coche detrás de Alex, cogiéndolo de la mano cuando él le ofreció la suya.

–No me apetece una mierda. –Mantuvo cogida la mano de Jamie–. Dime que eso se va a terminar pronto.

–Así será. Yo te pediría que me dijeras lo mismo si se tratara de mi familia a la que vamos a ver. –Jamie sonrió al ver que la esquina de la boca de Alex se curvaba ligeramente. Quizás fuese buena idea ofrecerle un premio si sobrevivía a la cena. Comprendía su estrés perfectamente. No era su intención pagarlo con ella, era tan solo que por algún lado tenía que salir. *Soy goma, tú pegamento...* En esta ocasión ella podía ser su goma.

–Solo encárgate de que no falte el alcohol y habla hasta que se le caigan las orejas a Mark. Tengo muy poco que decirle a mi hermano. –Se encogió de hombros y abrió la puerta para que Jamie pasara.

Jamie sonrió al ver a Mark de pie junto a una mujer de pelo oscuro y una enorme sonrisa en su atractiva cara.

–Aquí estáis. Empezaba a preocuparme.

–Pero si no llegamos tarde –gruñó Alex, mientras Jamie dejaba que el hermano pequeño le diera un abrazo amistoso.

–Es verdad. –Mark se refirió a la mujer que había a su lado–. Jamie, esta es mi mujer, Paula.

La mujer inclinó la cabeza y arqueó los labios en una sonrisa poco agradable.

–Hmmm. Encantada. No eres la mujer con la que imaginaba a Alex, pero eres guapa.

Jamie no estaba segura de qué responder. El comentario habría sido más apropiado si no hubiese estado presente. Se habían conocido en la casa cuando murió el padre de Alex. Había sido breve, pero bueno, daba igual.

–Es una buena amiga. –Alex tocó la espalda de Jamie–. Me alegro de volver a verte, Paula. Mark.

–Vale. –Mark arqueó las cejas y se giró hacia la camarera–. Ya estamos todos.

–Traiga una buena botella de vino, por favor –Jamie se acercó a Mark y sonrió, dejando a los otros dos detrás.

Seguro que luego Alex le echaba la bronca, pero le daba igual, ya lo contentaría.

Charlaron de cosas intrascendentes lo mejor que pudieron mientras se comían sus ensaladas y compartían una botella de vino. Alex recibió una llamada mientras traían la comida y se disculpó para salir.

Paula se quedó sentada un minuto y luego se levantó para ir al baño. Jamie se preguntaba cómo se había estropeado tanto la noche.

–Vaya, esto es de lo más incómodo. Cualquiera diría que antes estábamos juntos y que ahora estás con mi hermana. O que Paula estaba con él y ahora está conmigo. Se puede cortar la tensión con un cuchillo –bromeó.

Jamie se relajó de inmediato y se apoyó en el respaldo.

–Mi hermana se casó con mi exnovio. Te imaginarás las reuniones familiares.

Mark se rió.

–Venga ya, ¿en serio?

–Sí, pero no importa. Sinceramente no sé qué vi en él. –Jamie cogió su copa de vino–. De todas formas nunca hemos estado tan tensos como lo de esta noche.

–Es por mi culpa. Alex y yo no tenemos ninguna relación y no ayuda que Paula y yo tampoco estemos bien. Yo soy el común denominador, aunque estoy más tranquilo conmigo mismo de lo que he estado nunca. –Se encogió de hombros, se acabó su copa y se sirvió más vino. Luego inclinó la botella hacia ella–. ¿Más?

–Dios, sí. –Jamie levantó su copa–. ¿Entonces mañana vamos a ver la casa y Alex y tú vais a reunirnos con los abogados?

–Solo la casa. Yo me encargaré de la parte legal en los próximos días. Si hace falta que venga Alex ya lo llamaré. Probablemente vaya a Nueva York con una buena pila de documentos para que los firme. Ya me encargo yo. No quiero quitarle tiempo. –Suspiró y miró hacia la puerta–. Papá quiere que nos arreglemos pero, sinceramente no sé cómo.

–Ya, ojalá yo pudiera ayudar. No soporto a mi familia así que sería ridículo darte consejos sobre la tuya. –Jamie bebió un poco más de vino–. Supongo que tienes que seguir intentándolo y mostrar lo mejor de tu personalidad. Dile cuánto te importa, lo que lo aprecias, que estás orgulloso de él. Ese es el tipo de cosas que ha echado en falta toda su vida.

–Muy bien, me gusta. –Mark la miró–... Ya vienen. ¿Lista para el segundo round?

–No. Pide más alcohol.

Mark se rió.

–Me caes bien.

Alex se sentó y los miró a los dos.

–¿Mi hermano está intentando ligar con mi chica?

–Creía que solo erais amigos –dijo Mark y se rió cuando Jamie lo miró–. Vale... no, no estoy ligando con ella, aunque deberías hacértelo mirar. Pocos hombres dejarían de intentarlo, especialmente si vas por ahí diciendo que es solo una amiga.

Jamie se apretó la frente con los dedos, quería desaparecer. Aunque le encantaba que Mark intentara defenderla, eso no hacía sino aumentar la tensión. La única salida era centrarse en el alcohol. Eso le nublaba un poco los sentidos. Iba a ser la única manera de aguantar la visita.

Aquella noche durmieron dándose la espalda, Alex estaba de un humor especialmente malo cuando llegaron al hotel. Jamie no tenía ganas de aguantarlo, ya que el alcohol la había hecho más fuerte de lo que solía ser. Tras una pequeña discusión, posó la cabeza en la almohada y se quedó dormida.

A la mañana siguiente Alex ya se había levantado y vestido cuando ella despertó.

–Buenos días –gruñó él, sorbiendo tragos de café mientras miraba por la ventana de pie.

–Buenos días. –Jamie se apretó la cabeza con las manos y gruñó–. Recuérdame la próxima vez que me pidas que te acompañe que te mande a la mierda. No soporto la tensión entre Mark y tú. El vino ayudó, pero hoy lo voy a pasar mal.

Alex se acercó a ella y le tocó la cara.

–Lo siento. Me comporté como un verdadero capullo anoche, contigo y con él. Es que siento como si tuviera que protegerme cuando él está cerca. Es como si esperara a que me llegara el primer puñetazo en cualquier momento.

–Lo sé y lo odio. –Se levantó, le dio un beso y fue al baño–. ¿Nos vamos hoy después de la subasta de la casa?

–Sí. Va a haber un montón de gente. Nos compramos un bagel de camino, hacemos lo que nos pidan y nos marchamos. No me interesa pasar más tiempo del necesario con Mark y con la bruja con la que está casado.

Jamie estaba totalmente de acuerdo, aunque no dijo nada. Se recogió el pelo en una coleta, se puso un poco de maquillaje y estaba lista. El pantalón de vestir y el jersey de algodón le daba un aire *business casual* y combinaba con el pantalón de vestir y la camisa de Alex.

Caminaron de la mano. Jamie compró unos cuantos bagels extra para Mark y cualquier otra persona que hubiese por allí. Alex no entendía por qué quería ser tan amable, pero Jamie ignoró su comentario.

–¿Preparada? –Alex miró por la ventanilla cuando se detuvo el coche.

–Sí, pero la pregunta es si *tú* lo estás. –Le apretó la mano.

–La verdad es que no, pero si gracias a esto ya no tengo que volver entonces sí, estoy más que preparado. –Bajó del coche y le sostuvo la puerta abierta a Jamie.

Mark fue el primero en acercarse a ellos. Estaba guapo de traje, pero sus ojeras estaba aún más marcadas.

–Vale. Tenemos que movernos entre la gente, responder a sus preguntas sobre cualquier detalle de la casa y venderles la moto. Si no sabes alguna respuesta cuéntales cualquier mentira y sonríe mucho. –Dejó de mirar a Alex para mirar a Jamie–. Pasará pronto y todos podremos irnos a casa.

–Por mí genial. –Jamie asintió mirando a Alex–. Vamos a meternos en el dormitorio de atrás y hacemos ruidos de fantasmas.

Mark se rió y se giró para caminar hacia la casa.

–Hey, si lo vuestro no funciona...

Estaba de broma, pero había sido una broma estúpida.

–Ni se te ocurra –le advirtió Alex y apretó la mano de Jamie.

–Hey. Parte del trabajo de una relación es dejar que algunas cosas se te resbalen. Tu hermano solo bromeaba. –Acercó la cara a su brazo y caminaron hasta la cocina–. Cojo algo de beber y nos vamos a nuestro sitio.

Alex ignoró su primer comentario y se limitó a asentir.

–Vale –dijo soltando el aire–. No entiendo por qué no lo donamos todo a alguna ONG. No necesito el dinero ni tengo por qué estar aquí. Debería estar trabajando, no en esta mierda.

Jamie sonrió.

–Se llama cerrar capítulo. Sí tienes que estar aquí. –Cogió algo de beber y cuando se giró encontró a Alex inclinándose hacia el interior de la alacena–. ¿Qué miras?

Él levantó la cara y sonrió, sus labios estaban tensos.

–Estas marcas son de cuando éramos pequeños. Cada año, en nuestro cumpleaños, nuestro padre nos medía aquí. Es curioso cómo íbamos muy igualados, hasta que Mark pegó un estirón en octavo. Pensé que nunca iba a oír hablar de otra cosa.

Jamie se acercó para abrazarlo.

–¿Estás bien?

–No mucho. Lo que quiero es que todo se acabe. –Bajó la mirada para verla y le acarició la cara.

El hombre agresivo al que estaba acostumbrada había desaparecido. Un niño asustado ocupaba su lugar. Jamie tenía que recordarle quién era.

–¿Podemos cerrar la puerta? –Se acercó para cerrar y luego encendió la luz con una sonrisa–. ¿Sabes las broncas que nos habríamos ganado si nos hubiésemos conocido cuando éramos más jóvenes?

–Me lo imagino. –Una sonrisa arqueó los labios de Alex mientras entrecerraba los ojos–. Me gusta tu táctica de distracción. ¿Cómo tengo tanta suerte?

–Hoy, de momento, no has tenido suerte aún, pero eso está a punto de cambiar. –Le bajó la cremallera del pantalón y luego se puso de rodillas–. No gimias muy fuerte, la gente va a pensar de verdad que hay fantasmas.

## Capítulo 8

El deseo en la voz de Alex la extasiaba, no había nada en el mundo que no hubiese hecho por él.

–¿Vas en serio? –susurró él, metiendo los dedos en el pelo de Jamie.

Ella levantó la mirada para sonreírle y le frotó la polla unas cuantas veces hasta que creció y se endureció.

–Tan en serio como un infarto.

Se echó hacia adelante y acarició con un costado de la cara su erección mientras Alex gruñía desde la profundidad de su pecho.

–Además... Te debo un mordisco.

Él contuvo la risa y se echó hacia atrás, apoyándose contra una pila de latas, tirando de Jamie para acercarla más mientras ella lo envolvía con la boca. El sabor amaderado de su deseo se esparció por su lengua y se perdió sintiendo cuánto lo necesitaba. Chupaba, lamía y tiraba, su deseo se centraba en acariciarlo y por ello lo hacía con fervor.

La cadera de Alex se balanceó unos cuantos minutos disfrutando del sexo. Cerró los ojos, levantó la cabeza y gimió.

–Joder, me voy a correr. Échate para atrás.

–No. Quiero probar tu sabor.

Retomó el ritmo, trabajando sobre él hasta que todo el cuerpo de Alex se puso rígido y la respiración se le detuvo en el pecho.

Jamie bebió y luego lo lamió para limpiarlo mientras él miraba, respirando como si hubiese corrido alrededor de la manzana varias veces.

–Ha sido una pasada, Jamie. –Le acarició la cara y la ayudó a levantarse.

Ella le metió la polla de nuevo en el pantalón y se apoyó sobre él, poniéndose de puntillas para darle unos cuantos besos suaves.

–De todas formas necesitaba tu sabor. Echaba de menos estar cerca de ti.

–Le lamió la boca y en ese momento alguien tiró de la puerta de la alacena.

Alex abrió e hizo pasar a Jamie delante de él, ante una pareja mayor que los miraba con los ojos muy abiertos.

–Pues sí, hay espacio de sobra para escondernos de los niños, cariño. –

Alex pasó el brazo sobre los hombros de Jamie y caminaron hacia el pasillo.

Jamie se rió, no podía evitarlo.

–Mira que eres malo.

–¿Yo? Eres tú quien acaba de ser una chica mala conmigo en la alacena durante la subasta de la casa de mi padre. ¡Que hay gente por todas partes! – Entró en el dormitorio más grande y miró a su alrededor.

–¿Chica mala? –se rió–. Estamos volviendo a la adolescencia por lo que veo.

–Me gusta esa idea. Te voy a morder la guinda en el avión. –Sus cejas subieron y bajaron mientras la abrazaba con fuerza y luego le comía la boca.

Alguien se aclaró la garganta. Se separaron cuando Mark entraba con una mujer muy guapa de mediana edad.

–Ella es Sarah. Es una de las abogadas que nos va a ayudar con la subasta.

–Soy Alex Reid. Ella es mi asistente personal, Jamie Connors. –Le estrechó la mano a la mujer y luego volvió a ponerla sobre las lumbares de Jamie.

Ella también le estrechó la mano a la mujer, pero en cuanto Alex empezó a hablar con la abogada, caminó hacia la puerta. Era una locura la manera en la que tan pronto podían estar abrazándose apasionadamente como la presentaba como su asistente personal. Era verdad que era su asistente, pero después de abrazarla y besarla frente a la abogada, presentarla así la hacía quedar como la secretaria puta. Le molestaba por muchos motivos.

Tras abrirse paso entre la gente, Jamie llegó al fin afuera y caminó hasta una esquina de la terraza para apoyarse en la barandilla. Alex tenía que saber que ese tipo de cosas le molestaban. ¿Cómo no lo iba a saber? Nadie era tan insensible.

–Hey. ¿Estás bien? –Mark se acercó, dándole con el hombro.

–He estado mejor. –Jamie puso los ojos en blanco y se giró para ver a la gente que seguía llegando en riadas hacia la casa–. Es solo que no entiendo por qué es tan malo que la gente sepa que estamos juntos. En privado le gusta estar conmigo pero luego...

Las lágrimas le quemaban los ojos y se dio cuenta de lo tonta que estaba siendo. El dolor del pasado la hacía sentirse como una mierda, pero sabía que Alex la quería. ella le importaba, la consideraba lo mejor del mundo.

*¿Entonces por qué me esconde?*

–Es idiota, como casi todos los hombres. Pero no está acostumbrado a tener a alguien con quien quiera estar siempre. Dile que te hace daño y, una vez que se lo hayas dejado bien claro, podrás ponerte a la defensiva y

mostrarte dolida si lo hace otra vez. –Sonrió–. Eres preciosa, él tiene mucha suerte. Punto.

–Gracias. –Jamie se secó las lágrimas, sintiéndose infantil–. Estoy bien. Solo tengo que ser clara con él. Estoy dejando que mi pasado estropee mi futuro.

Él le pasó un brazo sobre los hombros.

–Todos actuamos así. Pero saldrá bien.

–Gracias, Mark.

–Yo... creo que voy a pedir el divorcio. Estoy muy cansado de que no me quieran. –La apretó y luego la soltó–. Siempre pienso que las cosas van a mejorar, pero no mejoran. Ella no era fría ni directamente cruel cuando nos conocimos. No sé qué demonios cambió en su interior, pero es otra persona. Y yo estoy casi al límite.

Ahora le tocaba a Jamie darle ánimos. Le frotó la espalda cuando él se inclinó para apoyarse en la barandilla.

–Haz lo que consideres mejor, pero primero agota todas las posibilidades. El divorcio es un horror. –Jamie levantó la mirada cuando Alex salió a la terraza. Este la miró y arqueó las cejas al ver que le frotaba la espalda a Mark.

Jamie retiró la mano de golpe, como si se hubiese quemado.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó Alex y se movió hacia ellos.

–Solo charlábamos de la vida. ¿Te quedas con nosotros? –Mark se enderezó y se echó hacia atrás para dejar pasar a Alex.

–La verdad es que no. Estoy listo para que nos marchemos. –Alex le cogió la mano a Jamie–. Venga. El vuelo sale en treinta minutos.

–¿De verdad? –Mark pasó la mirada de Alex a Jamie–. Esperaba que os quedarais una noche más. Quería invitaros a casa.

–Siento quedarte mal, otra vez. –Alex tiró de Jamie y la abrazó en un gesto posesivo–. Llama si necesitas cualquier cosa.

–Vale. Ya nos veremos, Jamie. –Mark levantó la mano para despedirse y volvió a apoyarse en la barandilla.

Jamie siguió a Alex, pero cometió el error de mirar hacia atrás.

–Se le ve muy triste.

–Ni idea de por qué. Tiene una mujer guapa y, por lo que parece, también la atención de mi novia más allá de lo necesario. No hay motivos para estar triste. –Alex le soltó la mano y abrió la puerta. Su cara estaba contraída por el enfado.

–Vale. –Montó en el coche y se giró para mirarlo a la cara—. ¿Así que ahora soy tu novia? Pensaba que era solo tu asistente personal. Recuérdame como iba lo de ahora sí, ahora no, que me estoy confundiendo.

–¿Así que de eso se trata? –Alex se giró hacia ella estrechando sus bonitos ojos—. ¿Estás cabreada porque le dije a la abogada que trabajas para mí y por eso has ido a la terraza a darle cariño a mi hermano, el del corazón roto? ¿Así van a ser las cosas?

–Pero, ¿de qué vas? –bufó y cruzó los brazos sobre el pecho, desplazándose al otro lado del coche—. Llévame a casa y no me digas ni una palabra más.

–Jamie. Tienes que ponerte en mi lugar. Estabas frotándole la espalda, básicamente has estado pegada a él desde que llegamos.

–Estás loco—. Jamie se secó las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas. Alex era tan capullo como ella imaginaba—. Recuérdame la próxima vez que quiera consolarte que no me moleste en ponerme de rodillas. No hay nada como chupársela a un tío y que acto seguido te presente como su secretaria en vez de como su novia; eso da mucha seguridad.

Alex le tocó la pierna y se acercó.

–Para. Es horrible. Sabes lo que siento por ti.

–Sí, claro. –No dijo una palabra más, solo miró cómo pasaba el mundo del otro lado de la ventanilla.

Él era un capullo y no quería aclararle lo que había hecho con Mark. Al pobre se le estaba viniendo abajo su mundo, ¡cómo no ponerle la mano en el hombro para darle ánimos! Debería haber sido Alex quien lo hiciera, pero cualquier cosa antes que salirse de su papel ante su hermano. Cualquier cosa antes que demostrar que le importa.

Volaron a casa en silencio, posponiendo la sesión de sexo apasionado. Su relación era como un maldito yoyó. Era como si fueran adolescentes otra vez. Jamie no tenía mucho que decir tampoco cuando iban sentados en el coche, a pesar de que Alex le cogió la mano durante casi todo el camino. Ella no se soltó, pero no le dedicó mucho tiempo a intentar arreglar las cosas.

El móvil de Alex sonó y se conectó sin querer al manos libres del coche justo cuando se grababa el mensaje que dejaba quien había llamado:

*"Soy Alex Reid. En este momento no te puedo atender. Déjame tu nombre y un mensaje y te devolveré la llamada en cuanto pueda"*

Luego sonó un fuerte bip.

*"Alex" La voz era sexy y demasiado familiar. "Soy Annette. Necesito que me llames en cuanto escuches esto, cariño. Es muy importante, ¿vale? No se te ocurra ignorarme para ponerme celosa o triste. Necesito hablar contigo. Es una cosa de trabajo y sé lo mucho que amas el trabajo"*

Cuando el mensaje acabó, Jamie tenía el estómago hecho un nudo. ¿Alex estaba preocupado por ella y Mark? Era lo más ridículo que había oído nunca. Jamie solo veía a Mark cuando estaba con Alex, tres veces en total, quizás cuatro por lo del padre. Dio un tirón para soltar la mano.

Annette, por su parte, era un viejo amor que no quería salir de la vida de Alex. Pensar en él devolviéndole la llamada a aquella belleza pelirroja destrozó aún más a Jamie.

–No es nada. –Alex volvió a buscar su mano–. Hey. Habla conmigo.

–¿En serio? ¿Qué quieres que te diga? –su voz era suave, cubierta de dolor.

–Dime que no hay nada entre tú y Mark.

Jamie centró toda su atención en Alex.

–¿Es broma? ¡Por supuesto que no hay nada! Es tu hermano, Alex. Se va a divorciar y tiene problemas de dinero. Quiere tener más contacto contigo y echa de menos a vuestro padre. Solo le estaba diciendo que *los dos* estamos aquí para ayudarlo. Perdóname por preocuparme por él, joder. En el futuro me aseguraré de mantenerme al margen.

Alex se quedó callado un buen rato. Suspiró y habló bajito.

–No lo sabía, Jamie. Lo siento. Me he equivocado.

El coche se detuvo y Jamie abrió la puerta, alejándose de Alex.

–Sí, te has equivocado. Que pase buena noche, señor Reid. Su asistente personal le verá mañana en la oficina.

–No seas así –la llamó, pero Jamie dio un portazo. Lo único que quería era ayudar, abrir su corazón, ofrecer un hombro como apoyo. Y de lo que le sirvió...

No estaban hechos para estar juntos. Eso estaba más que claro.

## Capítulo 9

Seguía enfadada a la mañana siguiente cuando se despertó, pero intentó ignorarlo. *Sí* que estaban hechos para estar juntos, tan solo tenían que limar asperezas; no quedaba de otra. No quería trabajar para nadie más y desde luego no quería a ninguna otra persona ni en su cama ni en su vida.

Su padre le mandó un mensaje al móvil para ver si podían desayunar juntos. Jamie aceptó, aunque con solo pensar en más dramas se desbordaba.

Condujo hasta la pequeña cafetería que su padre adoraba, destrozada por la amargura que le había dejado el viaje de trabajo con Alex. Se suponía que iban a pasar tiempo bonito juntos tanto el fin de semana anterior como en Philadelphia, pero nada. Siempre surgía algo y, últimamente, ese algo siempre era él y su carácter de mierda.

Bajó del coche y dio un portazo, obteniendo así la atención de una pareja joven que estaba de pie cerca del coche.

–Lo siento, es que la puerta se atasca. –Se encogió de hombros con timidez y entró hacia el rico aroma de sirope de maple y café.

Su padre se puso de pie y movió la mano para saludarla; la sonrisa en su cara era una delicia tras la noche de horror.

–Hola, pequeña. –Se acercó a ella y la envolvió en un cálido abrazo–. ¿Por qué tienes los ojos hinchados?

–¿Se nota? He intentado por todos los medios que se deshincharan, aunque supongo que no dormir siempre se me acaba notando.

Jamie se sentó y movió la taza de café que había frente a ella. Una camarera vino casi de inmediato. Jamie le pidió tortitas con chispas de chocolate, nueces pecanas y extra de mantequilla. Su padre se pidió lo mismo.

–Algo no va bien. Cuéntamelo. –Su padre pasó una mano sobre la mesa para tocar el brazo de Jamie–. ¿Problemas de hombres?

–Siempre son un problema los hombres. –Se quedó mirando su café y dejó escapar un largo suspiro–. Pero no hablemos de mí, hablemos de ti.

–De acuerdo. Quería verte para decirte que voy a pedir el divorcio. Voy a alquilar un piso en el centro, tiene dos dormitorios, así que si necesitas alojamiento siempre tendrás espacio en mi casa. –Sonrió con cariño.

Jamie levantó la mirada y lo estudió con atención; su piel estaba mejor, más sana de lo que había estado en años. Había estado bien con su madre durante mucho tiempo, pero los últimos cinco o seis años había tenido un aspecto cada vez peor.

–Me alegro. Siento que las cosas no vayan bien entre mamá y tú. Aunque sinceramente te veo muy bien, papá.

–Me siento bien. –Levantó los brazos y se estiró–. Estoy harto de que me traten a palos. El resto de mis días los voy a pasar con alguien que me adore de verdad o solo. No me importa estar solo.

–A mí tampoco. –Admitió ella.

–Tú eres demasiado joven para ser cínica –se rió y se apartó porque llegaba la comida–. Guau, qué rápido.

–En este sitio siempre traen la comida rápido. Es uno de los motivos por los que me gusta tanto. –Jamie pasó el dedo sobre el sirope de las tortitas y luego se lo lamió–. El otro motivo es este sirope casero.

Rieron y hablaron sobre los planes de su padre mientras desayunaban. Cuando acabaron, Jamie se sentía mejor, mucho más centrada y firme. Era una buena mujer, el problema no era lo que ella valía, sino cómo trataba Alex a las mujeres y lo mucho que le costaba dejar entrar a una buena mujer en su vida.

Jamie estaba decidida a sentarse a hablar con él y poner las cartas sobre la mesa. Él había dicho varias veces que quería que la relación pasara al siguiente nivel. Ella estaba más que preparada para hacer que eso ocurriera.

A Jamie le sorprendió ver que Paul no iba a estar en todo el día, también un mensaje que le había dejado Mark. Parecía de buen humor. No llamarlo habría sido de mala educación, aunque a Alex le sentara mal. No había nada entre ellos sino una agradable amistad que empezaba. Si las cosas entre Alex y ella iban bien, Mark sería su futuro cuñado y empezar a llevarse bien con él era inteligente.

Se levantó para cerrar la puerta y llamarlo. Alex no estaba, así que no tenía que preocuparse porque la pillara. Por otra parte Mark no la habría llamado si no se tratara de algo confidencial o personal.

–Mark.

–Hey. Soy Jamie Connors.

–Hola, Jamie. ¿Así que habéis llegado bien?

–Claro. Acabo de volver de desayunar con mi padre. Momentos complicados.

–¿Ah, sí? ¿Qué pasa? –Tosió un poco.

–Mi padre ya se ha cansado de mi madre. Le va a pedir el divorcio. Es bueno y malo, supongo. Pero no te quiero aburrir. Cuéntame para qué me has llamado.

–Parece que el divorcio está de temporada. Lo siento. Sabes que estoy aquí si necesitas hablar con alguien, aunque supongo que mi hermano es mejor apoyo para ti.

Le alegró oír que Mark la quería acercar a Alex. Era muy buen hombre. Qué pena que Alex no se diera cuenta, aunque ella mejor que nadie sabía lo que costaba olvidar el dolor del pasado.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jamie.

–Acabé ayer con todo lo de la subasta, salió muy bien. Se vendieron casi todas las cosas grandes, lo cual ayuda a limpiar el sitio y por fin poder cerrar el capítulo.

–¡Qué buena noticia! ¿Quieres que hable con Alex para que vaya a ayudar con la limpieza final? –Apretó el bolígrafo contra sus labios y se escurrió en la silla.

–No, ya me encargo yo. Creo que voy a pasarme el sábado para que los papeles estén listos para firmar en pocos días. Si hubiese sabido lo rápido que quería liquidarlo todo le habría dicho a Alex que nos dedicáramos solo a pasar tiempo juntos.

–Ojalá lo hubiésemos sabido. Me sabe mal que tengas que venir.

–No pasa nada. De todas formas me viene bien tener una excusa para largarme de aquí un poquito. Las cosas en casa ahora no están muy agradables. –Hizo un ruido nasal–. Si no hubiese surgido esto de todas formas buscaría una razón para visitaros.

–Lo siento. –Jamie meneó la cabeza mientras la tristeza se apoderaba de ella–. Hablaré con Alex sobre los papeles y para ver si puedes alojarte en su casa. Yo vivo en el mismo conjunto residencial, así que cuando vengas podemos cenar o algo.

–Me encantará. Como voy mal de dinero ahora no sé si podría pagarme un hotel.

–No te preocupes por eso.

–Te lo agradezco. Oye, por favor no le cuentes a Alex lo del dinero. No quiero que sepa de mi situación. –Volvió a toser–. Te dejo, llámame pronto y dime lo que te ha dicho Alex sobre mi visita. Gracias otra vez por ser tan genial. Tengo mucha suerte de haberte conocido, Jamie.

–Yo también. Cuídate.

Colgó y echó la cabeza hacia atrás. Alex tenía que buscar la forma de arreglarse con su hermano. Ella ni siquiera era parte de la familia y sin embargo le tocaba estar en medio como si fuera una hermana o la mujer de Alex.

Era ridículo; no le pagaban ni de lejos lo suficiente para la cantidad de drama que Alex le hacía pasar.

*¡Basta!* Era hora de trabajar y centrarse. Antes de la boda de su hermana, Jamie trabajaba noche y día. Ahora se estaba relajando, centrándose demasiado en hacer que su relación funcionara y obligándose a comer. Había llegado la hora de retomar el ritmo que tenía cuando empezó a trabajar aquí.

Trabajó en varios de los proyectos nuevos que tenía sobre la mesa durante el resto de la mañana. Casi se ponía de mal humor al darse cuenta de lo fácil que era trabajar sin Paul presente. No era que él hablara demasiado, sino que bastaba con que hubiese otra persona en la habitación para que ella fuera ineficiente.

–Por cierto. –Jamie se levantó y salió al pasillo, le gruñía el estómago.

Tenía que hablar con Gina para que le consiguiera un despacho a su compañero, luego saldría a comer.

–Hey. –Gina levantó la mirada.

–Hey. Solo quería ver como va lo del despacho de Paul. Sé que faltan unas cuantas semanas, pero quería ver si los obreros han dado ya una fecha para que salga de mi despacho. Quiero decir, para que acaben las obras. –Se rascó la barbilla y miró de reojo; Alex estaba entrando en su despacho con la cabeza agachada.

–Dos semanas. ¿Por? –Gina se echó hacia adelante–. ¿Te está molestando? Puedo pasarlo al despacho de algún analista si quieres. Ya sabes que no me importa hacerlo si es por ti. –Se levantó y se estiró.

–No. Dos semanas está bien. –Jamie se volvió a girar–. ¿Me haces un favor? Mira si Alex tiene algo para hoy en su agenda. Pensaba que no tenía nada, pero puede que me haya confundido.

Gina movió el ratón de su ordenador e hizo clic unas cuantas veces.

–No en la próxima hora. Puedes entrar a hablar con él. Luego nos vamos a comer algo.

–Me parece bien. –Jamie caminó hasta la puerta principal del despacho de Alex y llamó con suavidad–. ¿Tienes un minuto?

Él levantó la mirada y asintió brevemente.

–Sí. Pasa y cierra la puerta.

Algo le decía a Jamie que cerrar la puerta no iba a traer consigo cosas tan divertidas como las de días atrás. Le volvió a rugir el estómago y se frotó la tripa sin pensar.

Alex se sentó.

–¿Sigues enfadada conmigo?

–Ya se me está pasando. –Jamie se encogió de hombros–. Tengo que hablar contigo.

–Dale.

Alex tenía unas ojeras oscuras debajo de sus preciosos ojos azules. Al igual que a su hermano Mark, parecía que le pesaba cada vez que se veían.

–Ha llamado Mark. Viene el sábado a traer la documentación de la subasta.

–Bien.

–Quiere saber si se puede quedar en tu casa. Tiene un poco de problemas de dinero.

–No. –Alex la miró con ojos de acero.

–Vale. Se puede quedar conmigo. –Se cruzó de brazos–. Lo siguiente es sobre tus notas para la reunión del martes.

–Espera, ¿qué coño...? Mi hermano no se va a quedar en tu casa. Eso *no* va a pasar.

Alex despegó la espalda del respaldo y se inclinó hacia Jamie. La mirada agresiva habría sido sexy si no tuviera un fondo negativo.

–Entonces se queda en tu casa. Tienes sitio de sobra. Te estás portando fatal con todo esto. –Jamie se acercó al borde de su silla, estaba lista para retarlo. Lo de pasar al siguiente nivel con él definitivamente iba a tener que incluir el plantarle cara.

–Vale. Me importa una mierda. Da igual.

Alex se levantó y alzó las manos al aire, un gesto demasiado dramático incluso para él.

–Alex, ¿qué te pasa? Esto –Jamie se señaló a sí misma y luego a él–, ¿es demasiado? ¿Cuál es el problema? Porque tan pronto te mueres por tocarme

como rehuyes mis caricias. Si tenemos que trabajar juntos y vivir uno encima del otro... No lo entiendo. –Se levantó y caminó hacia él. Alex era pasional, pero ¿demasiado emotivo? No, ese no era su estilo.

–Joder. –Se giró para mirarla de frente. Estaba pálido.

A Jamie casi se le para el corazón al verlo. No estaba bien. Nada bien.

–¿Qué ocurre? –Intentó tocarlo pero él se apartó.

–Acabo de quedar con Annette. –Se pasó los dedos por el pelo.

–Ah... –Jamie sintió que se descomponía por dentro. ¿Iban a volver? ¿Se había acostado con ella?

Alguien los interrumpió llamando a la puerta.

Gina se asomó.

–Lo siento. El señor Billmore está al teléfono. No está de humor para llamar más tarde.

–Ya lo cojo. Gracias, Gina.

Alex se acercó a Jamie y esperó a que Gina cerrara la puerta. Cuando esta lo hizo, le acarició la cara.

–Hablamos esta noche.

–De acuerdo.

Jamie se giró, quería presionarlo más pero no podía. Alex tenía que responder la llamada y ella quería algo con mucho queso o con mucha grasa para sentirse mejor. Salió del despacho y cerró la puerta con suavidad. Gina la estaba mirando.

–¿Comida? –Gina recogió su bolso.

–Sí.

Jamie tenía que dejar a un lado su angustia. Si Alex le iba a partir el corazón necesitaba algo que la consolara. Comida.

## Capítulo 10

Jamie terminó su trabajo y se pasó la tarde esperando a que Alex terminara. Al final se dio por vencida y volvió a su piso sobre las nueve. Cenó una ensalada y luego nadó un buen rato, lo que la dejó aburrida y de mal humor. Había comido demasiada comida basura y su cuerpo empezaba a echárselo en cara.

Puso una peli en DVD y se sentó en el sofá, esperando a que Alex llamara a la puerta. Se quedó dormida y, sobre las dos de la madrugada, finalmente le mandó un mensaje al móvil, al que él solo respondió brevemente, diciéndole que hablarían pronto. Las imágenes de él y Annette no se le iban de la mente ni de los sueños. ¿Por qué Alex no se había traído el trabajo a casa? Salvo que estuviese con *ella*.

Algo se encendió dentro de Jamie. No estaba segura de qué era, pero la hacía sentir irritable y posesiva.

Fue como si tardara siglos en amanecer y cuando amaneció, fue como si hubiese ocurrido demasiado rápido.

–¿Por qué tienen que ser tan complicados los hombres? –Se sentó en el sofá y se estiró. Le dolía todo.

Se vistió con un sencillo vestido verde y zapatos planos, se recogió el pelo en un moño informal y se puso un poco de color en los labios. Ya tenían otra vez en fin de semana encima, lo que significaba que pasaría algún tiempo con Alex sí o sí.

Tras vérselas con el tráfico entró en la oficina y cruzó por recepción, donde Nicholas estaba charlando con Gina.

–Hola, Nicholas. ¿Has venido a ver a Alex? –Se detuvo frente a él y no pudo evitar darse cuenta de lo guapo que estaba en su traje a rayas. Quizás aquel hombre fuese un poco más mayor que ella pero era intensamente atractivo.

–En realidad para verte a ti. –Se levantó y recogió su maletín–. Esperaba convencerte para que comas conmigo. Solo por negocios, te lo prometo.

Jamie no pudo evitar sonreír en respuesta a la amable sonrisa que apareció en aquella bonita cara.

–¿Negocios? ¿Y de qué negocio tenemos que hablar tú y yo? Te he mandado toda la información sobre tus inversiones y los informes financieros

no estarán listos hasta mediados del verano. –Jamie abrió la puerta de su despacho. Se preocupó un poco al ver que Paul no estaba otra vez.

Se dijo que debía llamarlo más tarde para ver que estuviera bien.

Nicholas la siguió al despacho pero se detuvo ante la puerta.

–Tengo un par de compañeros de golf que buscan nuevas inversiones. Les he presumido de ti y de Alex y creo que dos de ellos están interesados en reunirse contigo. Voy a verlos la próxima semana. Me encantaría que me dieras unas cuantas carpetas con información e historia de la empresa. Pensé que podía llevarte a comer para que habláramos de todo.

–A ver si te entiendo. –Jamie dejó sus bolsas y se giró para mirarlo—. ¿Quieres invitarme a comer para que te enseñe cómo vender los productos en los que has invertido?

Él se rió.

–Más o menos. ¿Te apetece?

–Sí, pero ¿cuándo te vas a reunir con tus compañeros?

–Bueno, sé que te aviso con poco tiempo, pero me gustaría que comiéramos hoy. ¿Estás libre?

–No, pero puedo quedar para cenar a última hora, creo. –Se movió hacia su mesa y se agachó para revisar la agenda: ir de copas con Gina a las cinco, nada más–. Sí. Podemos quedar a las siete y media.

–Bien. ¿Nos vemos en el Champion Grille?

–Me encanta ese sitio. Me llevaré un montón de cosas para que las miremos juntos. –Jamie se pasó las manos por las caderas, alisándose la falda distraídamente. Los ojos de él siguieron sus movimientos, lo que hizo que Jamie se sintiera más expuesta de lo que le habría gustado.

–Bien. Pues entonces nos vemos después y ya me encargo con Alex de programar reuniones para la próxima semana.

Hablaron un momento y luego él se marchó. Ir a comer con él habría sido mejor, pero Jamie tenía demasiadas cosas que hacer antes de que llegara el fin de semana.

Miró el reloj, lamentándose de que ya fueran las diez. Tenía que empezar a poner el despertador para levantarse más temprano otra vez. Y si no, también podía decirle a Alex que tenía que ser más estricto con ella en la hora de llegada. La única forma para que se levantara al amanecer era que él le diera más importancia a tenerla en la oficina sobre las ocho.

Trasteó unos minutos en su mesa y se dio cuenta de que quería ver a Alex, quería sentirse entre sus brazos. No fue a verla la noche anterior, lo que

significaba que estaba hasta arriba con algún asunto. Jamie fue hasta la puerta que separaba su despacho del de él y llamó un par de veces antes de entrar. Miró la puerta principal, alegrándose de que estuviese cerrada.

Alex levantó la mirada con aire cansado.

–Jamie, siento lo de anoche. Me lié aquí con mil cosas.

–Te vas a enfermar si no duermes, te pones gruñón y rindes menos. – Caminó rodeando su mesa y lo empujó por el hombro para obligarlo a girarse hacia ella–. Además, te hecho de menos.

–¿Ya no estás enfadada? –Alex deslizó las manos sobre la cadera de ella para acercarla.

–No, no se trata de que esté enfadada o no. No todo gira entorno a eso, no entiendo por qué crees que sí.

–Todas las mujeres con las que he salido estaban siempre enfadadas. La labor del hombre es hacerlas felices.

Jamie se rió. ¿Hablabas en serio? Apretó los labios al darse cuenta de que sí. Él le dijo en una ocasión que no sabía amar, que no estaba hecho para estar en una relación. Ella empezaba a entender por qué.

–Estoy aquí para ayudar, pero me alejas. No estoy enfadada ni soy la mala. –Le apretó con los dedos los tensos músculos de los hombros, derritiéndose cuando él se acercó para envolverla con los brazos y apoyar la mejilla sobre el centro de su pecho.

–Yo también quiero ayudar, pero es que las cosas solo van a empeorar. Tengo demasiada basura encima. Me encantaría ayudar pero, sinceramente, ni siquiera sé por dónde empezar.

–Me contrataste para que te ayudara con el negocio. Te he demostrado de lo que soy capaz. Mándame más cosas. Si tienes que quedarte a trabajar hasta tarde yo también puedo.

–Odiaría hacerte eso. He intentado que no ocurra.

–Pero quiero ayudar.

Alex suspiró.

–Puede que te tome la palabra.

–Bien, pero primero empecemos por nosotros. –Jamie le acarició el pelo y se acercó para darle un beso en la cabeza–. Hazme el amor.

Alex sonrió y luego se echó hacia atrás sobre la silla.

–Ahora mismo no, cariño. No estoy de humor para nada, solo me apetece esconderme en un enorme agujero negro.

–Alex... –Jamie se agachó, abriendo las piernas delante de él. Cada vez que lo tenía cerca su cuerpo quería sexo. Apartó aquella idea y se centró en aquello que lograría que él también quisiese sexo—. Cuéntame qué ocurre.

–No te interesa Mark, ¿verdad? Me digo una y otra vez que es una estupidez ponerme celoso, pero en cuanto me siento mejor... ocurre algo.

–¿Cómo? ¿No habíamos aclarado ya este punto? –Jamie se apoyó en los tacones mientras la confusión rondaba su mente—. ¿Y por qué iba yo a tener el más mínimo interés en tu hermano?

–Parece que te llevas de maravilla con él. Le caes muy bien, es obvio. Quiero decir, joder, te llama para que me pidas que lo reciba en casa.

–Soy tu asistente personal, Alex. Claro que me llama para acceder a ti. Todo el mundo lo hace.

–No has respondido a mi pregunta. –Su expresión se oscureció.

–No. No me interesa tu hermano. Lo está pasando mal, ni siquiera quería que te contara lo de sus problemas financieros, aunque lo hice de todas formas porque me importas. Pero mira, lo estás haciendo genial para que me pregunte por qué narices me tomo tantas molestias. –Se levantó y caminó hasta la ventana. Odiaba lo rápido que aquel momento había pasado de un abrazo tierno a que él la acusara de algo tan ridículo que la ponía de mal humor.

–No entiendo por qué te molesta tanto que diga que eres mi asistente personal. Lo eres –Alex forzó una risa.

Jamie se giró y lo mató con la mirada.

–¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué has pasado de ser tan dulce a ser insensible y saltar por todo?

–¿Qué ha pasado en general u hoy?

Ah, lo tiraría por la ventana de una patada si supiera cómo.

–¡Las dos cosas! ¡O cualquiera de ellas! ¡Joder, me da igual! Solo dime qué coño pasa.

–Mark me llamó esta mañana para decirme que llega mañana porque no pudo encontrarte. Luego el muy capullo me dijo que tenía que portarme mejor porque tus padres se están divorciando y lo estás pasando mal. –Alex se puso de pie y dio unos cuantos pasos hacia ella mientras levantaba la voz—. ¿Por qué coño mi hermano, que vive a mil kilómetros de aquí, lo sabe y yo no?

–Porque él también se está divorciando, así que le conté lo mío. Últimamente has estado un poco ocupado, así que en vez de bombardearte

con mis problemas he intentado ayudarte con los tuyos. Eso es lo que se hace cuando alguien te importa.

No debería sorprenderle que las lágrimas se le agolparan, pero se sorprendió. Jamie estaba casada de sentirse como una mierda sin ningún motivo. Quizás todos sus problemas del pasado fuesen tontos y tuvieran poca importancia, pero le dolían de todas maneras. Tanto Alex como ella tenían problemas de inseguridad. ¿Por qué él no lo entendía?

—¿Se va a divorciar de Paula? ¿Y por qué yo no lo sé? —Se metió las manos a los bolsillos y empezó a caminar.

Jamie lo miró sorprendida. Le había dicho que su hermano tenía problemas. Sabía que se lo había dicho. Ahora se sentía más frustrada al ver que él no la había escuchado.

—Porque no te molestaste en cruzar ni cinco palabras con él. Es tu hermano. —Fue hacia la puerta, para ella la discusión había terminado—. Me voy. Voy a terminar lo que estaba haciendo y luego me voy a tomar una copa con Gina. Nicholas y yo vamos a ir a cenar para hablar de nuevos inversores para tu cartera. No me des las putas gracias.

—No quiero que vayas a cenar con Nicholas. No me cae bien. —Su voz era una orden.

Jamie se giró de golpe.

—Es parte de mi trabajo, es un cliente. Cuanto antes te metas en la cabeza que no me interesa nadie más que tú, mejor será para los dos, tanto desde el punto del vista del trabajo como en lo personal.

Abrió la puerta para volver a su despacho.

—Jamie. Espera. —Alex emitió un largo gruñido—. Me vi ayer con Annette y... y...

Jamie se giró como un torbellino con las manos en jarras.

—¿Y qué? Estoy cansada de adivinarte. Sabes comunicarte muy bien. ¡Comunícate conmigo, joder!

—Vale. —Alex bajó la mirada hacia su mesa y le tembló la respiración—. Está embarazada, dice que es mío.

—¿Qué? —Un horror helado se apoderó de ella.

*¡¡No, no, no, no!!*

—Lo siento. No tengo ni puta idea de qué hacer. No quiero nada que ver con ella, pero si espera un hijo mío...

—Que lo tenga y la ayudas.

Jamie cruzó la habitación, intentando apartar de su mente la idea de que a Alex se le ocurriera intentarlo con Annette. Esa pelirroja guapa era una auténtica bruja que trataba a todo el mundo como si fuera basura. Esa mujer no podía ser madre, salvo quizás de unas cuantas víboras.

–Lo sé... Solo...

–¿Qué otras opciones hay? –Jamie tragó con dificultad y se envolvió en sus propios brazos.

–Muchas, ¿vale? Hay muchas opciones. Yo tuve un padre que me pareció una basura y recuerdo que crecí pensando que si alguna vez tenía un niño lo querría con una intensidad que lo dejaría sin aliento. Que por encima de todas las cosas ese niño sabría que su padre lo quiere y lo apoya.

Las lágrimas que había en los ojos de Alex casi la superaron, pero al pensar que él podía dejarla para sufrir al lado de Annette le destrozó el alma.

–Eso lo entiendo más de lo que puedes imaginar. –Se acercó para secarle una lágrima–. Es una decisión que tienes que tomar tú. Conmigo o sin mí.

A Jamie se le partía el corazón decir aquello. Se haría a un lado si hacía falta. No quería pensar en ello, pero sabía que lo haría.

–Tan solo dame tiempo para pensar, ¿vale?

Jamie solo se atrevió a asentir y marcharse.

¿Cómo demonios iba a soportar ver a Alex con Annette? Él iba a volver con ella. No iba a permitir que su hijo creciera sin un padre. Jamie lo vio en sus ojos, en la forma tan feroz con la que protegía la idea de la paternidad. ¿Y Annette para qué quería un bebé? Ese palillo de mujer no parecía de las que quieren hijos, mucho menos quedarse embarazadas. ¿Cómo iba Jamie a soportar a Annette? ¿A soportarlos a ella y Alex juntos?

La respuesta era sencilla. No iba a soportarlo.

# Capítulo 11

–¿Estás lista?

La voz de Gina sacó a Jamie del informe que intentaba corregir. No lograba concentrarse en nada durante más de unos pocos minutos, pero ¿quién podría? Alex estaba en el despacho de al lado, quizás intentando decidir si debía ponerle fin a su relación porque había dejado embarazada a su ex. ¿Podía ir peor?

–Sí –murmuró Jamie, recogiendo su bolso–. Necesito algo fuerte.

–¿Hablamos de un hombre o de un buen licor? –Gina sonrió y caminó hacia el pasillo.

–Las dos cosas quizás. ¿Quién sabe?

–Me parece que tienes algo nuevo que contarme. –Gina empujó a Jamie con el hombro.

–Solo si quieres deprimirte igual que yo. –Jamie le ofreció a su amiga una sonrisa tensa y abrió la puerta para ella.

–Qué mal. Venga, suéltalo.

Subieron al ascensor con un montón de gente más de la oficina y Jamie se limitó a mirarla.

–En el bar.

Tras abrirse paso entre un buen grupo de trajeados que intentaban llegar a la calle, decidieron probar un bar nuevo. Estaba a una manzana de la oficina y mucha gente del trabajo les había hablado de él a lo largo de la semana. Las copas eran baratas, bien cargadas y deliciosas.

–Bueno, cuéntamelo. La anticipación me está matando. Ya sabes que mi vida tiene muy poco drama. –Gina se peleaba con su larga melena oscura, que volaba por todas partes.

–Es secreto de Estado, ¿vale?

–Por supuesto. Ya sabes que nunca revelaría tus secretos. –Gina abrió la puerta del bar y le sonrió al camarero–. Para dos, por favor.

–Por aquí, señoritas.

El chico joven esbozó una sonrisa deslumbrante ante Gina y luego se giró para llevarlas a su mesa.

Gina movió las cejas con velocidad y tanto ella como Jamie se rieron bajito. El chico podría ser el hermano menor de alguien o incluso un chico al

que podrían cuidar como niñeras, ¿interés romántico? Jamás.

Jamie miró la carta de bebidas y la escaneó mientras entraba en materia.

–Veamos... Alex piensa que siento algo por su hermano Mark, mis padres se van a divorciar y una de las ex de Alex ha aparecido preñada esta semana y dice que el niño es de él.

Gina se quedó con los ojos como platos y la boca abierta. Jamie no pudo evitar reírse ante la expresión de su amiga.

–Ya te dije que el tema era deprimente.

–¡Guau! No puedes estar inventándote algo así. –Meneó la cabeza despacio y luego bajó la mirada, como si intentara asimilar todo lo que le acababan de contar–. Lo de la novia embarazada ya es la puntilla. Más vale que no sea la puta Annette. La odio. Lo otro es horrible, pero tus padres hacen mucho que no se llevan bien. Mis respetos para tu padre por dejar a tu madre. Lo siento.

–No, si tienes razón. –*Sobre lo de mi padre y sobre Annette.* Jamie miró a la camarera–. Quiero un Jack doble con un toque de coca cola.

–Martini de manzana para mí, por favor. –Gina volvió a centrar su atención en Jamie–. Y lo de Mark... por favor. No pasa nada, seguro que es algún problema que Alex arrastra de su pasado. Pero lo de la ex preñada, ¡joder!

–¿A que sí? Creo que lo peor es que me parecía que empezábamos a caminar hacia una relación sólida. –Jamie bajó la mirada, centrándose en la pajita con la que jugueteaba–. Pero eso no va a ocurrir.

–¿Por qué?

–Una mochila demasiado grande.

–¿Alex te ha dicho de quién se trata?

–Ya lo has adivinado, es Annette.

–¡Joder! ¡Maldita perra asquerosa! –Gina golpeó la mesa–. Alex tiene que asegurarse de que de verdad esté embarazada.

Jamie miró a su amiga.

–¿Por qué iba a inventarse alguien algo así? –Era una locura.

–¡Para cazar al multimillonario Alex Reid!

–No creo que ella mienta con algo así.

Gina meneó la cabeza.

–Vale. Entonces está preñada. No me digas que una chica dura como tú le tiene miedo a los niños. –Gina le apretó el brazo a Jamie.

–No se trata de mí, sino de Alex. –Jamie suspiró–. Está decidiendo si va a volver con Annette. No quiere ser un mal padre.

–¿Qué? Oh, por Dios, no. Annette es lo peor del mundo. Es una devoradora de hombres. Una zorra rica con tres ardillas en el hombro. –Gina alzó la voz, dejándose llevar por sus sentimientos.

–La decisión no está en mis manos. Si Alex quiere intentarlo con ella por el bien del bebé, ¿qué puedo hacer? No puedo evitar que quiera ser responsable. –Jamie abrió la carta de snacks, pero la cerró enseguida porque pensó que en pocas horas iba a cenar con Nicholas.

–Va a cometer un error si decide eso. Estar con ella es mucho peor para el niño que criarse entre dos casas, Jamie. Cuando estaban juntos no paraban de pelear. Para mí que Alex no tiene ni idea de lo que es una relación sana. –Se apartó cuando trajeron las bebidas y cogió la suya para probarla.

Jamie tuvo la sensación de que desde que estaba con Alex lo único que hacía era también solo discutir. Sin embargo lo defendió, no era su culpa, ella también tenía parte de responsabilidad.

–Últimamente está de mal humor por lo de Mark, aunque lo de Annette ha sido la gota que colma el vaso. Intento una y otra vez cuál es mi papel en esta telenovela. Quiero apoyarlo, ayudarlo si me deja, pero estoy casi segura de que me va a cerrar la puerta en las narices.

–Si lo hace es que es idiota. Eres lo mejor que le puede ocurrir a un hombre como él. Eres la humildad, el mejor recordatorio para que él sea auténtico. Alex es un buen hombre, tiene potencial para ser un hombre grande. Tan solo necesita a la mujer adecuada a su lado.

–Espero que esa sea yo. –Jamie le dio un buen trago a su whisky y se perdió en la imagen de él dándole la espalda. ¿Qué haría ella entonces? ¿Mudarse? ¿Cambiar de trabajo?

No era solo su relación lo que perdería. Todo era de Alex, y aunque él no se lo quitaría todo en caso de que rompieran, ella sí necesitaría empezar de cero, sería la única opción.

*Por favor, que eso no ocurra.*

–Jamie, gracias por quedar conmigo.

Nicholas se levantó mientras ella se acercaba a la mesa. Él tenía una actitud totalmente distinta a la de aquella mañana. Se había puesto unos

chinos color caqui y un polo verde que hacía que sus ojos gris acero tuvieran algún destello verde.

–Nada, estoy muy agradecida por todo lo que haces por la empresa. Alex también, me ha dicho que te dé las gracias. –Jamie se sonrojó cuando él se puso detrás de ella para retirar la silla y esperar a que se sentara.

–¿Ah, sí? –Nicholas se echó a reír y luego puso las manos en alto—. Entonces tendré que comportarme. Me alegro de que no le importe que cenemos juntos. Tiene un producto extraordinario, tiene que empezar a buscar un socio. A mí no me interesa, pero dos de estos monstruos financieros con los que juego al golf la próxima semana podrían estar interesados. Son multimillonarios y súper inteligentes para las finanzas y las inversiones.

–No te olvides de contárselo a Alex la próxima semana. No voy a revelarte hoy los planes de futuro de Alex, pero seguro que estará encantado de estudiar cualquier posible oportunidad. –Jamie se agachó para sacar unas cuantas carpetas—. Te he traído la información de inversión que me pediste. He tenido que pedir lo demás, me va a llegar el lunes. Ya te mandaré unos cuantos paquetes a tu oficina.

–Jamie. –Se echó hacia atrás y le sonrió sintiéndose cómodo—. ¿Qué querías ser de mayor cuando eras pequeña? Cuando el dinero y la seguridad no eran una preocupación, ¿cuál era el trabajo con el que soñabas?

La pregunta la pilló desprevenida, pero entró al trapo enseguida. Se rió, el whisky doble que se había bebido con Gina le había dado ese valor risueño que necesitaba.

–Quería ser bailarina, pero engordé un poco cuando era adolescente y el baile se quedó en el pasado. –Se encogió de hombros, no estaba segura de por qué estaba contándole la verdad. Podría haberse inventado un montón de mentiras de las que había usado en el pasado para evitar revivir la humillación de su infancia.

–No te imagino gordita. Seguro que estabas monísima. –Inclinó la cabeza y sonrió con calidez—. ¿Por qué engordaste? ¿Algún adolescente te partió el corazón?

–Donuts y Cheetos. Son el demonio mismo, estoy segura. –Jamie esbozó una sonrisa descarada y se giró hacia la camarera para pedirle una copa de vino tinto.

Él también pidió algo y luego volvió a centrar la atención en Jamie.

–Supongo que luego adelgazaste cuando estabas en la universidad.

–¿Adelgazar? No. –Jamie se rió brevemente–. Aún estoy adelgazando, es otro de los temas de los que no vamos a hablar esta noche.

–Bueno, entonces solo te voy a decir una cosa... No te hace falta cambiar nada. Eres preciosa e intensamente femenina. Nunca he entendido por qué las chicas jóvenes se piensan que para estar guapas se les tienen que ver los huesos de la cadera y la clavícula. Una chica puede estar increíblemente delgada, pero una mujer no. Al menos no el tipo de mujer que hace que a la mayoría de los hombres se les caliente la sangre.

Jamie sintió que le subía un calor por el pecho, luego por el cuello para llegar hasta sus mejillas.

–Gracias.

–De nada. Y ahora... cuéntame cuándo vas a volver a clases de baile.

Jamie emitió una risa burlona y cogió su copa de vino para darle un pequeño trago antes de menear la cabeza.

–Nada de clases de baile para mí. Ya tengo bastante con lo que tengo, por cierto, ya no como ni donuts ni patatas fritas.

Ahora fue él quién rió. El sonido grave de su risa era agradable y Jamie se relajó mucho más. Quizás no fuese un mal hombre. La mezcla de sensaciones que le hacía sentir era frustrante. Alex no lo soportaba, pero al parecer a su ilustre jefe no le caía bien un montón de gente.

–Pues yo quería ser bombero de pequeño. A mis padres no les gustaba mucho la idea y me la quitaron de la cabeza cuando tenía cinco años. Se aseguraron de que fuera a la universidad, algo que ya te he contado, pero lo que me olvidé de mencionar es que si quería heredar su fortuna, tenía que olvidarme de mis sueños para centrarme en las inversiones y los negocios.

Aquella información resultó ser un pequeño shock. *¿Nicholas bombero? No era de sorprender entonces que estuviese tan en forma.*

–¿Y renunciaste a todo? –preguntó Jamie. ¿A tus sueños de bombero de cuando tenías cinco años?

Él se rió.

–Pues sí. Hago voluntariado en un parque de bomberos, pero soy hijo único. Así que mis padres querían saber que seguiría con su la empresa. Ahora tengo lo mejor de ambos mundos, pero requiere mucho tiempo. Así estoy.

–¿Cómo?

–Solo. –Su sonrisa era triste–. Fue algo que elegí al poner mi carrera por encima de tener una familia, pero ahora me gustaría haber elegido de otra

manera.

El camarero llegó para tomar la orden. Jamie no tenía ni idea de qué le iba a decir a Nicholas, a estas alturas debería estar casado y ser padre, o eso habría sido lo que diría la sociedad, pero no lo estaba. Buscar pareja era un auténtico asco y Jamie ni siquiera sabía si tenía alguna amiga que pudiera presentarle. ¿Era eso lo que quería? ¿Que lo ayudara a encontrar a alguien? Seguro que no.

–En fin –empezó él de nuevo–. Ahora voy a cambiar por completo, ha llegado el momento de encontrar a alguien con quién compartir todo lo que tengo.

–No estoy segura de que lo que tienes sea lo que le interesa a una mujer –apuntó Jamie.

–¿No? ¿Y entonces qué le interesa a una mujer? Si tú me interesaras y me muriera porque aceptaras vivir conmigo, ¿qué querrías?

Los hombros de Jamie se tensaron ante este giro de la conversación.

–¿En un caso hipotético?

–Por supuesto. Sé que estás con Alex.

¿Estaba con él? No en realidad.

–Querría a alguien que me quisiera, que me aceptara, que contara conmigo, que me apoyara en las distintas áreas de mi vida. Que camináramos juntos. –Apretó los labios y se miró las manos–. Creo que tener un compañero en todos los sentidos es el número uno en mi lista. –Y sexo. Me gustaría tener un montón de sexo.

–Yo no lo habría descrito mejor. ¿Estás segura de que Alex es el que te conviene? –Le guiñó un ojo y los dos se echaron a reír.

Nicholas era agradable, guapo e increíblemente encantador. Si las cosas no salían bien con Alex, Jamie no estaba segura de poder descartar quedar con él.

## Capítulo 12

El despertador sonó a la mañana siguiente, lo cual la desanimó un poco por lo que se le presentaba para el fin de semana. Solo tenía dos días para dormir hasta tarde y le molestaba saber que acababa de perder uno. Menos mal que Mark, el hermano de Alex, le caía bien. El e-mail que Alex le mandó la noche anterior había sido breve e informal: “recoges a Mark por mí? Estoy liado por la mañana.

Más le valía estar liado con algo de trabajo y no con algo sexual con Annette. La mera idea le revolvió el estómago. Tenía que definir las cosas con Alex pronto o se volvería loca. Cada vez parecía más y más probable. Jamie había dejado de pensar que todo hubiese sido un mal sueño del que pudiera reírse por la mañana.

Llegó rápido al aeropuerto y encontró a Mark parado junto a su bolsa en la fila de salidas de su línea aérea. Levantó la mano para que la viera y Mark sonrió.

–No estaba seguro de si vendrías tú o Alex, aunque si hubiese tenido que apostar...

–¿Y has acertado? Es demasiado temprano para levantarse en fin de semana. La próxima vez no vendré a recogerte si no coges un vuelo que llegue por la tarde. –Jamie arrugó el entrecejo, intentando parecer enfadada, pero no le salió muy bien.

–¿Y perderme la comida en Nueva York? ¿Estás loca? –Se rió y se echó hacia atrás–. Me encanta esta ciudad, tiene tanta vida.

–Pues múdate aquí cuando te divorcies. Estoy segura de que hay un montón de oportunidades de trabajo. –Lo miró y le sonrió.

Era guapo, tenía una cara muy agradable y una preciosa sonrisa. Pero mientras este era guapo, Alex era espectacular. Seguro que parte de los celos que se tenían de pequeños se debían a eso.

–Puede que lo haga –Miró por la ventanilla del coche– ¿Cuándo va a estar libre Alex?"

–Supongo que a última hora de la tarde.

Jamie pitó porque un coche se cruzó delante de ella, aunque evitó gritarle algo inapropiado.

–No te preocupes. Si estás ocupada puedo dar una vuelta por la ciudad y luego coger un taxi hasta casa de Alex. Me apetece un trozo de pizza de un pequeño sitio que hay en la Quinta Avenida.

–Oh, me encanta ese sitio. –Jamie bajó el volumen de la radio, intentaba pensar qué tenía que hacer aquel día. En realidad no tenía nada que tuviese que hacer obligatoriamente–. ¿Quieres dar una vuelta por la zona de tiendas y luego comer algo?

–Por mí genial, pero por favor no cambies tus planes del día por mí. Sé o supongo que tienes muy poco tiempo libre. Mi hermano se mata a trabajar. Espero que no te exija el mismo ritmo. –Mark la miró con atención.

–La verdad es que no. Me encanta mi trabajo. Tu hermano es un buen jefe, me anima, no tiene problemas para hacer por mí el trabajo extra. –Jamie sonrió con amplitud. Lo que ella entendía por trabajo extra probablemente era distinto a lo que entendían Gina o Paul.

–Qué pena que como novio sea una desgracia. –Mark levantó la mano para señalar a su izquierda–. Por allí. He visto un sitio para aparcar. Tengo cambio, podemos usarlo.

–Genial.

Jamie aparcó en ese sitio y no dijo nada sobre que Alex fuese un buen novio. Era un amante increíble, pero compartir eso con Mark... Era demasiado privado. Si ni siquiera se lo contaba a Gina... ni a nadie más.

Bajaron del coche y Mark se quitó la chaqueta ligera que llevaba.

–¡El final de la primavera y la llegada del verano son fantásticos por aquí! El fresquito necesario para no pasar calor pero tampoco hay que forrarse. – Respiró hondo mientras una gran sonrisa le arqueaba los labios–. Paula odia Nueva York. Dice que hay demasiado movimiento.

–Y tiene razón, pero a mí me encanta la locura. Te puedes perder entre la gente y al final encontrarte. Para mí es el lugar ideal. –Jamie señaló una pequeña cafetería–. Paremos un minuto. Aún no me he tomado mi dosis de cafeína del día.

–Fatal. Vamos a que te tomes un café. –Mark le sostuvo la puerta mientras ella entraba.

Jamie respiró hondo, los recuerdos de el café con un montón de crema que solía beber con su padre le inundaron la mente.

–Mi familia no era muy de café. A mí me gusta tomarme una taza de vez en cuando, pero me alegro de no tener la adicción que tienen algunas personas. Probablemente a Alex le encanta.

Mark se acercó al mostrador e inclinó la cabeza como si estuviera estudiando la carta.

–Yo lo adoro. Definitivamente soy adicta.

Se rieron. Jamie pidió y buscaron una mesa pequeña para dos. Mark llevó las bebidas y se sentó frente a ella.

–Debería disculparme.

La seriedad de su rostro hizo que Jamie hiciera una pausa.

–¿Por qué?

–Mi hermano siempre fue muy posesivo con sus novias cuando estaba en el Instituto. En el pasado yo intentaba que no me viera cerca de ellas ni interactuar mucho. Así evitaba peleas. Ya que teníamos un montón de cosas por las que pelear, era mejor que añadir chicas a la lista,

–¡Mierda! –Jamie se llevó una mano a la frente–. ¿Te ha echado la bronca por hablar conmigo?

–Sí, pero yo debería haber supuesto que ocurriría. –Se encogió de hombros y bebió un poco de café.

–Ojalá pudiera decir que lo entiendo, pero no. Mi hermana se casó con mi ex y, aunque es raro cuando quedamos todos, no le echaría la bronca porque le hablara a Alex. Es una cuestión de confianza más que nada. –Jamie cruzó las piernas–. De todas formas no estoy segura de que importe durante mucho tiempo.

–¿Qué? ¿Por qué? –Una preocupación auténtica se dibujó en el rostro de Mark, lo cual hizo que a Jamie le cayera aún mejor.

–Porque ahora hay problemas en su vida y supongo que piensa que apartarme es lo mejor en este momento. –Jamie se encogió de hombros y se obligó a acallar los sentimientos que acompañaban a la conversación–. Voy a apoyarlo todo lo que pueda hasta que decida qué quiere.

–Estás siendo demasiado misteriosa –se quejó Mark.

–Lo sé. Es solo que siento que es él quien debe contártelo. Espero que no te importe.

–No. Eso demuestra la clase que tienes. Espero que superéis este bache. Sé que Alex y yo tenemos nuestras diferencias y un pasado un tanto difícil, pero de todas formas es mi hermano mayor. Quiero lo mejor para él y estoy totalmente seguro de que lo mejor eres tú.

–Yo también lo espero.

Jamie le dio un trago al café mientras se le encogía el corazón de forma dolorosa. Podía trazar un plan para lo que quería que fuese su vida si Alex

desaparecía, pero sería tan solo eso, un plan. No era la realidad que quería para los dos. No se habían declarado su amor, pero lo tenían en la punta de la lengua.

Que ella tuviese o no ocasión de decírselo era otra cosa.

–¿Damos un paseo?

Él asintió y se levantó sin decir una palabra.

Caminaron charlando sobre la vida en general por las calles de Nueva York. Disfrutaron de la charla y de dos trozos de pizza en el pequeño sitio ese al que Mark se moría por ir. Después de comerse un helado volvieron a casa de Alex. Mark puso música country en la radio y empezó a tararear la melodía con una voz muy bonita.

El Mercedes de Alex estaba en el parking cuando llegaron.

–Este chico tiene más coches que un concesionario. No tengo ni idea de cuántos coches tiene. –Mark puso los ojos en blanco y bajó de la pequeña cafetera de Jamie.

–Ni idea, pero le encantan. Supongo que si descubres unas cuantas cosas que disfrutas y trabajas duro para ganarte el dinero, te mereces gastártelo como mejor te parezca.

Jamie pasó junto a Mark mientras el nerviosismo se apoderaba de su tripa. Las cosas no habían acabado demasiado bien con Alex el día anterior, lo cual la dejaba en desventaja porque no sabía qué esperar. Mientras Alex no estallara con Mark todo iría bien. Solía ser un perfecto capullo con quien tenía más cerca cada vez que se sentía mal.

*Algo que deberías recordar: ¿de verdad quieres estar con un hombre que estalla contra ti cada vez que está enfadado con otra persona?*

Jaime ahuyentó el pensamiento en cuanto surgió. Todo el mundo estallaba así, ella también.

–Alex –Mark llamó en voz alta mientras se acercaban a la puerta principal.

–En la parte de atrás.

–Está en el patio. Paso un momento al servicio, luego os veo.

–Vale. Voy a hacer que firme esto para quitárnoslo de encima. –Mark le sonrió haciendo una pausa–. Hey... gracias por hoy, hacía años que no lo pasaba tan bien. Me ha sentado de maravilla.

Ella asintió.

–Ha sido divertido. Gracias por entretenerme.

Mark se rió.

–Pensaba que eras tú quien me había entretenido.

Jamie se giró y caminó hasta su apartamento, donde intentó sacudirse la sensación de que el tiempo que había pasado con Mark acabaría pasándole factura. Alex era un tipo celoso, lo cual estaba bien, incluso era un tanto halagador, pero había sido él quien la había mandado a recoger a Mark. No era justo que hubiese propiciado el encuentro y luego se enfadase porque ella y Mark lo hubiesen pasado bien.

Se lavó las manos y se miró al espejo, dándose cuenta de que tenía la cara un poco más rellenita de lo habitual.

–Quizás sea el helado los donuts y la pizza. La vida no me ha tratado muy bien últimamente.

Gruñó y apagó la luz, no quería pensar más de momento. Estar con Alex y Mark era suficiente para aquella noche.

Salió al patio. Los chicos hablaban de Annette, por lo que Jamie pudo entender. Se sentó cerca de Alex y le sonrió con dulzura cuando él la miró.

–Me parece ridículo que haya esperado tanto para decírmelo. Hace ya unas seis o siete semanas que estoy con Jamie. La muy perra seguro que supo que estaba embarazada antes. ¿Por qué ha esperado? –La vena en el costado del cuello de Alex estaba abultada.

–Porque miente, el hijo no es tuyo. No hay otro motivo. ¿Está enamorada de ti? –preguntó Mark y enseguida sus ojos se movieron hacia Jamie. Había un rastro de complicidad en ellos, algo por lo que ella se sintió agradecida.

–No sé si me quiere. No me importa. –Alex se pasó los dedos por el pelo–. Solo quiero hacer bien las cosas, ¿sabes?

Alex la miró como si intentara buscar su aprobación en esta situación. La necesidad que vio en sus ojos la rompió y aquellos sentimientos pesados que había luchado por contener empezaron a subir como burbujas. No le importaba que el niño apareciera en escena, pero perder para siempre a alguien que formaba parte de sí misma le parecía demasiado.

–Que se haga una prueba de embarazo, Alex. Siendo quien eres, yo exigiría una prueba de embarazo y otra de paternidad. Todo. No cambies toda vida por esa tipa si ni siquiera sabes si el bebé es tuyo. Sé inteligente. No solo se trata de ti. –Mark se acercó al borde de la silla, la intensidad en su mirada era casi aterradora.

Era agradable ver a alguien luchando parte de su batalla, pero ¿por qué ese alguien no era Alex? ¿Por qué no la estaba tomando en cuenta para llegar a una decisión? Parecía como si la hubiese colocado en una estantería y

hubiese seguido adelante, intentando decidir como si estuviera solo. Jamie respiró hondo. ¿Por qué le echaba a él la culpa? Tan solo quería estar a la altura y ella respetaba eso.

–Me doy cuenta de ello, pero es mi vida. Es mi decisión y ser un buen padre es lo que más me importa. Tienes que entenderlo. –Alex volvió a centrarse en su hermano.

Jamie se levantó y caminó hacia el final del patio.

–Os veo después, chicos. Voy a correr un poco y esas cosas.

–Jamie... quédate con nosotros. –Alex se puso de pie.

–Sí. Preparemos la cena y luego salgamos a dar una vuelta –añadió Mark. La comprensión que había en su mirada fue demasiado.

–No, gracias. Os veo mañana.

Jamie se giró y corrió hacia su piso mientras las lágrimas se le desbordaban de los ojos, dibujando un río que le quemaba sobre las mejillas.

La decisión de Alex no solo cambiaba su relación sino todo en su vida. Le molestaba que ni siquiera le pidiera opinión. Se trataba de su futuro, de su elección. Decía que quería quererla, pero en realidad ella solo trabajaba para él y tan solo llevaban juntos cosa de un mes, con otro mes aproximadamente de encuentros sexuales fortuitos. No había necesidad de comprometerse. Le dolía que ahora él la excluyera, pero quizás al final así fuese más fácil. Tal vez es que no debían estar juntos.

Tenían una atracción sexual de locos pero, ¿solo era eso? Si lo miraba capa a capa, Jamie tenía miedo de lo que pudiera encontrar.

## Capítulo 13

Corrió rápido, forzándose, subiendo el volumen del iPod para ahogar sus pensamientos. Correr le sentó bien y para cuando se sentó en el sofá sus preocupaciones habían quedado cubiertas por el cansancio. Se duchó y tan solo se puso cualquier cosa para dormir.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo la forma sin sentido con la que cambiaba de canal en el Apple TV buscando una película.

*Alex.* Miró por el agujero de la cerradura para asegurarse de que no viniese con Mark. Estaba solo. Abrió la puerta.

–Hey.

–¿Tienes unos minutos?

Los ojos de Alex la recorrieron de arriba abajo, provocándole escalofríos por donde pasaban. Él llevaba una camiseta y unos vaqueros que le quedaban demasiado bien. Tenía el pelo un poco revuelto de tanto tocárselo. Estaba guapísimo. Cortaba la respiración.

Los pezones de Jamie se endurecieron de inmediato y su cuerpo se contrajo ante la promesa de lo que él sabía hacer, pero al ver su cara Jamie supo que “hablar” no equivalía a “enrollarse”. Casi deseó poder eliminar con sexo sus pensamientos y el dolor que tenía en el corazón.

–Sí, claro.

Jamie se giró y volvió al salón mientras Alex cerraba la puerta. Una gran manta estaba en el borde del sofá y ella se la echó encima al sentarse. Su camiseta blanca de tirantes y los shots de chico que llevaba dejaban al descubierto demasiada piel para la conversación que parecía que iban a tener.

Él se sentó en la silla al lado del sofá y apoyó los brazos en los muslos.

–Lo primero: lo siento. No debí decir que eras mi asistente personal en la casa de mi padre. Me pillaron por sorpresa y quiero que sepas no que era mi intención que pareciera algo negativo. Soy idiota, como casi todos los tíos. Perdóname.

–Ya te he perdonado. –Jamie se encogió de hombros y recogió las rodillas para arroparse bien con la manta mientras observaba a Alex con atención.

–La situación con Annette me tiene jodido.

Jamie apretó los labios. ¿Debía decir lo que de verdad pensaba o era mejor adornarlo? A la mierda.

–Lo entiendo, pero no veo por qué tenemos que separarnos por eso. No hace falta que te cases con Annette ni que vivas con ella para que seas padre. Esa es la sensación que me das y es lo que me tiene mal. Dime por qué no me preguntas cómo me siento. Siento como si nuestra relación fuera a alguna parte y luego de pronto soy solo la chica a la que te follas y que, por cierto, trabaja para ti. –Jamie se tragó el nudo de rabia ardiente que tenía dentro. Quería mantener las cosas tranquilas entre los dos.

–No eres un rollete. No eres ni un rollo ni un polvo que he echado por casualidad. Jamie, me importas. Estoy completamente perdido contigo, pero necesito decidir qué voy a hacer. Tienes que entenderlo. Respetarlo. No estoy acostumbrado a consultar nada con nadie. He estado solo mucho tiempo. – Cerró los ojos y se pasó los dedos por el pelo.

–¿Aún sientes algo por Annette? –Jamie deseó poder borrar las palabras en cuanto las dijo. ¿Y si él decía que sí?

–No, pero quiero portarme bien con el niño.

–Si es que hay un niño y si es que es tuyo. Falta ver muchas cosas antes de que nos pongamos en esta situación tan incómoda. Y no hablemos siquiera de que me has acusado un montón de veces de sentir algo por tu hermano pequeño. –Jamie arqueó las cejas de forma marcada–. He sido agradable con él para compensar que tú no lo eres en absoluto.

–Tengo mis motivos para ello, Jamie; deja de sacar el tema como si yo fuera malo, no lo soy.

–Lo se, pero... –Soltó aire caliente y se obligó a tranquilizarse–. ¿Y si en vez de saltar a otro de los temas que está estrangulando nuestra relación nos ceñimos al que la está destruyendo? Me refiero a los dos.

–De acuerdo. –Alex levantó los ojos y la dejó clavada con una mirada dura–. ¿Qué harías en mi lugar?

–La llevaría a hacerse una prueba para asegurarme de que está embarazada. Luego haría un test de ADN. Si por un instante dudas de que el bebé sea tuyo, tienes que protegerte. Podría estar jugándotela, aunque yo no la conozco. Tú salías con ella así que sabrás cómo es. Puede que todo sea verdad y que quedes como un capullo, pero más vale ser un capullo que tiene que disculparse que un idiota atado por una mentira. –Jamie tragó–. Por lo que he visto de Annette, mi opinión es que no debes asumir que haya estado solo contigo y que el bebé sea tuyo. –Se acercó al borde del sofá–. Solo entonces tomaría una decisión, no antes.

El dolor en los ojos de Alex hacía que Jamie quisiera ayudar. Sabía que lo amaba y que estaría a su lado en cualquier cosa que él tuviese que pasar.

–No quiero hacerte daño con esto, Jamie. No sé cómo acabará y siento como si estuviera arrastrándote al barro conmigo. –Meneó la cabeza–. Me importas demasiado para hacerte el más mínimo daño. Tengo que aclararme y luego, si aún me quieres, podemos seguir adelante.

El dolor se le clavó en el centro del pecho mientras inclinaba la cabeza, abriendo mucho los ojos.

–¿Y hasta entonces? –susurró Jamie. No era esto lo que quería. *Por favor no lo digas. Por favor no lo digas.*

–Creo que deberíamos darnos un tiempo. Necesito limpiar primero toda esta basura. He trabajado toda mi vida para ser alguien. Si alguien supiera sobre... sobre... lo de Annette, estoy acabado. Nadie mira con buenos ojos a quien miente y engaña a la gente, no invertirían conmigo. La prensa me pintaría como una mala persona. Se lo pasarían en grande rebuscando en mi vida. No quiero que pase eso. Ni a ti ni a Mark, ni a la gente que trabaja para mí. Yo he montado este lío. –Exhaló largamente–. Así que yo tengo que deshacerlo.

Jamie había oído lo que él decía pero nada le había llegado... Tan solo la parte en la que rompía con ella.

–Explícame a qué te refieres con darnos un tiempo.

Alex asintió, lamiéndose rápidamente los labios.

–Creo que deberíamos ser buenos amigos. Que todo sea platónico. Y por supuesto seguir trabajando juntos. En cuanto me aclare, si aún me aceptas, quiero que estés a mi lado; como mi novia o como quieras llamarlo. Se lo contaremos a todo el mundo. Te quiero junto a mí. –Se pasó los dedos por el pelo–. Tan solo necesito un poco de tiempo para alejarme de la presión de tener que saber qué pasa con nosotros, hasta que deje los problemas atrás.

–¿La presión de tener que saber qué pasa con nosotros? No sabía que yo te robara el sueño.

La rabia se apoderó de ella y apretó la mandíbula. Estaba herida, dejarse llevar por la rabia le pareció la respuesta más segura. Odiarlo parecía mejor que quererlo y permitir que le partiera el corazón. ¿Por qué nada en la vida era sencillo?

–Es que es demasiado. –Alex sacó el móvil de su bolsillo y lo miró–. Mark quiere que salgamos a tomar una cerveza. ¿Te apuntas?

–No. Pero gracias. –Se giró y se estiró en el sofá–. Así que estamos en una pausa.

–Sí, si te parece bien.

–Sí. Eso significa que si ocurriera algo con otro chico en el bar al que voy a ir esta semana no te importará. No tienes derecho de que te importe. No puedes echármelo en cara, ¿verdad? –Jamie apartó la mirada de la tele como si a Alex no le importara. Podía hacerse la indiferente.

Le daba igual.

No, NO podía hacerse la indiferente.

Devastada era como se sentía en la boca del estómago y de pronto parecía que nada iba bien. Estaba completamente a la defensiva, su único recurso era atacar hasta ver sangre.

–¿Qué? No, no me parece bien. –Alex tragó con dificultad y meneó la cabeza–. No quiero dejarlo en ese sentido. Si me necesitas vienes a buscarme y te daré cualquier cosa que necesites. No quiero que nadie te toque.

–Ah, es que normalmente las pausas son así. –Jamie volvió a mirar la tele–. Así que si necesito que alguien me folle, ¿tú estás dispuesto a darme la carne que necesito? –Jamie no podía creer que fuese capaz de ser tan áspera. Quizás sí que fuese una buena CEO, tal como había dicho Nicholas.

Alex se levantó y cruzó los brazos sobre su pecho.

–No me gusta que me llames así pero sí, supongo que te lo daría.

–No puedes ser más que carne si tu corazón no entra en juego. –Lo miró–. Saluda a Mark de mi parte. Pensaré en tu oferta, no estoy segura de que me parezca mal lo de la pausa.

–¿A qué oferta te refieres? –Alex hablaba con los dientes apretados.

–A la de atender mis necesidades. Soy una criatura bastante sexual, Alex. Me gusta sentir las manos de un hombre sobre mi cuerpo, oír cómo dice mi nombre a mi oído entre gemidos, sentir la presión de abrirme para él. Me gusta que me follen. Me pongo de mal humor cuando no me lo hacen. –Se encogió de hombros y tiró de la manta como para demostrar que su cuerpo ya no era para él–. Gracias por la oferta.

–Jamie. Para. Ya tengo bastantes problemas, no me hagas esto.

–La puerta está por allí. Cierra bien cuando salgas. Jamie bostezó y siguió ignorándolo. Quizás lo suyo se arreglara o quizás no. Ella se sentiría más que destrozada si lo perdía, pero él estaba tomando decisiones sin contar con ella y no estaba dispuesta a rogar. Si algo había aprendido en los últimos seis meses era lo mucho que valía. Se merecía algo maravilloso.

El móvil de Alex volvió a vibrar.

–Mark te está esperando.

Alex la miró con fijeza, obviamente estaba dividido entre lo que debía hacer. Inhaló y dejó salir el aire despacio.

–Vale, te veo mañana. –Se giró y caminó hacia la puerta, haciendo una pausa como si esperara a que ella respondiera.

Jamie no tenía nada que decir.

Esperó hasta que se cerró la puerta y luego se giró sobre la manta, apoyando la cara contra la suavidad. Los sollozos agitaron su cuerpo mientras dejaba salir todo el dolor y la desilusión que se le desbordaban. ¿Por qué ahora que había encontrado a la persona, el trabajo y la casa perfectas iba a perderlos?

Sonó su móvil pero lo ignoró, no le importaba un carajo quién quisiese hablar con ella. Siguió sonando sin parar hasta que empujó la manta para retirarla de su cara y lo contestó.

–¿Qué? –Tenía la voz tomada por el llanto.

–Hey. Soy Christine. Ven a casa de mamá, estamos haciendo margaritas y lamentándonos de la vida. Queremos que estés con nosotras.

¿De verdad? ¿De entre toda la gente de este mundo? ¿Su hermana y su madre querían pasar tiempo con ella? El infierno debía de estarse convirtiendo en hielo.

–¿Qué pasa, necesitáis a alguien que os haga sentir mejor? ¿Es eso? – Odiaba lo rudo que sonaba su tono.

–No, Jamie. Llevo una semana intentando contarte lo mío con Stephen, joder, y mamá no para de caminar por toda la casa diciendo que echa de menos a papá. Mira, si no quieres venir, vale, lo cojo. Estás buenísima y tienes un trabajo buenísimo, también tienes a un hombre súper genial que te quiere. Vale. Olvida que te he llamado.

–Espera. ¿Dónde estás? ¿En casa de mamá? –Jamie se levantó y dejó caer la manta a sus pies.

–Sí. Nos encantaría que nos acompañaras.

–Voy para allá. Tengo tequila.

Jamie caminó hacia la puerta principal de la casa de su madre después de darse instrucciones a sí misma sobre cómo actuar y cómo no actuar durante

todo el camino. Si decían una sola cosa que hiriera sus sentimientos se marcharía. No podía aguantar mucho más que la hiciera sentir mal.

Alex ya le había hecho bastante daño con su maldito deseo de darse un tiempo.

–Chicas, ¿estáis aquí? –Jamie levantó la voz y entró a la cocina, donde las encontró apoyadas entre sí, riendo a carcajadas. No pudo evitar sonreír al ver su tontería.

–¡Aquí está! –Christine sonrió y avanzó para tirar de Jamie y darle un abrazo torpe.

Su hermana había engordado un par de kilos, pero la verdad es que se veía mejor, más sana.

–¿Cómo estás, Jamie? –Su madre le pasó una copa e inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Has adelgazado? Te veo bien. Mejor. ¡Increíble!

Era un cumplido. Podía tomarlo por lo que valía y seguir adelante. Era la forma en la que lo había dicho su madre lo que hacía que le entraran ganas de reír.

–Bien, gracias. –Cogió la copa y se apoyó en la barra de la cocina antes de probarla—. ¿Así que estáis las dos lamentándoos de vuestros problemas, eh?

–Sip. Stephen es un pesado sobre mi falta de creatividad en la cama. –Christine se encogió de hombros e hipó en algo, lo cual hizo que la madre se riera e hiciera un ruido nasal.

Jamie contuvo la risa, no estaba acostumbrada a verlas borrachas perdidas.

–Dile que deje de quejarse y te enseñe unas cuantas cosas. Él tiene buena inventiva. Es como un puto. –Jamie le dio un buen trago a su copa mientras miraba cómo su hermana asimilaba la información.

–Es verdad. Vale. Lo intentaré. ¿Y tú? ¿Tienes algún problema o todo va de puta madre?

–Alex quiere que nos demos un tiempo porque tiene movidas en su vida personal.

–Oh, eso no está bien. Venga, date prisa, acábate la copa. Tienes que ponerte al día con las que llevamos nosotras. –Su madre se acercó para pasarle el brazo sobre los hombros.

–Sí, aunque quiere que sigamos acostándonos. –¿De verdad le estaba contando esto a su madre?—. Le dije que me lo iba a pensar. Acostarme con él

no es como hacerlo con alguien a quien acabe de conocer. Lo quiero. –Los ojos de Jamie se llenaron de lágrimas, muy a pesar de su voluntad.

–Oh, no llores. –Christine caminó hacia ella–. Úsalo para el sexo y recuérdale lo que se pierde. Tienes el mejor polvo de Nueva York, ¿no?

–¿Qué? No necesito oír eso. –Su madre salió de la cocina riéndose.

Jamie puso los ojos en blanco pero sintió que el consejo de su hermana le llegaba al corazón.

–Sí, quizás tengas razón.

–Mi hermana ahora tiene un cuerpo de escándalo. –Christine alzó su copa, tirando un poco de la bebida al suelo–. ¡Que te den, Alex Reid por pensar que puedes hacer a un lado la tarta y aún así comértela! ¡Que te den!

–Brindo por eso.

## Capítulo 14

Si alguien le hubiese dicho que iba a pasar la noche emborrachándose con su madre y su hermana jamás lo habría creído. Pero lo cierto era que para el final de la noche se sentía mejor... más firme en sus decisiones respecto a Alex. Nunca había sido de las que tiraba la toalla demasiado fácil. Si tenía que ser un poco más agresiva en la cama para recordarle lo que se iba a perder por ser un caballero, lo sería. Podía jugar igual que Annette.

–La muy puta a lo mejor ni siquiera está embarazada.

Jamie batía los huevos para el desayuno y se preparaba una tostada en la cocina de su piso. Los domingos normalmente los pasaba tumbada o intentando que Alex le dedicara un poco de tiempo, pero hoy sentía que tenía que quemar un poco de energía.

Cogió el plato y se sentó en la mesa, soltando una respiración larga y obligándose a sonreír. Lo superarían y acabarían estando más unidos. Tan solo tenía que recordar que Alex no iba a ser muy agradable hasta que eso ocurriera. Era del tipo de hombres capaces de encajar todos los golpes en el trabajo pero, en su vida personal, era tan desastroso como cualquier otro.

Sonó el móvil y Jamie lo respondió. Vio el número de Mark en la pantalla.

–Hey. ¿Cómo estás? –Jamie soltó el tenedor y se lamió los labios.

–Bien. ¿Te apetece salir a correr y quizás un poco de fútbol en un parque a unos cuantos kilómetros de aquí? Quiero escapar de este clima y me vendría bien una compañera. –Sonaba diez veces mejor que ayer. Como si se hubiese quitado un peso del corazón.

–La verdad es que me apetece. Justo estaba pensando que necesitaba salir a correr esta mañana. Me cambio y te veo frente a la puerta de la casa.

Aunque lo del fútbol no sé. –Se le pasó un pensamiento por la cabeza–.

¿Vienes solo tú?

–Sí. El insufrible salió corriendo esta mañana para trabajar en algo para la conferencia que vais a tener con los inversores.

–¿Por qué no me sorprende? Te veo en un rato.

–Te espero.

Colgaron. Jamie se levantó y recogió lo del desayuno. Se cambió, poniéndose unos leggings y una camiseta de correr, así como sus zapatillas de

running favoritas. Estiró antes de salir aquella preciosa mañana.

Vio a Mark cuando caminaba hacia la parte frontal de la casa. Era un poco más alto que Alex, más como un jugador de fútbol americano que como un nadador. Era atractivo, pero lo cierto era que ella no se veía con nadie salvo con su ilustre jefe. Era una hermosa tragedia.

–Hey, ¿qué tal? Te echamos de menos anoche. La cerveza estaba bien, pero las alitas de pollo estaban aún mejor. –Mark esbozó una sonrisa torpe y Jamie no pudo evitar corresponder con otra sonrisa.

–¿No habrán tenido nada que ver las camareras guapas?

–No. No tenían mucha clase, se les salía medio culo de los shorts. –Se llevó la mano a la boca y abrió mucho los ojos.

Jamie se echó a reír y le dio un golpecito en el pecho.

–Hombres. Venga, vamos antes de que cambie de idea.

–¿Qué? Tenemos la bendición de contar con una cantidad desorbitada de hormonas. Por algún lado tienen que salir. Mejor aquí que en una charla en la iglesia o en una reunión padres-profesores.

Jamie sacudió la cabeza mientras empezaban a correr hacia el parque.

–Sin comentarios.

–Chica lista –se rió él.

Jamie abandonó la conversación. Por una parte quería preguntarle sobre su hermano y por otra no quería que se le notara que estaba deseando sacarle información sobre Alex.

–¿En qué piensas? –preguntó Mark en cuanto llegaron al parque. Le lanzó el balón de fútbol americano que había llevado debajo de su grueso brazo.

–En Alex. –Jamie lo cogió, corrió hacia el campo que tenían delante y se giró–. Lo amo. Me gustaría que no fuera así esta mañana, pero lo es.

Se sorprendió a sí misma por la confesión, pero Mark se había ganado rápidamente su confianza, lo veía como un buen amigo. Había sido tan abierto contándole lo de su divorcio y sus problemas de dinero. Además, si quería convencer a Alex de que debía estar con ella, necesitaría ayuda.

–Creo que el sentimiento es mutuo. Él no dejó de hablar de ti en ningún momento anoche. Y probablemente te mencionó unas treinta veces en la hora que pasamos juntos esta mañana. –Levantó las manos–. Venga, tu mejor lanzamiento. Quiero ver a qué me enfrento.

–No tengo ni idea de cómo se lanza esto.

–Pon la mano cerca del borde y alinea los dedos sobre la costura. Gira la mano como si fueras a atornillar algo, deja que gire desde la muñeca. Te

saldrá natural. Unos cuantos tiros y sabrás lanzarlo girando.

Jamie lanzó el balón con fuerza. Parecía perfecto mientras volaba. Pasó por encima de la cabeza de Mark, pero él saltó y lo pilló en el aire. Se rió y se lo volvió a lanzar.

–Guau, para ser chica tienes muy buen brazo.

–¿Para ser chica? –Jamie arqueó una ceja retándolo.

–Si no fueras de mi hermano seguramente te haría un placaje tan solo por lo bonita que se ve tu cara ahora. –Dio una palmada–. Venga, otra vez.

–No soy de tu hermano, aunque quiero serlo. Es solo que no sé cómo pillarlo. Me parecía que todo iba bien hasta que salió la mierda esta de Annette.

–¿Estabais bien? A mí me pareció que teníais problemas la semana pasada, en casa de mi padre. ¿En ese momento él ya sabía del posible bebé?

–No. Supongo que no. –Jamie se encogió de hombros y lanzó el balón–. Cambio de tema: ¿cómo va tu divorcio?

–Vale, ya veo cómo va. ¿Vamos a pasar de tu corazón roto al mío?

–Mucho más seguro para mí. Soy buena animando, ¿pero sufriendo? Se me da fatal. –Se giró desde la cadera, estirando la espalda para soltarse.

–Voy a reunirme con mi abogado el martes. Me voy esta noche para poder prepararlo todo. –Se encogió de hombros y lanzó el balón–. Me alegraré cuando todo acabe.

–¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

–Sí. Mi relación con Paula está tan lejos del camino en el que empezamos que ya solo podemos hacernos daño mutuamente.

–Deja a esa bruja. –Alex apareció caminando, sorprendiéndolos a los dos.

–Pero, ¿qué? –Mark sonrió de oreja a oreja, estaba claro que se alegraba de ver a su hermano–. ¿Ya has terminado? –Le lanzó el balón a Alex, pillándolo desprevenido.

Con una sola mano, cogió el balón, como si nada.

–Sí. –Alex miró a Jamie, sus ojos recorrieron su cuerpo hacia abajo–. Os dejo solos una sola mañana y os pillo aquí jugando. Increíble. –Sus palabras eran de condena, aunque por su gesto solo estaba de broma.

–Tengo que llenar mis horas con un poco de compañía, Mr. Adicto-al-trabajo. –Jamie le guiñó un ojo y levantó las manos para pedirle el balón–. Veamos si tienes tanta energía como tu hermano.

–Oh, no, yo no he hecho nada. –Mark se rió cuando Alex entrecerró los ojos.

Alex lanzó el balón, haciendo que Jamie tuviese que girar y correr para intentar atraparlo. Saltó y lo atrapó a duras penas con las manos, cayendo luego al suelo y girando tumbada. Alex estaba sobre ella en el instante mismo en el que tocó el suelo, con un aterrizaje un tanto rudo, pero valió la pena.

–¿Llenar tus horas con compañía? –La abrazó con fuerza mientras ella estaba tumbada de costado, riéndose.

–Sí. Tú estás demasiado ocupado con tu drama. –Jamie sonrió con amplitud mientras el cuerpo de él se endurecía contra su cadera—. Nada de sexo para ti, por cierto. He decidido que voy a aceptar lo de tu necesidad de darnos un tiempo y usarte cuando lo necesite, pero nada de sexo hasta que me vea necesitada. –Habló con el volumen suficiente para que solo él pudiera oírla.

Las cejas de él se arquearon de golpe.

–¿Por qué tengo la impresión de que esto está a punto de convertirse en el mejor juego de seducción de mi vida?

–Porque así es. –Jamie se levantó, haciendo que su cadera rozara con la de él—. Odio por lo que estás pasando. Pero te voy a dar una buena lección.

Alex se movió y la empujó del hombro, obligándola a caer de espaldas mientras él la presionaba con su cuerpo.

Jamie se revolvió un poco para ver por encima de Alex. Mark se había marchado. *Hombre listo.*

–¿Qué lección, Jamie? –Alex bajó de encima de ella, rozándole la línea de la mandíbula con la nariz. Jamie respiraba rápido y entrecortado.

–Que si vamos a estar juntos, soy tu socia. No me vas a tirar como un costal de piedras cuando las cosas se ponen difíciles. Si ese es el tipo de mujer que buscas, entonces tu sitio está con Annette.

Jamie dejó caer el balón y se empujó con el talón contra el césped, haciendo que ambos rodaran. Se sentó y se puso a horcajadas sobre la cadera de Alex, clavándolo de una buena vez. La fuerte presión de su erección entre los muslos de Jamie la hizo desear la más simple carnalidad, pero estaban en el parque. Ella tenía demasiada clase para eso. *Sí, claro, pero qué tal en el asiento trasero de una limusina.*

–Tienes razón. –Alex iba a tocarle los pechos, pero ella le apartó las manos.

–Oh, no; nada de tocar cuando a usted le parece *señorito*. Solo me tendrás cuando yo quiera. Así son las cosas en el ejército. Tú eres mi putita. –Jamie

sonrió de forma malvada, se sentía mucho más poderosa de lo que había pretendido.

–Yo nunca te utilizaría, Jamie. –Alex deslizó sus manos sobre sus muslos, apretándolos suavemente–. Aunque lo bien que te quedan estas mallas hace que me arrepienta de mis palabras de anoche.

–Pues yo sí te utilizo, bonito. Tú no a mí.

Jamie se acercó para darle un beso en los labios, gimiendo contra ellos cuando la lengua de Alex se abrió paso. Ambos podían creerse la ilusión de que ella estaba al mando, pero la realidad estaba clara en cuanto él la tocaba. Jamie se derretía, se convertía en un simple charco, y los dos lo sabían.

Él le exploró la boca mientras sus manos le apretaban el trasero como en un masaje.

Jamie interrumpió el beso, sin aliento, y se sentó.

–Que tengas un buen día.

–¿Qué? ¿Adónde vas? Pensaba que nosotros... Que aún no habías terminado.

–Lo siento. Tengo cosas que hacer. Si fuese tu novia modificaría mis planes, pero eres solo “carne”, ¿recuerdas? –Le guiñó un ojo y se apartó de él–. No olvides el balón de Mark. Dime que me llame más tarde si tiene hambre, podemos ir a cenar.

–¡No, qué coño, no vas a ir! –Alex se levantó con el gesto oscurecido.

–Hasta mañana, *jefe*. –Se giró y caminó hacia la casa, pasándose las manos sobre la cadera y apretándose su propio trasero.

–No es justo –gritó él.

*Oh, y tan justo que es, cariño mío.* Jamie levantó la mano para despedirse sin mirar atrás.

## Capítulo 15

El lunes llegó demasiado rápido.

Mark volvió a su casa y ya le había mandado un mensaje. El domingo por la tarde no pudieron verse porque ella tenía algunas cosas que hacer. Alex tenía razón en que seguirían siendo amigos, aunque no amigos demasiado cercanos. Serlo tan solo resultaría demasiado incómodo. Si Alex pensaba aclarar su situación con Annette, Jamie podía aprovechar para limar su relación lo mejor que pudiera. Jugar la baza del sexo no era lo más justo. Él necesitaba tener la cabeza clara para lidiar con Annette. Jamie le daría unos cuantos días e intentaría ser profesional. Ese era el plan... de momento.

Paul levantó la mirada cuando ella entró al despacho una hora después. Su piel estaba un poco más pálida de lo habitual, pero había vuelto.

–Hey, hola. –Jamie dejó caer sus cosas en una silla junto a su mesa–. Empezaba a preocuparme que los zombies te hubiesen atrapado.

Él se giró y sonrió.

–Nah. Hay que tener cerebro para eso. Yo solo me hago el listo aquí. Pero fuera del trabajo... No soy material para zombies, digámoslo así.

–Ya veo. ¿Te sientes mejor o debería echar líquido desinfectante?

–No lo hagas, por favor. –Levantó las manos en señal de rendición–. Estoy bien. Solo fue una infección de pecho, pero parece que se me ha pasado con unas cuantas inyecciones y un montón de horas de sueño. ¿Tú cómo estás?

–Yo, genial. Salí bastante el fin de semana, eso siempre ayuda. Hacen unos días buenísimos.

–Totalmente de acuerdo. ¿Ya estamos hablando del tiempo como dos viejecillos? –Arqueó una ceja e hizo una mueca burlona.

–Culpa mía –Jamie se rió y salió a buscar una taza de café.

Alex estaba en la cocina, de espaldas a ella, sirviéndose un café al parecer.

–Buenos días, jefe. –Jamie cogió una taza y admiró la perfecta curva de su trasero con los pantalones de vestir. Era mucho más que sexy.

–Hola, Jamie. Tengo que ver algunas cosas contigo esta mañana. En treinta minutos tenemos un coche esperándonos. Te veo frente al ascensor,

pasa tus citas a después de la hora de comer. –Su tono era profesional pero de mando. Levantó olas de deseo en el interior de ella.

–Claro. –Jamie acabó de prepararse el café y pasó junto a Alex, rozándole el trasero con la cadera e ignorando la forma repentina en la que él aspiró.

–Juega –le susurró él.

Jamie hizo lo que Alex le había dicho, pasó todas las citas a la tarde. Se despidió de Paul y caminó hasta el ascensor unos cuantos minutos después. Alex levantó la vista de los expedientes de inversores que estaba revisando.

–¿Adónde vamos?

–Vamos a parar en unos cuantos sitios por la ciudad para ver algunos edificios que estoy pensando comprar. –Sostuvo la puerta del ascensor mientras la miraba de arriba abajo–. Estás guapa.

–¿Guapa como para comerme?

Jamie entró en el ascensor vacío, callada pero lista para tomarle el pelo hasta hartar. Él debía sufrir como estaba sufriendo ella.

¿Qué le pasaba a su plan? Nada, por la ventana, como todo lo demás cada vez que Alex estaba cerca.

–Sí. ¿Qué quieres? ¿Mi boca contra tu pecho? ¿La sensación húmeda de mi lengua lamiéndote? –Alex esperó a que se cerrara la puerta para ponerse en el espacio de Jamie, apretándose contra ella–. Te echo de menos en mi cama. Necesito verte desnuda y retorciéndote debajo de mí.

Jamie deslizó las manos alrededor de la cintura de Alex y apretó los fuertes músculos de su trasero.

–Arregla tus problemas y haré que pierdas la cabeza... Las dos cabezas.

Lo soltó cuando se abría la puerta del ascensor. Salió como si fuera la dueña del edificio. Su falda de tubo ajustada sobre su cintura, pero con vuelo en los muslos. La blusa blanca que llevaba se le pegaba al generoso pecho y los tacones completaban el look. No estaba acostumbrada a vestirse muy llamativa, pero hoy lo había dado todo por llamar la atención de Alex y recordarle su naturaleza sensual.

Él se apresuró para ponerse a su lado y gruñó:

–¡Joder, qué guapa estás! Creo que tu carne desearía que le dieras la oportunidad de pasar un poco de tiempo envolviéndote.

Ella se rió y lo miró de reojo.

–Eres un corrupto.

–No, solo me muero de ganas y eres la única mujer a la que quiero en mi cama. –Abrió la puerta del coche para dejarla pasar.

Jamie entró, notando que había espacio de sobra para jugar un poco si a Alex le apetecía. El recuerdo de la limusina volvió a su mente y se dio cuenta de que llevar ropa interior cuando estaba cerca de este hombre era una pérdida de tiempo. Se quitaría las bragas en diez segundos exactos si el camino que les esperaba era lo suficientemente largo. El cristal tintado que los separaba del conductor hizo que se le acelerara el corazón.

Alex se sentó frente a ella y la miró.

—¿Me has oído?

—¿Cuánto vamos a estar en el coche? —Jamie ignoró su pregunta.

—Tanto como quieras. —Estiró la mano para tocarla, sus ojos se abrieron un poco más cuando ella se levantó para sentársele en las piernas—. Joder.

—Cállate. —Jamie movió la cadera para frotarse contra el gran bulto de los pantalones de él, presionando el pecho contra el de Alex—. Dile al conductor que conduzca una hora. Me voy a tomar mi tiempo contigo. Joder si lo necesito.

—Lo que quieras —susurró él y pulsó el botón para hablar con el conductor. Jamie pasó la lengua por un costado del cuello de Alex, subiendo despacio mientras su cuerpo ondulaba en un ritmo lento y sensual.

Posó los labios sobre su oído y exhaló un gemido.

—Necesito que me follen. Fuerte.

—Claro que sí, chica mala. —Él le pellizcó el trasero y luego metió las manos por debajo de su falda, frotándole el sexo con los dedos—. ¿No llevas bragas?

—Están allí. —Jamie se contoneó contra él y succionó su oreja para metérsela en la boca.

Alex gimió y levantó la cadera para presionar con fuerza contra ella.

—Hueles bien. Casi puedo saborearte.

—Estoy tan caliente —murmuró ella y enderezó la espalda para quitarle la corbata.

Él la ayudó a quitársela, luego se desabotonó la camisa con fervor.

—Te necesito tanto.

Los dedos de Jamie se extendieron sobre el firme pecho de Alex mientras un gemido escapaba de ella. La suavidad de su piel casi resultaba demasiado y Jamie se dio cuenta de lo mucho que necesitaba estar con él en una cama. Poder extenderse y hacer el amor era lo que más deseaba.

—Dile que nos lleve a casa. Estamos a solo quince minutos.

–Sí –murmuró él sobre el cuello de Jamie, ayudándola a bajar de su regazo.

Informó al conductor y diez minutos más tarde estaban en casa, gimiendo, muertos de deseo de tocarse el uno al otro, los labios hambrientos de ambos unidos.

Alex bajó del coche con la camisa medio colgando de los pantalones y tiró con fuerza de Jamie. En algún momento, mientras se enrollaban, ella perdió el control y él lo tomó. Era uno de los motivos por los que ella sería suya por siempre.

Alex abrió la puerta principal de su casa y se giró cuando Jamie la cerraba. La envolvió entre sus brazos y le comió la boca. Sus fuertes dedos se encajaron en la parte posterior de los muslos y le murmuró:

–Arriba.

Ella saltó, un poco preocupada de si era demasiado grande para que él la cargara, pero Alex la cogió con facilidad e hizo que lo abrazara con las piernas. No tuvo problemas para moverse hasta el dormitorio. Se detuvo en el pasillo y la apretó contra la pared, frotándose contra ella mientras ella gemía contra su garganta.

–Estás empapada, Jamie. Siento tu calor atravesando mis pantalones.

–Quítatelos. Ahora. –Le mordió en un lateral del cuello y tiró con suavidad de la piel.

Alex emitió un sonido gutural que a Jamie se le clavó en el centro del cuerpo. Estaba a punto de correrse tan solo por el olor de él, combinado con sus fuertes embestidas contra el centro de su deseo.

Alex la deslizó sobre su cuerpo, se echó hacia atrás y se quitó la ropa. Luego la cogió y le arrancó la ropa. Cuando Jamie tan solo llevaba puestos sus tacones, él la envolvió con su cuerpo, obligándola a trastabillar hasta el dormitorio.

Jamie lo empujó con fuerza por el pecho cuando llegaron a la cama, haciéndolo caer de espaldas. Alex empezó a protestar, pero ella trepó sobre su cuerpo y se extendió sobre él. Las manos de Alex le apretaron el trasero de forma dolorosa, la subieron y luego la empujaron hacia atrás con fuerza, empalándola en su tronco.

Jamie gritó cuando el placer estallaba en su interior.

Él aferró sus caderas y sonrió con picardía.

–Siéntate encima y trabaja. Quiero ver tu cuerpo. Es lo que más me pone en la vida.

Se sentó erguida y empezó a balancear la cadera sin importarle nada, salvo el placer que él podía ofrecerle. Había pasado demasiado tiempo y su cuerpo lo sabía. Enterró los dedos en los músculos del pecho de Alex, se apoyó para levantarse y moverse hasta llegar al límite del éxtasis.

Los brazos de Jamie temblaron por la intensidad del orgasmo, pero él la sujetó con fuerza, follándola desde abajo. En el momento en el que ella se quedó inmóvil, él hizo que ambos giraran, obligándola a apoyar la frente contra las sábanas frías. La montó desde detrás, penetrándola, sujetándole las nalgas para darle firmeza al asalto.

—¿Cómo coño voy a vivir sin ti? ¿Pero en qué estaba pensando? Eres lo único que le da calor a mi vida, Jamie.

Entró profundamente en ella, con fuertes embestidas.

Ella cerró los ojos mientras sus palabras y la sensación de tenerlo encima la consumían. No tenía palabras para responder. La situación entre los dos era algo que él iba a tener que solucionar. Ella aguantaría tanto como pudiera, pero sin que le pisaran el corazón.

—Qué buena estás, amor. Preciosa y sexy.

Alex se inclinó para presionar el pecho contra la espalda de Jamie, cambiando así el ángulo y haciendo que ella chillara. El punto contra el que él se estaba frotando era casi demasiado; seguía follándola con un ritmo estable.

—Me voy a correr —susurró ella con dificultad sobre las sábanas.

Alex le extendió los brazos para colocárselos sobre la cabeza, la fuerza con la que la clavaba hacia abajo la llevaba al límite.

El calor se extendió desde el centro de Jamie, se contrajo contra él, corriéndose mucho más fuerte de lo que recordaba en mucho tiempo. El sonido del placer de Alex prolongó el de ella. Quizás él no pudiera vivir sin ella, pero ella estaba segura de que sin él moriría. La única opción posible era estar juntos. Aceptar menos no era una posibilidad.

## Capítulo 16

Mientras miraban el edificio que le interesaba a Alex para comprar, él le prometió a Jamie que hablaría con Annette para que se hiciera una prueba de embarazo. Incluso dijo que contrataría un abogado. Era la única forma de averiguar si la muy puta decía la verdad o si estaba liándolo, lo cual no habría sorprendido en absoluto a Jamie. Algo olía mal en esa situación y ese algo eran los tiempos.

La gran reunión con los inversores era a la mañana siguiente. Cuando se separaron, Jamie se puso a trabajar en su parte de la presentación y dejó que Alex trabajara en la suya. Él no iba a estar disponible aquella noche, pero ella se sentía tranquila por primera vez en semanas y se alegraba de darle tiempo para que hiciera los ajustes de última hora. Alex no le dijo que la quisiera después de aquella sesión haciendo el amor, pero ella se lo veía en la cara.

Todo saldría bien.

Se levantó temprano a la mañana siguiente y se puso un bonito traje sastre de falda. Se recogió el pelo en un moño y se aseguró de tener un aspecto increíblemente profesional. Ella era la responsable de los inversores que iban a asistir a la conferencia. Un montón de gente iba a venir al curso que Alex iba a dar sobre cómo invertir de manera inteligente y sobre cómo interpretar los mercados financieros, pero ella tenía que hacer que los inversores más importantes estuvieran bien.

Nicholas iba a estar entre ellos y eso la incomodaba un poco. Era tan agradable, el tipo de hombre que no solo te prometía la luna y las estrellas sino que te las conseguía. Tenía que haber una manera de hacer que dejara de interesarse por ella, aunque egoístamente Jamie no quería que eso ocurriera. Si las cosas no le salían bien con Alex se pondría furiosa consigo misma por renunciar a la oportunidad de estar con alguien como Nicholas.

*Estás enamorada de Alex. Es parte del riesgo.*

Entró en el despacho, pensando aún en la forma más prudente de alejar al hombre guapo y mayor. Paul entró detrás de ella, con dos tazas de café.

—Hola. He traído esto para ti. Estoy deseando que llegue la conferencia de hoy. ¿Tú vas a hablar? —Le pasó una taza.

—Gracias. Qué detalle. Sí, voy a hablar sobre las nuevas apps de Blackberry y Apple; sobre todo para gestión del tiempo y organización. Unos

extras que Alex considera buenos para la conferencia.

Le dio un trago al café y entró al despacho que compartían.

–¿Estás nerviosa? –Preguntó Paul, dejando caer sus cosas sobre el suelo, al lado de su mesa.

–No. Quizás debería estarlo, pero he tenido tantos problemas en mi vida real que el trabajo casi es un descanso.

Paul se rió.

–Pues no lo entiendo. He empezado a salir con una chica que me quita mucho tiempo. Creo que casi hemos llegado al punto de tener que dejarlo.

–¿No te va la locura? –preguntó Jamie con descaro.

–Um... no.

Alex asomó la cabeza al despacho con los ojos un poco desorbitados.

–Hey. Te necesito de inmediato en la sala de conferencias.

–De acuerdo. Cojo mis cosas y te veo allí. –Jamie pasó a su mesa y empezó a revolver una pila de papeles.

–Pues sí que se te da bien. Yo sería un caso perdido si el señor Reid estuviera encima de mí todo el tiempo. Ese tío intimida.

–Sí, pero es porque sabe lo que hace y tiene una seguridad en sí mismo increíble. –Jamie caminó hacia la puerta–. Tú también serás así un día.

–¿Tú crees? –Jugeteó moviendo las cejas.

–Quizás no. No. –Jamie se echó a reír y salió, preparada para afrontar el día que tenía por delante.

La conferencia salió increíblemente bien en la sesión de mañana, pero Alex no tenía tiempo para ir a comer con nadie y esa fue una pega. Tenía algo que evidentemente no podía esperar, así que Jamie tuvo que llevar a comer a un grupo de hombres mayores y estirados.

Nicholas estaba con ella, lo que mejoraba un poco las cosas, pero aún así... ella era la asistente personal de Alex, sabía lo suficiente para poder mantener una conversación, pero no se acercaba ni de lejos a lo que él habría podido hacer.

Acabaron el plato principal y Jamie esperaba la cuenta en el bar. Nicholas se acercó y se apoyó en la barra.

–Lo has hecho genial hoy. –Le sonrió con amabilidad.

–Gracias. No estoy segura de qué es eso tan importante que Alex tenía que atender.

–Lo vi entrar hace un ratito, pero no quise interrumpir la comida. Estaba con una pelirroja guapa. Supongo que la reunión con ella era más importante que con nosotros. –Se encogió de hombros, parecía un poco perdido.

Jamie sintió que se ponía mala.

–¿Qué? ¿Dónde está?

–Sí. Allí. –Nicholas se movió al otro lado de Jamie, acercándose a su espalda y luego señaló a Alex.

Annette.

Jamie no estaba segura de si debía sentirse bien porque Alex obviamente se estaba tomando las cosas en serio, estaba forzando a la zorra a que le diera pruebas; no sabía si debía enfadarse. La conferencia era un evento de dos días que tenía lugar una vez al año. ¿No podía haber quedado Alex para comer otro día de la semana?

Alex miró hacia ellos como si supiera que lo estaban mirando. Su cara decía que no le gustaba demasiado que lo estuviesen espiando.

Jamie se giró sin darse cuenta de lo cerca que tenía a Nicholas. Emitió un ruidito suave mientras se le enrojecían las mejillas.

Él levantó la mano para tocarle el brazo, apretándoselo y dando uno o dos pasos hacia atrás.

–Lo siento, no quería entrar en tu espacio personal. Te moviste hacia atrás y pensaba que te ibas a caer.

Jamie sacudió la cabeza.

–No pasa nada. Estoy bien. De verdad.

–¿Sale con esa mujer? Se les ve muy cómodos. – Nicholas miró otra vez hacia Alex–. Creía que estabais juntos.

–No, no lo estamos. Ya te lo he dicho. –Jamie soltó el aire temblando y se giró para pagar la cuenta.

–Vale. Viene hacia aquí. Creo que va a ser divertido. No está contigo y sin embargo va a ponerse furioso porque estoy cerca de ti. Por eso es por lo que no acaba de caerme bien tu jefe.

Jamie se giró justo cuando Alex se detenía frente a ella.

–Tengo que hablar contigo.

–Claro, sí. Espera a que acabe de pagar la comida con los inversores a la que deberías haber asistido. –Le soltó y le dio la espalda para mirar al camarero.

–Te hemos echado de menos, chavalote. –Nicholas tocó el hombro Jamie—. Te veo en el coche.

–Bien. Gracias por ayudarme hoy.

Jamie miró por encima de él mientras notaba cómo la piel de picaba de ansiedad. Alex debería haber estado con ella en la comida. Era su negocio y sin embargo le preocupaba más arreglar sus asuntos personales que asegurarse de que ella estuviera cómoda con los inversores. Jamás entendería cómo se había visto envuelta en una situación así.

Alex envolvió el brazo de Jamie con firmeza entre sus dedos.

–Te dije que hoy tenía una cosa importante. Eres más que capaz de manejar a ese grupo de hombres. Te pago muy bien para ello.

Jamie se giró.

–Suélteme el brazo, señor Reid.

Él apartó la mano y se me metió las manos en los bolsillos mientras Jamie firmaba el recibo de la tarjeta de crédito.

–Sabes que no me gusta que andes por ahí con Nick.

–Es uno de tus inversores. No sé qué quieres que haga. –Jamie miró; Annette sonreía mirando hacia ellos. La zorra descarada levantó la mano para saludar como si fueran amigas—. Y odio que en vez de hablar con Annette en la oficina la traigas a comer como si salieras con ella. No podías haber elegido peor momento. –Se echó hacia adelante—. ¿Y por qué tenías que elegir este sitio? ¿Es que no hay más?

–Estoy intentando aclarar las cosas. –Alex se acercó a su cara, movía la mandíbula mientras la rabia se apoderaba de su bonita cara.

Jamie posó un dedo sobre su pecho.

–Pues hazlo en otro momento de la semana. El problema no se va a ninguna parte, pero tus inversores sí. Usa el cerebro. Mostrándola en público por aquí solo me haces daño.

–No sabía que los ibas a traer a comer aquí. –Los músculos de su mandíbula saltaban mientras hablaba.

–¿De verdad? –Jamie miró el reloj—. Tengo que volver al trabajo.

–No vas a volver con Nick. Eso no va a pasar. –Apartó el dedo de Jamie de su pecho—. Trabajas para mí y estás en mi horario.

Jamie se rió con fuerza.

–¿Me tomas el pelo?

–Para nada. Eres mi asistente personal. Vas a volver a la oficina conmigo. Dame diez minutos para pedirle un taxi a Annette y nos vamos.

Su tono de voz y su mirada avivaron la rabia de Jamie.

–¿Un taxi? ¿Así que ha venido en coche contigo? –El corazón se le contrajo en el pecho.

–Sí. Pero no es como imaginas.

–¿No? Puede que vayas a tener un hijo con ella, Alex. ¿Por qué no va a ser como imagino? A la muy puta de tu asistente personal le gusta imaginar sexo en el coche. Algo muy típico de las niñas estúpidas con las que vas. –Se guardó la tarjeta en la cartera–. Nos vemos en la oficina. No me digas con quién puedo ir o no ir, ya que es obvio que yo no puedo opinar al respecto contigo.

–No estoy de broma con lo de que no puedes ir con Nick, Jamie. No voy a pasar por allí. –Golpeó en la barra, haciendo que el camarero lo mirara.

–¿Está bien, señorita? –El camarero, de aspecto rudo, preguntó.

–Sí, gracias. –Miró a Alex incrédula–. ¿Hablas en serio?

–Sí. Estoy cansado de que la gente se crea que me puede pisotear. –Cerró los ojos y respiró despacio, como si intentara controlar lo que sentía.

–Alex –Annette se les había puesto detrás sin que ninguno de los dos se diera cuenta. –Janine, ¿no?–. Esbozó una sonrisa falsa, diciendo a posta mal el nombre de Jamie. –Diría que me alegro de verte otra vez pero voy bastante mal de tiempo hoy y ya me estás quitando buena parte de ello, ¿te apartas? Haz el favor.

–¿Perdona? –Jamie se puso rígida no solo por el sonido de la voz de aquella mujer sino también por la mala educación de sus palabras.

–Ya nos vamos. Te veo otro día de la semana, Annette. Hazte el test y tráemelo junto con la información del médico o ya te puedes ir a la porra. No me interesa nada más de lo que me puedas ofrecer. –El tono de Alex fue firme y no dejó lugar a discusión.

Jamie se colgó el bolso al hombro mientras Annette murmuraba algo entre dientes y se giró para marcharse.

–Odio a esa zorra.

–Y yo odio a Nicholas. Vamos.

–No. No voy a dejar que Nicholas vuelva a la oficina sin que lo acompañe alguno de los dos, no es apropiado, Alex. Ve tú con él y yo vuelvo en nuestro coche. Estás siendo ridículo con este tema. –Lo miró amenazante.

–¿Ah, sí? Está loquito por ti y a ti no parece que te moleste mucho. Es demasiado mayor para ti y sin embargo parece que va entrando en tu vida.

–No voy a hacer esto. Estás enfadado por Annette y nos haces sufrir a todos los demás por ello. Tus notas están en tu mesa para esta tarde. Le he pedido a Gina que te las pasara a limpio. –Jamie levantó las manos para ponerlas sobre la parte frontal de la chaqueta de Alex–. Te veo en la oficina. Buena suerte hoy.

–Trabajas para mí, Jamie. Si te vas con él te pongo una sanción. Tres sanciones y estás fuera.

*¿De verdad ha dicho eso?*

Alex luchaba con su respiración entrecortada, obviamente estaba fuera de sí. Ella contuvo la risa, no estaba segura de qué más hacer sino jugar rudo con él.

–Haz lo que consideres oportuno, pero si me sancionas... ya puedes buscarte otra asistente personal. No soy una niña y tú no eres mi guardián. Todo lo que he hecho ha sido por el bien de tu empresa. Tus palabras calan hondo, pero allí te has pasado. Lo. Nuestro. Está. En. Pausa. Eres solo mi jefe, yo solo soy tu asistente personal, esa que hace todo lo que puede por la empresa mientras su jefe actúa como loco. –Se giró y caminó hacia la puerta, sonriéndole a Nicholas, que le abría la puerta del coche para que entrara.

–¿Todo bien?

–Todo lo bien que cabe esperar.

Jamie entró en el coche y soltó el aire entre temblores. Alex tenía todo lo que ella deseaba en un hombre, eso cuando se comportaba como un hombre. Era una pena que ahora no fuese más que un capullo mimado.

## Capítulo 17

No hablaron en todo el resto de la tarde, lo cual probablemente fue bueno. Ella no renunció, pero estaba preparada para hacerlo si a él se le ocurría ponerle la maldita sanción. Menuda estupidez pretender presionarla así. Tan solo porque Alex no podía controlar la situación con Annette no tenía derecho a controlar hasta el más mínimo detalle de su vida. Estaba siendo más que ridículo.

El día siguiente resultó increíblemente intenso mientras trabajaban juntos, se comunicaban tan solo cuando era estrictamente necesario. Jamie no comprendía cómo habían pasado una vez más de tener el sexo más alucinante a estar distantes y enfadados. Alex tenía que dejar su situación con Annette al margen de ellos dos. Le estaba estropeando toda la vida. Algunos de los inversores incluso hablaban en voz baja sobre si estaría perdiendo el rumbo. Jamie quería ayudar, pero no hizo sino empeorar las cosas.

Cuando al fin evaluó los daños, dejó que Gina trabajara con Alex en los detalles de la ceremonia de clausura del evento. Su madre la había llamado antes aquel mismo día, pero había tenido que ignorarla porque no tenía nada de tiempo libre.

No se sentía preparada para volver a casa, así que giró con el coche hacia la casa de su madre y bajó las ventanillas. Se sentía un poco mejor cuando llegó a la casa, no pensó en llamar cuando se vio frente a la puerta. ¿Para qué?

Un gemido de hombre sonó fuerte en el sofá en frente de ella, acompañado de un agudo grito de su madre.

–Mierda –susurró Jamie y retrocedió hacia la puerta.

–¿Jamie? –Su padre levantó la cabeza del sofá, tenía los ojos muy abiertos y el pecho desnudo.

–Eh, lo siento. –Corrió hacia la puerta y empezó a abrirla.

*¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Jamás voy a poder borrar de mi mente esa imagen!*

–No pasa nada, solo danos unos minutos –gritó su madre.

–Voy a vomitar.

Jamie abrió la puerta y caminó hasta su coche, apretándose la frente con las manos. Se alegraba de que sus padres estuviesen hablando... con

intimidad, ¿pero pillarlos en ello? No se había sentido tan avergonzada desde que estaba en el Instituto.

*Nota para mí misma. La próxima vez llama a la puerta. Siempre.*

Cuando había decidido que lo mejor era meterse en el coche y volver a casa, se abrió la puerta principal.

Su madre sonreía tímidamente.

–Lo siento. No sabía que ibas a venir.

–Puedo volver en otro momento. Yo... –¿Qué podía decir? Cualquier cosa sonaría rara y le haría pasar aún más vergüenza.

–No. Pasa. Tu padre y yo estábamos limando nuestras diferencias y las cosas bueno... ya sabes. –Se encogió de hombros y se echó hacia atrás–. Creo que así es mejor. Recordar lo bien que lo pasábamos en la cama ha sido bonito.

–Mamá, ¿de verdad? –Jamie entró y miró a su alrededor, un poco asustada ante lo que pudiera encontrar–. No le cuentes a Christine que os he pillado, no pararía de tomarme el pelo.

Su padre se rió mientras salía de la cocina y tiró de ella para darle un fuerte abrazo.

–Yo no se lo diré, pero ya sabes que tu madre y ella son las mejores amigas.

–¿Qué? –se quejó la madre–. Ella me entiende.

–Yo también te entiendo. –El padre le dio una palmada en el trasero a la madre cuando aún abrazaba a Jamie.

–Vale, me voy. –Jamie se apartó de su padre y arqueó una ceja.

–Pensábamos que quizás las cosas no sean mejores con otra persona. –Su padre se sentó en el sofá y dio palmaditas para invitarla–. Siéntate junto a mí.

–¿Queréis comer algo? –gritó la madre desde la cocina.

–No, cariño. ¿Tú, Jamie?

–No, tengo el estómago revuelto. –Jamie se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos–. Me alegro de veros juntos a mamá y a ti, pero no os podéis basar solo en atracción física, papá. Os odiáis, más o menos.

–Eso no es verdad. Tan solo habíamos llegado a un punto en el que estábamos demasiado cómodos juntos. Así que cuando estoy enfadado o alguien me ha hecho daño se lo echo encima aunque ella no tenga la culpa. Ella hace lo mismo conmigo. Está bien apoyarte en alguien y dejar que te ayuden a superar las dificultades de la vida. Pero no está bien atacar a la otra

persona y hacerla sufrir lo que tú estás sufriendo. –Levantó la mano para poner un mechón del pelo oscuro de Jamie detrás de su oreja–. ¿Entiendes?

–Sí. Aunque me gustaría saber cómo aplicarlo a mi vida. –Se echó hacia atrás, sintiéndose cómoda junto a su padre, aunque no tanto junto a su madre.

Todos se habían prometido que intentarían tener una relación más sana y, en gran parte, su madre estaba cumpliendo su promesa. Quizás hubiese llegado el momento de actuar en vez de esperar tan solo que algo ocurriera.

Quizás lo mismo fuese aplicable a su relación con Alex.

–¿Sigues con problemas con el guapísimo de tu jefe? –Su madre entró y le pasó un vaso de té.

–Sí. Estoy profundamente enamorada de él, pero los asuntos de su vida hacen que me ataque o con palabras o con pasión. Últimamente ha sido con rabia e indecisión. –Jamie le dio un buen trago a su té, disfrutando el sabor del azúcar que le rascaba la lengua.

–Pues siéntate con él y sé clara en cuanto a lo que deseas, Jamie. –Su padre le cogió la mano libre–. Al principio ese chico no me caía bien, pero ahora lo respeto. Los hombres a veces son cortitos. Sácalo todo y luego, si no está receptivo, puedes tomar distancia o probar distintos juegos. No estoy seguro de si serás como tu madre en ese sentido, pero cuando yo la ataco, ella no intenta tranquilizarme...

–No, lo ataco igual de fuerte. Es una de las cosas en las que vamos a empezar a trabajar. –Su madre se encogió de hombros, parecía mucho más tranquila de lo que Jamie la había visto en años.

–Siento como si necesitara demostrarle que soy más que suficiente para él. Que soy lo que él necesita y que si renuncia a mí... –Las lágrimas le quemaron los ojos y sintió como si tuviera una rana atrapada en la garganta.

–No pasa nada, cariño. Eres más que suficiente para cualquier hombre. Tiene una suerte loca de tenerte. –Su padre se acercó para abrazarla con un brazo–. Quizás él no sea el chico adecuado para ti.

–No –interrumpió la madre–. Creo que es el chico perfecto para ella. Es presumido y fuerte, cariñoso y dominante por lo que he podido observar. Ella tan solo tiene que luchar por él. Sea lo que sea que está pasando en su vida personal, debería incluirte. Ponte a su lado y no te preocupes por recordarle nada. Si te merece, ya sabrá qué clase de mujer eres. Lucha por él. Si hay otra mujer, ve a por la muy zorra. Ábrete espacio en su agenda, métete en su día. Si el problema es otro, descubre de qué se trata. Eres inteligente, Jamie. No te

vengas abajo por eso. Si lo quieres, ve a por él y no aceptes un no por respuesta.

—¡Qué sexy ha sido eso!

El padre soltó a Jamie y se movió hacia la madre, abrazándola con un gruñido.

Jamie se rió entre lágrimas y caminó hacia la puerta.

—Vale, esa es la señal para que me vaya. Intentaré luchar por él, lo quiero en mi vida por encima de todas las cosas. Supongo que tengo miedo de que él ya no me quiera, como ocurrió con Stephen.

—Stephen es estúpido. —Su padre se giró para soltar la respuesta—. Tú mereces más y tu hermana también, puedes decirle que lo he dicho.

—Vale, papá. Os quiero, os veo pronto.

Salió cuando el móvil vibraba contra su pierna. Lo sacó del bolsillo y sonrió.

Mark.

—Hey, ¿cómo estás? —Jamie montó en el coche haciendo malabares para equilibrar el pequeño móvil.

—Bien. Acabo de ver a mi abogado. —Marc dejó escapar un largo suspiro—. Creo que estoy listo para dar el siguiente paso, aunque da mucho miedo, ¿sabes?

—Pues no lo sé, la verdad, pero me lo puedo imaginar. Mis padres van a intentarlo otra vez. —Arrancó y giró hacia la calle empinada en la que creció—. ¿Vale la pena salvar algo entre Paula y tú?

—No. Ojalá, pero ella es una mujer totalmente distinta a la mujer con la que me casé. Nos hacemos más daño que bien últimamente.

—Como Alex y yo. —Soltó un suspiro doloroso.

—Sí, pero vosotros dos tenéis bastante más por lo que luchar. Es solo que tenéis en medio las dificultades de la vida. Tienes que luchar, reclamar a tu hombre. Tiene demasiado miedo de perder su empresa o la reputación que se ha trabajado y no encuentra la solución. Se define a sí mismo por su éxito, ¿sabes?

—No, no lo sé. Explícamelo.

Jamie entró en la autopista y se obligó a relajarse. Iba a tener un infarto provocado por una combinación de preocupación y estrés si no se obligaba a remediarlo.

—Con la situación que tenía con mi padre de pequeño era como si nunca fuese suficiente. Sabes que de los dos él era el más problemático, siempre

llevaba la contraria, le gustaba ir por libre. Mi padre odiaba eso, quería que obedeciera. Convenció a Alex de que no era el hombre que debía ser, como si fuera muy inferior. Con el éxito Alex compensó el sufrimiento que le provocaba mi padre. Le dio una nueva identidad, una nueva cara, algo de lo que sentirse orgulloso. Ha hecho cosas increíbles, pero ahora las ve amenazadas y se está viniendo abajo.

–Pero no está amenazado. –Jamie cogió su salida y pitó cuando un tío casi cocha contra un lado del coche.

–¿No? ¿No crees que tener un hijo ilegítimo con una tía cualquiera levante habladurías y lo haga parecer menos responsable de lo que es?

–Supongo , pero ¿por qué tendría que enterarse alguien?

–No seas ingenua, no es así la chica a la que yo conozco. Deja de intentar dismantelar mi explicación y piensa si tu relación con mi hermano vale la pena para luchar por ella.

–Claro que vale la pena. Solo pienso en él, Mark, pero ahora mismo se está comportando fatal en muchos sentidos. Si sigo agachándome y perdonando sus acciones, ¿no sería tanto como validar su forma de comportarse?

–No, significa que lo quieres. No estás validando nada. Tienes que explicárselo, como si fuera un niño, que no puede tratarte como lo hace, pero que estás dispuesta a perdonarlo. ¿Le has dicho que lo quieres?

–No. –Jamie salió entró en el aparcamiento y apagó el coche. De pronto se sentía muy pesada.

–¿Por qué no?

–No lo sé. Tengo miedo. –Las lágrimas volvían a nublarle la mirada.

–Bueno, pues si lo quieres él lo debería saber. Es una tontería que te lo guardes. El sentimiento mismo ya te hace vulnerable. Compártelo y apuesta porque las cosas cambien.

–Puede que tengas razón.

–Siempre la tengo, tontilla. –Mark se rió y Jamie se obligó a emitir una risa tensa.

–Gracias por hablar conmigo.

–Cuando quieras. Venga, recupera a mi hermano. Quiero lo mejor para él y tú siempre serás lo mejor.

## Capítulo 18

Jamie se cambió, se puso un vestido de algodón azul y se soltó el pelo, cepillándose unas cuantas veces antes de ponerse unas bonitas sandalias para ir al piso de Alex. Sacó la llave de debajo de la maceta que había en el porche, preguntándose si no debería él darle una copia. Quizás tener la llave de su casa fuese demasiado, demasiado íntimo para él.

Apagó la alarma una vez estuvo dentro y caminó cruzando el salón y la cocina, abriendo las ventanas para que entrara aire fresco. Hacía un tiempo demasiado maravilloso fuera para no dejarlo entrar. Jamie necesitaba un entorno de serenidad para la charla que quería abordar. No pensaba marcharse hasta que resolvieran todo lo que tenían encima. Él era demasiado importante como para actuar como si no importara.

Murray, el chef de Alex, había preparado la cena y la había dejado en el frigorífico. Jamie abrió la alacena y luego el frigorífico, necesitaba hacer algo. La comida de Murray se podía comer al día siguiente, así ella podría preparar la cena. Algo sencillo pero elegante. Puso arroz a hervir y preparó un salteado de champiñones y cebolla, luego metió un pollo al horno. Puso un poco de jazz bajito en su móvil y bailó por la cocina, sintiéndose repentinamente mejor.

El hecho de que sus padres fuesen a intentar arreglar lo suyo le había quitado un buen peso de encima, uno que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba. La idea de que se separaran parecía buena, pero quizás eso fuera tan solo lo que ella había querido creer. Después de tantos años juntos, casi todos ellos años buenos, había algo digno de ser salvado.

La puerta se cerró haciendo ruido en el pasillo y Jamie dejó de cortar los tomates para la ensalada. Se le aceleró el corazón y sintió mariposas en el estómago. Tenía que hilar fino. Las palabras con las que se habían despedido habían sido duras y llenas de odio.

—¿Jamie? —La voz de Alex sonó profunda pero suave.

—En la cocina.

Jamie se secó las manos y dejó el trapo para luego caminar hacia el salón. Se detuvo en la puerta al ver que él llevaba una botella de vino y un ramo de rosas rojas.

—¿Las grandes mentes piensan igual?

Jamie se echó a reír mientras las lágrimas le nublaban la vista.

–Lo siento. Por todo.

El plan era que él pidiera perdón primero, pero al verlo allí parado, con las flores en las manos, tan sexy con su pantalón de vestir y su camisa y con esa cara que pedía mil perdones, Jamie se partió en dos.

–Yo también, mi amor. –Alex se acercó para estrecharla entre sus brazos, con las manos aún llenas.

Los dedos de Jamie acariciaron la barba que brotaba en las mejillas de Alex al tirar de él para darle un beso largo. Respiró profundamente y se abrió, deseando que él la penetrara hondo con su lengua caliente. Jamie gimió ante el sabor a deseo que encontró en la lengua de él.

La firmeza con la que el cuerpo de Alex la presionaba era casi demasiado buena y, aunque interrumpir aquel beso parecía una tragedia, Jamie se echó hacia atrás y sonrió.

–Te voy a atar para darte azotes si te se ocurre ponerme una sanción en el trabajo. –Jamie se echó hacia atrás y cogió las flores, luego fue a la cocina a buscar un florero.

–Te he sancionado. ¿Me azotas? –Se detuvo detrás de ella, dejó el vino en la barra y deslizó los brazos sobre su cadera. Sus grandes manos le cubrieron el sexo y Alex se frotó contra el trasero de Jamie, susurrándole al oído–. Soy un capullo, pero quiero ser tu capullo. Perdóname. Por favor. Me asusté, sinceramente aún lo estoy.

Jamie olvidó que quería poner las rosas en agua y se giró entre los brazos de Alex, rodeándole el cuello con los suyos y poniéndose de puntillas para llenarlo de besos.

–Yo también estoy asustada, pero tienes que dejar de hacernos daño a los dos. Si quieres que sigamos adelante, debes saber que pase lo que pase... Estaré contigo. Voy a estar a tu lado para ayudarte con lo de Annette. Para criar al niño, para cuidarte y para lo que necesites. Así soy yo, Alex.

Él apoyó la frente contra la de Jamie, cerró los ojos y respiró temblando.

–Yo también quiero estar disponible para ti. No quiero cerrarme. No quiero ser un capullo. Quiero serlo todo para ti.

–Bien. –Jamie se apretó contra él–. Cenemos y pongamos en claro unas cuantas cosas, luego nos metemos en la ducha. Necesito a alguien que me enjabone la espalda.

–¿Y el trasero? –Abrió los ojos en un gesto malvado.

–¿Tienes una herramienta para eso?

–Ay, nena, tengo un montón de herramientas preparadas para perforarte.  
–Movié las cejas entre risas.

–Pues las quiero todas. Te quiero completo. –Jamie rozó sus labios y se giró para poner las rosas en agua. Las dejó en el fregadero al no encontrar un florero—. Abre el vino y comamos primero la ensalada.

–Vale. Aquí huele delicioso.

Alex caminó hasta los fuegos y lo probó todo. Los ruiditos que hacía cuando se quemaba la lengua o los dedos hacían que Jamie sonriera. Lo miró por encima del hombro, enamorándose más de él minuto a minuto.

Todo el mundo tenía épocas malas. Ellos también las tendrían, pero dependía de ellos el volver a estar juntos, pedir perdón y quererse durante las tormentas que vinieran.

Él miró por encima de su hombro y sonrió.

–Sabía que me estabas mirando.

–Siempre te estoy mirando. Tengo clavada tu imagen encima de mí, tu cara retorciéndose de pasión. –Jamie parpadeó sorprendida. ¿De verdad acababa de decir eso en voz alta?

–Joder, eso es muy sexy. –Alex se lamió los labios—. Voy a cambiarme, pero ¿necesitas que te ayude con algo antes?

–No. Te veo en la mesa.

Alex dio unos cuantos pasos hacia el salón y se detuvo.

–Gracias, Jamie. Por esto... por todo. –Se pasó los dedos sobre los labios mientras su expresión se suavizaba. Era imposiblemente guapo.

–De nada –dijo ella, intentando por todos los medios no atragantarse de emoción. Saber que él tenía la intención de reconciliarse aunque ella no hubiese dado el primer paso era tierno, pero aunque no hubiese sido así, Jamie se alegraba de poder demostrarle lo mucho que le importaba. Cenarían, luego habría sexo, un montón.

Tras terminar la ensalada, Jamie lo puso todo en la mesa. Acababa de servir el vino cuando llegó Alex. Sus vaqueros eran de talle bajo y no llevaba ni camiseta ni zapatos.

Las preciosas curvas de su pecho y su abdomen llamaron la atención de Jamie, obligándola a hacer una pausa para disfrutar lo que veía.

–Joder, qué bueno estás –murmuró y extendió las manos para rozar con las puntas de los dedos su abdomen, bajando mientras él se acercaba para sentarse a su lado.

Alex le cogió la mano y se la llevó a los labios para besar cada dedo con suavidad, mirándola por debajo de las pestañas.

–Tengo muy buenas noticias, aunque son inquietantes. –Cogió el vino y dio un trago rápido antes de hablar–. Annette no está embarazada, pero alguien le pagó para fingir que lo estaba.

El alivio se apoderó de Jamie como nunca antes.

–¿En serio? –Arrugó el entrecejo–. Espera, ¿Qué? ¿que le pagaron?

–Aún estoy perdido respecto a quién pudo haber sido, ella no quiere soltar el nombre. –Alex se encogió de hombros y se echó hacia atrás, su lenguaje corporal mostraba que se sentía aliviado.

Jamie giró levantando las manos.

–¡No está embarazada, no está embarazada! –Lo besó–. Sí.

Alex se rió.

–¿Un sí y ya está? Yo tiré una silla cuando lo supe.

Jamie soltó una carcajada llena de alivio. Señaló una silla y se sentó en la otra. Cogió el tenedor:

–Coma, señor Reid. Tengo planes para usted, necesita estar fuerte.

Él contuvo la risa y cogió la copa de vino.

–¿De verdad me habrías ayudado a criar al niño?

–Sí. –Ella levantó la cara y lo miró a los ojos. Luego chocó su copa contra la de él.

–Siento haberme puesto pesado con lo de Mark. Hablé con él hoy cuando veníamos de vuelta. También con eso he sido un completo idiota. Es solo que odio pensar que te pueda caer mejor que yo. Mi padre lo quería muchísimo y la verdad es que yo también lo quiero. Aún intento separar la rabia que siento y lo de que sea mi hermano y que en realidad es un tío estupendo. Me va a llevar un poco de tiempo. –Se encogió de hombros–. Pero... no debería ponértelo difícil porque seas agradable con él. Lo haces como una extensión del cariño que sientes por mí.

–Es un buen hombre pero ni siquiera me habría molestado en hablar con él si no fuese tu hermano. Soy mujer de un solo hombre, Alex. No existe nadie más para mí. Ni existirá. –Comió un poco de ensalada, disfrutando la tranquilidad que tenían. Y el alivio, ese alivio repentino, gratificante.

–Perdóname por la situación en casa de mi padre. Estuve muy fuera de lugar, como un estúpido. Sinceramente no era mi intención hacerte sentir menos, ni como una puta. Tan solo respondí en el momento, fue algo estúpido. Mi reputación en la empresa no va a cambiar ni por ti ni por nadie.

Si mejora o empeora será por mí. Tú me conviertes en un hombre mejor. Odio saber que te he hecho daño.

–La gente tiene que aprender y los dos tenemos que cambiar un poco para que lo nuestro funcione. –Jamie puso la mano sobre la de Alex–. No me importa que lo nuestro se sepa o no. Tan solo quiero que me vean como tu mujer porque es una inclinación natural, supongo.

–Y así será. Gritaré al mundo que somos pareja. Estoy cansado de que mis inversores te tiren los tejos y de que el maldito becario te mire como si no fueras más que un culito caliente. Lo quiero fuera de tu despacho. –Su tono cambió a algo mucho más terminante.

Jamie arqueó una ceja e inclinó la cabeza.

–Pues entonces haz que acaben las obras. Yo también quiero que se vaya, aunque no por el mismo motivo que tú. Es muy buen tío y no ha sido maleducado en ningún momento. No empieces a imaginarte cosas que no son. Te apoya, a ti y a la empresa.

Alex miró el plato y luego subió la mirada.

–Tienes razón. No dejes que me pase, por favor. Soy tan asquerosamente celoso con cualquier persona que se te acerque. Necesito aprender a equilibrar eso.

–No te preocupes. Quiero que se marche para poder pasar a tu despacho desde mi puerta privada, tengo mis motivos. –Jamie sonrió de oreja a oreja con una mirada astuta–. Y ya estás borrando esos celos tontos. Soy tuya. Tienes que creerme.

–Empiezo a hacerlo. –Acercó su silla a la de ella y deslizó una mano por el muslo de Jamie–. ¿Entonces estamos bien? ¿Tú estás bien?

–Sí, estamos bien. –Se giró y le acarició la cara–. Se nos va a enfriar la comida, ¿no?

La mirada de Alex era hambrienta, asintió y luego tiró de Jamie para darle un beso apasionado. Ella se preguntó para qué se había molestado en cocinar. Se sentó a horcajadas sobre las piernas de él, levantándose la falda por encima de los muslos. Los pulgares de Alex juguetearon sobre la fina tela del tanga mientras Jamie gemía sin dejar de besarlo, su cuerpo preparado para la carnalidad con el hombre al que amaba.

Él interrumpió el beso y le sujetó la cara con las manos.

–Te quiero. Mucho, Jamie. Quiero que seas mía. Solo mía. No me interesa nadie más.

–Yo también te quiero, Alex. –Se apretó contra él, sus palabras le habían encendido de pasión todo el cuerpo.

Él la amaba.

Al fin.

## Capítulo 19

La pasión que había empezado en la mesa pronto pasó al baño, ya que Alex echó hacia atrás la silla y sujetó a Jamie con fuerza. Ella se abrazó a él, besándolo con amor mientras las manos de él le sujetaban el trasero. Alex caminó con ella enganchada a través del salón, hasta llegar al dormitorio principal.

–¿Bañera o ducha? –La ayudó a bajar por la parte frontal de su cuerpo.

–Ducha. –Jamie se echó hacia atrás y se sacó el vestido por la cabeza.

Los ojos de él se abrieron más. Tiró de ella para comerle la boca otra vez, mientras le quitaba primero el sujetador y luego el tanga.

–Joder, cómo te necesito –murmuró Alex contra su cuello justo antes de agacharse para mordisquear y lamerle los pechos. Sus dedos acariciaron la firme piel de su tripa y luego jugaron sobre su sexo.

–Sí. De cualquier manera hoy pensaba violarte. –Jamie metió los dedos entre su pelo mientras él se ponía de rodillas para abrazarla, masajeándole el trasero.

Él levantó la mirada y sonrió:

–¿Me ibas a violar? ¿Por qué me parece lo más sexy que he oído?

–Porque eres un chico malo.

Jamie se mordió el labio de abajo y siguió acariciándole el pelo. Los ojos de Alex la recorrían, haciéndola sentir expuesta, pero más que preparada para cualquier cosa que él quisiera.

–Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. –Se echó hacia adelante, pasando la lengua sobre su piel húmeda.

Jamie gimió y tiró un poco de la cabeza de Alex, demostrándole sin demasiada fuerza lo mucho que lo necesitaba.

–Contra la pared. Sube la pierna sobre mi hombro. Solo una pierna. –Alex sonrió con amplitud cuando ella se echó hacia atrás.

Despacio, se acercó a ella con una mirada de depredador en su preciosa cara. Cuando se lo hizo, las piernas de Jamie temblaban ligeramente.

–Buena chica. –Giró la cabeza para morderle el muslo mientras la otra pierna descansaba sobre su hombro—. Soy tuyo toda la noche. Hace mucho que te lo debo.

–Por favor –Jamie gimió cuando él se giró y posó la boca abierta sobre su sexo, succionando y lamiéndola con ritmo. No había vergüenza alguna en el deseo con el que Jamie contoneaba la cadera, apretándose más contra la cara de Alex. Los profundos gruñidos y gemidos que salían de él se deslizaban sobre la piel desnuda de Jamie, poniéndola la piel de gallina.

Verlo de rodillas, lamiéndola, la presión de sus dedos jugando con la estrecha abertura de su cuerpo, la llevaron al límite de la explosión. Él le metió un dedo y el cuerpo de Jamie se estremeció. El calor estalló en su estómago y levantó la barbilla hacia el techo gritando, sacudiéndose sobre el ataque de Alex.

–Mmm hmm... dámelo, Jamie.

Él siguió follándola de forma experta, con rapidez, provocándole otro orgasmo en cuestión de segundos.

–Por favor –suplicó ella, expulsando el aire y empujando a Alex por el hombro para apartarse de él. Las manos de Jamie presionaron la pared que tenía detrás mientras apoyaba allí mismo la cabeza, buscando aire–. Eso... ha sido... increíble. Tan... ¡Joder! –dijo sin respiración, intentando tranquilizar el ritmo acelerado de su corazón y el centro de su cuerpo que aún latía.

–Quiero más. Sabes que soy avaricioso. –La voz de Alex sonaba tan bien, tan llena de masculinidad, tan llena de deseo.

Jamie se giró y apoyó la espalda contra la pared mientras él entraba en la ducha para abrir el agua y regular la temperatura. Se aseguró de girarse para que ella lo mirara cuando se bajó la cremallera de los vaqueros y se los quitó. Su polla estaba allí, alzada gruesa y orgullosa, reclamando atención.

–Me toca.

Jamie se acercó a él, recorriendo su erección con la mano hacia abajo. Nunca había dejado de excitarla el saber que lo tenía para ella durante toda una noche. Pero en esta ocasión... él la quería.

–Ahora no. En otra ocasión. Necesito estar dentro de ti, amor.

Alex le acarició el pelo y luego tiró, mientras su otra mano se deslizaba por un costado del cuerpo para llegar a la cadera y sujetarla con firmeza. Tiró de ella y le dio un beso que le llenó los sentidos de lujuria. Era genial su sabor y la idea de que su boca había estado en las partes más íntimas de ella hizo que su sangre se convirtiera en fuego.

–Yo también lo necesito –susurró Jamie contra su boca, levantando la mirada, perfectamente metida en su papel de reina del sexo.

–Métete en la ducha y apoya las manos contra la pared.

Ella no dijo ni una palabra, hizo lo que él le ordenaba. Entró en la ducha y se pasó la larga melena rubia por encima del hombro izquierdo. Necesitaba sentir la boca de él sobre su espalda y sobre sus hombros y para ella el pelo tenía que dejar vía libre.

Jamie deslizó las manos por la fría pared de la ducha, se sujetó y tembló.  
–Ya está. Deja que te haga entrar en calor, pequeña.

Alex deslizó las manos sobre la espalda de Jamie, por sus brazos, luego entrelazó los dedos con los de ella, apretando con fuerza sus cuerpos.

Jamie no pudo evitar moverse un poco, necesitaba sentir la gruesa presión de la erección de él contra las nalgas. Los chorros de agua caliente la excitaban, mojando el espacio que había entre los dos, mejorando aún más la fricción del cuerpo de Alex chocando contra el de ella. Lubricando.

–Me encanta sentirte sobre mí. –Jamie giró la cabeza hacia un lado.

Él se agachó para darle un beso en la esquina de la boca, modificando su postura para penetrarla.

–¿Y dentro de ti? –Presionó un poco y Jamie gimió fuerte–. ¿Más, Jamie?

–Joder, sí. –Empujó hacia atrás notando la agresión–Mucho más.

Él contenía la risa de placer y le besó la esquina de la boca una vez más.

–A mi mujer le doy... todo lo que quiera.

Alex se echó hacia atrás y le pasó las manos por la cadera, una vez más por la curva del trasero. Luego la sujetó con suavidad para que entrara el resto de él hasta el fondo.

Los dos se unieron en una serie de gemidos cuando él empezó a moverse despacio pero con fuerza. Las profundas embestidas encendían los sentidos de Jamie y eran como cálidos dedos de placer que la recorrían de la cabeza a los pies.

Él volvió a apoyarse sobre ella, deslizando las manos por la parte frontal de su cuerpo, sujetándole los pechos y jugando con los pezones mientras le mordía la espalda.

–Muérdeme, pero no me hagas daño. –Jamie se sacudió y se echó hacia atrás, balanceándose sobre lo que él le ofrecía.

Los dientes de Alex se apoyaron sobre su piel mientras ella gritaba de placer y otro orgasmo se apoderaba de su cuerpo. Suaves besos reemplazaron a los dientes. Los dedos de Alex entraron en su sexo, frotando hacia adelante y atrás el clítoris mientras ella lo montaba con gusto.

Hicieron el amor durante lo que pareció una eternidad, pero Jamie no quería que terminara. Al final Alex se unió a ella en un orgasmo largo y

prolongado. Cayeron en un lateral de la ducha, abrazados y jadeando sobre la piel del otro.

–Te quiero tanto.

Alex se apartó y la giró para estrecharla entre sus brazos. La besó con fuerza, sujetando casi todo su peso, ya que las piernas de Jamie temblaban terriblemente.

–Yo también te quiero, Alex. Llévame a la cama. –Se apoyó en él, escondiendo la cara en su cuello y relajándose.

No había nada como ser abrazada por él. Sus fuertes brazos eran el recordatorio perfecto de que siempre la apoyaría.

–¿Quieres más, diosa del sexo? –bromeó y cerró la ducha.

–Siempre. –Sonrió y se apartó, sujetándose del grifo mientras él le pasaba una toalla—. Creo que nunca me voy a cansar de ti.

–El sentimiento es mutuo. –Alex abrió la mampara y salió delante de ella, ofreciéndole luego la mano.

Jamie se envolvió en la gran toalla azul, cogió su mano y salió de la ducha. Pasaron al dormitorio y él le quitó la toalla antes de que ella se metiera en la cama.

–Pero qué... qué bonito. –Alex se quedó al pie de la cama mirándola.

Jamie se giró y se tumbó boca arriba, estirando la mano hacia él.

–Ven aquí y abrázame.

–¿Y si te hago el amor y luego te abrazo? –Arqueó la ceja y se metió en la cama, tomándose su tiempo para recorrer la piel de Jamie con la nariz y los labios.

–Eres insaciable. –Ella le acarició los hombros y luego la espalda cuando se acercó para tumbarse sobre ella.

–Solo contigo. –Observó su cuerpo. Con los codos apoyados en la cama, a ambos lados de la cabeza de Jamie, le echó el pelo hacia atrás con cariño y dejó que sus ojos la recorrieran—. Pensé que te había perdido. Aún tengo ganas de pedirte perdón un millón de veces. Para que todo sea perfecto entre nosotros.

–Ya lo es. –Jamie se movió y luego lo abrazó con las piernas—. Borrón y cuenta nueva. Podemos empezar, no de cero, sino desde donde lo dejamos.

–Te quiero conmigo cada noche. –Se acercó para rozar sus labios contra los de ella.

–Eso se puede arreglar. Hablaré con tu asistente personal. –Sonrió y apretó con las piernas el perfecto trasero, gimiendo cuando él volvió a entrar

en ella.

–Ten cuidado, es una tigresa. Muerde. –Alex se tensó y se balanceó sobre ella para luego enterrar la cara en su cuello y succionarle la piel.

–Me han dicho que hay un solo hombre al que está dispuesta a hincarle el diente. –Jamie gimió en alto y levantó la cadera, deseosa de tener más de él.

–Ese soy yo. –Se acercó a su oído—. ¿Verdad?

Jamie se echó a reír y ambos giraron, sentándose. Ella se clavó para hacerse con toda la longitud de él—. Sí, tú eres el único “él” que hay en mi vida.

–Bien. Demuéstrame de lo que eres capaz, amante mía.

–Tú lo has querido. –Se echó hacia adelante y le clavó las uñas en el firme pecho, dejando que las inhibiciones se fueran volando por la ventana.

Jamie quería que él recordara esa noche.

## Capítulo 20

Despertar a la mañana siguiente al lado de Alex fue como un sueño hecho realidad. Su pelo castaño oscuro estaba revuelto de tanto girar toda la noche. A Jamie le saltó el corazón en el pecho cuando se giró con cuidado para tumbarse de lado y ponerse las manos debajo de la cara.

Nunca habría otro hombre capaz de robarle el corazón como él lo había hecho. Él creyó en ella cuando no lo hacía nadie más, luchó por ella cuando ella misma no estaba lista para luchar. Era casi irónico que Stephen los hubiese presentado con la idea de que no fuesen más que compañeros de trabajo.

Movió la mano y le acarició el pelo, echándoselo hacia atrás mientras él abría los ojos. El azul profundo de estos le cortó la respiración. Jamie intentó memorizar cada detalle de su preciosa cara.

–¿Estás viéndome dormir? –preguntó él con una voz grave.

–¿Te resulta inquietante que la respuesta sea sí? –Jamie sonrió y le acarició la cara. La barba incipiente le hizo cosquillas en los dedos de tal manera que tuvo que contener un gemido.

–Para nada, es halagador. –Se acercó, colocándose para quedar tumbado de costado frente a ella–. Hacía siglos que no dormía tan bien.

–Buena señal, ¿eh?

Jamie sonrió y se acercó para posar los labios sobre los de él. Estar tan calentita y a gusto por la mañana la excitaba, aunque no era para nada el momento de ir a por otro asalto entre las sábanas. Era el último día de la conferencia para los inversores. Jamie se sentía agradecida de que casi hubiese terminado... Demasiado estrés y tiempo invertido para lo poco que sacaba a cambio.

–Una señal magnífica. Tengo algo para ti. Te lo doy esta noche en la cena. –Alex sonrió y ella no pudo evitar corresponder.

–¿Qué es?

–No te lo voy a decir. Vamos juntos a la oficina. Daré la sesión de apertura y luego nos pasaremos el resto del día sin vernos apenas. Un horror, pero acabará pronto. –Se acercó para darle un beso más profundo una vez más.

–¿Me vas a dar mi regalo en la cena esta noche? –Se apoyó en el codo, apoyando la cabeza sobre la mano mientras él se levantaba de la cama desnudo, como su madre lo trajo al mundo.

–Sip, tiene que ver con nuestros siguientes pasos. Estoy preparado para dar el gran salto. –Caminó hacia el armario, era encantador ver su culito en movimiento–. ¿Tú estás preparada?

–Yo estoy preparada para lo que sea si incluye verte desnudo más a menudo. –Se puso boca arriba y apagó su risa mientras él movía el trasero y desaparecía dentro del armario.

–Levántate y vístete. Te veo en treinta minutos.

–Tengo hambre. –Jamie se quejó brevemente y se levantó, deseando que fuese sábado y pudieran pasar el día en la cama jugando.

–Podemos coger un muffin –La voz de Alex sonó apagada, pero ella entendió el comentario.

Se levantó, se puso el vestido y se detuvo frente al armario para pellizcar el trasero de Alex con las dos manos.

–Cuidado, ninfa, o vamos a tener que buscar un nuevo trabajo los dos. – La miró por encima del hombro y le ofreció una sonrisa que le habría deshecho las bragas si hubiese sabido dónde estaban.

–Vale. Casi estoy tentada a probar.

–Ojalá lo hicieras. –Alex cogió una camisa azul oscuro del riel que había sobre su cabeza–. Ve a arreglarte, preciosa. Te quiero.

–Yo también te quiero.

Le pellizcó el trasero una vez más y se giró, lamentando no poder ver cómo acababa de vestirse.

La idea de ir con él al trabajo la ponía tan feliz como un niño con juguete nuevo. Era una tontería, algo demasiado simple, pero significaba mucho para Jamie. Era el tipo de pequeñas cosas que quería empezar a explorar con él.

Era casi como si hubiesen necesitado un poco de drama que los sacudiera para darse cuenta de que eran perfectos el uno para el otro.

–Pero basta de dramas. Suficiente para un buen rato.

Jamie rió y se fue a su piso con una sonrisa en la cara.

–Coge tú los muffins, yo preparo el discurso de apertura, ¿vale? –Alex le acarició la espalda mientras entraban en el gran edificio de oficinas del centro

en el que trabajaban.

–Sí. Date prisa, vas a llegar tarde.

Jamie se movió cuando él la tocó, caminando hacia la cafetería. Casi se sentía mal por hacer que llegaran tarde. Treinta minutos para arreglarse podían ser suficientes para él, pero tras una noche de sexo, ella necesitaba una ducha y tiempo para hacer algo con su pelo. Le dijo unas diez veces que se fuera sin ella, pero él no quiso escucharla. En vez que verlo en la puerta de casa, Alex acabó esperándola sentado en su sofá, gruñendo bajito mientras ella no paraba de correr.

–Buenos días, Jamie. –Paul se acercó a ella y señaló la cafetería con la cabeza–. ¿El desayuno de campeones? ¿Rico o saludable?

Ella sonrió.

–¿No puede ser las dos cosas?

–No, señorita. No en mi experiencia. Si alguna vez encuentras el equilibrio perfecto... dame la receta. –Se detuvo frente a la barra para hablar con la cajera–. Te veo arriba.

–Bien.

Jamie caminó deprisa hacia los panes, cogió cuatro muffins, uno de cada tipo. No recordaba si a Alex le gustaban de chocolate o de arándanos. Mejor que hubiese de sobra. Les esperaba un largo día y, tras el festival de noche entera haciendo el amor, sabía que él estaba cansado. Ella también lo estaba.

Buscó a Paul, pero no estaba por ninguna parte. Imaginó que estaría arriba en el despacho. Pagó y se dio prisa en subir. Dejó los bollos en el fondo de la gran sala de conferencias, luego se puso junto a Gina en la pared de atrás. La sala estaba hasta arriba de gente que parecía perdida con el mensaje de Alex.

Él hablaba con tanta seguridad e inteligencia que no era de extrañar que fuese multimillonario siendo tan joven. No se trataba de ganar un montón de dinero, sino simplemente de convertirse en el hombre que debía ser.

–Hey, chica. –Gina la empujó con el codo–. Te lo has perdido.

–¿El qué? –Jamie se apoyó en ella para susurrar bajito, ganándose unas cuantas miradas.

–Alex acaba de decir que si alguien tiene alguna pregunta tú puedes responder a todo de sobra. Te ha llamado su Consejera Senior. –Arqueó una ceja–... Felicidades para ese pedazo de ascenso.

Una ráfaga de electricidad se clavó en Jamie mientras se le abría la boca. ¿Era ese el siguiente paso al que él se refería? Imaginaba que le iba a pedir

que fuese suya para siempre, que le iba a dar un anillo. Era tonto, quizás demasiado, pero ¿cuál era ese siguiente paso que iba a hacer que ella estuviese a su lado todos los días?

Ser su Consejera Senior.

–Es genial. Interesante. No tenía ni idea. –Jamie se abrazó a sí misma, un poco desilusionada porque se tratara de algo relacionado con la empresa y no con ellos.

–Los dos parecéis de mejor humor. ¿Van mejor las cosas? –Gina hablaba bajito.

Jamie asintió y dejó que una gran sonrisa se le dibujara en los labios.

–Anoche nos dijimos te quiero.

–¡Oh! –exclamó en alto Gina. Alex hizo una pausa, dedicándoles una mirada de advertencia seguida de una sonrisa.

–Han subido las acciones esta mañana. –Informó Jamie a la sala y se encogió de hombros–. Nos entusiasmanos fácilmente.

Todo el mundo se echó a reír y Alex retomó la charla.

Jamie se apoyó en la pared para observarlo en su elemento. Dejó escapar un suspiro, intentando calmar su corazón acelerado. No podía evitar preguntarse si siempre estarían tan enamorados. Era probable que fueran la típica pareja mayor con la que nadie quería estar porque no pueden dejar de acariciarse.

Se rió bajito y Gina le dio otro codazo.

–Shh... Yo no me acuesto con él. Me va a despedir.

Jamie puso los ojos en blanco y miró a su amiga.

–Más te vale no acostarte con él o que te despidan va a ser la menor de tus preocupaciones.

La voz de Alex llamó su atención.

–Así que agradecemos que estén aquí este último día. Yo pasaré a la sala 26A. La señorita Connors estará aquí por si tienen alguna pregunta sobre los paquetes de inversión que les dimos ayer. Nos reuniremos en la planta baja para comer sobre las dos.

Jamie le guiñó un ojo a Gina.

–Allá voy.

–A por ellos, chica. No como has ido a por Alex, ya me entiendes...

El resto del día transcurrió sin muchos sobresaltos. Se quedaron cortos con los folletos y con algunos documentos, pero nada que no se pudiera solucionar rápidamente. Jamie acabó con su tarea de anfitriona del evento y se pasó por la mesa de Gina.

–He terminado, al fin. –Jamie apoyó los antebrazos en el mostrador de recepción y sonrió–. Ha sido un día largo.

–Lo es cada año. ¿Quieres salir a tomar una copa? – Gina se relajó en la silla y emitió un suspiro largo.

La voz de Alex se levantó detrás de ella justo antes de que su mano se posara sobre su cadera.

–No está libre. Tengo planeada una noche especial para la Consejera Senior más trabajadora de la empresa.

Jamie se giró hacia él y le sonrió.

–Creía que el ascenso era el regalo.

–¿Qué? No. Esto te lo has ganado, tonta. El regalo es algo más personal. –Se acercó y le dio un beso en la nariz–. Vosotras dos habéis hablado demasiado, ¿eh?

Gina soltó una risa nasal.

–¿Pero por qué dice eso, jefe?

Jamie le rodeó la cadera a Alex con el brazo y le acercó la cara, agradecida de que los días en los que debían esconder su relación hubiesen quedado atrás.

–Porque te portas muy bien conmigo cuando Jamie no está enfadada. Pero si hago algo que la hiera o la enfade siempre lo sé por ti. No te portas agradable ni me ayudas mucho. –Alex reía mientras le comentaba esto a Gina.

–Es que es mi chica. –Jamie apretó a Alex–. Me protege.

–Entonces se merece un aumento también. Lo voy a pensar. Con lo imbécil que he estado últimamente, debe estar tan cansada como tú y yo. –Dirigió su atención a Jamie, sonriéndole–. ¿Lista para marcharnos?

–Sí. –Jamie se giró hacia Gina cuando Alex la soltó.

–Tengo que ir a mi despacho cinco minutos. Te veo en el ascensor. –Alex se giró y se marchó, dejándolas solas.

–¡Guau, menudo cambio! –Gina arqueó la ceja y le ofreció a Jamie una sonrisa cómplice–. Me encanta. Va a ser mucho mejor ahora que ya no ocultáis lo vuestro.

–Cuéntamelo a mí. –Jamie se giró para ver cómo Alex se marchaba–.  
¿Qué crees que me va a dar esta noche? Ha dicho que es un regalo.

–Mi novio siempre decía que me iba a dar el mejor regalo del mundo. Tal vez sea eso.

–¿Qué? –Jamie miraba por encima del hombro.

–Una polla en una caja.

Las soltaron una carcajada mientras Gina lo repetía unas cuantas veces, haciendo que rieran cada vez más fuerte.

Alex volvió y cogió la mano de Jamie.

–Las dos os vais a ganar una sanción de conducta por montar tanto escándalo.

–Por favor. No nos echéis la bronca, nos lo pasamos muy bien. –Gina volvió a reír, golpeándose las piernas con las manos–. Que lo paséis bien esta noche, chicos.

–Así será. –Alex movió la cabeza hacia la puerta–. ¿Lista?

–¿Vamos a salir así? –Jamie se despidió de Gina con la mano y luego entró con Alex en el ascensor.

–Claro. Solo estamos tú y yo. Me ha parecido que sería agradable darle un tono casual. –Sostuvo la puerta del ascensor para ella saliera delante.

–Esto me pone un poco nerviosa. ¿Adónde vamos?

–Ya lo verás –Alex se rió y eso no hizo sino levantar más interrogantes.

Caminaron en silencio hasta salir del edificio, donde los esperaba una larga limusina.

–Su carroza, mi dama. –Le abrió la puerta.

El calor se apoderó de ella cuando recordó la última vez que habían estado en una limusina. Seguro que la intención de él no era recrear aquello. ¿Aquella noche sería la noche? ¿Tenía un anillo? Seguro que no. No podía evitar tener esperanzas, pero la parecía que era algo que se debía hacer en un restaurante o algún lugar así.

Subió a la limusina y se sentó junto a una tabla de quesos, carne, galletas saladas y fruta. Había una botella de champán en un cubo de hielo y dos copas alargadas al lado.

Alex montó detrás de ella y sonrió.

–¿Te gusta?

–Me encanta.

Cerró la puerta y se giró hacia ella cuando el vehículo empezó a moverse.

–Sé que te he dicho que quiero dar el siguiente paso contigo y así es. Quiero dar todos los pasos. Pero me parece natural que los disfrutemos pasando de uno a otro despacio y pensándolo.

–Vale, eso es lo que quiero. –Se acercó, apretando la rodilla contra la de él mientras se le disparaba el corazón. De pronto le costaba respirar.

Alex sacó una cajita azul del bolsillo interior de su chaqueta y se la dio.

–Espero que me digas que sí.

*¡Ya está! ¡Ay, Dios! Me va a pedir que me case con él. ¡Es una caja de anillo!* Un millón de pensamientos y comentarios corrían a toda velocidad por la mente de Jamie. ¿Era esto lo que quería? ¡Joder, sí! Lo amaba. Caminar a su lado el resto de la vida para ella estaba bien. Iba a violarlo aquella noche. Violarlo pero bien. Una y otra vez.

Con una mano ligeramente temblorosa, Jamie cogió la cara cajita. ¿Era de Tiffany? ¿Cuánto tiempo haría que él la tenía? Se le aceleraba el corazón de emoción. Se pasó la lengua por los labios y abrió despacio la cajita sin saber qué tipo de anillo podía esperar.

Parpadeó y se quedó mirando el interior de la caja.

Una llave dorada ricamente trabajada estaba sobre una cama de seda azul, casi parecía etérea.

No era un anillo. *¡Joder!*

–¿De dónde es esta llave? –preguntó bajito, levantando la mirada, casi esperando una respuesta tonta como que era la llave de su corazón.

–De la casa. Quiero que te mudes a vivir conmigo. En tu casa pondremos una oficina o un spa o lo que quieras. Te quiero en mi cama cada noche y por las mañanas, en mi mesa cenando cada noche y entre mis brazos cada momento que podamos estar juntos. ¿Te mudas conmigo?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió. No era un anillo, pero era algo muy cercano.

–Sí, claro que sí. Encantada.

Él la abrazó con fuerza y le devoró la boca mientras sus dedos le subían el borde de la falda negra.

–Bien. Ahora que esto está hecho, hagamos lo que mejor se nos da en una limusina.

–Pero se nos va a enfriar la comida –bromeó ella.

–Con nosotros, amor mío, siempre se va a enfriar.

**FIN**

**Amar al jefe**



## **Nota de la autora:**

¡Gracias por leer la Serie La asistente personal!

Me encanta saber lo que los lectores opinan de los personajes, si les gustaría saber más de alguno de ellos o ver a algún otro personaje.

¡Espero que hasta ahora estés disfrutando la serie!

Mi información de contacto está en la siguiente página.

Un beso,

Lexy



# Busca a Lexy Timms:

**Lexy Timms Newsletter:**

<http://eepurl.com/9i0vD>

**Lexy Timms Facebook:**

<https://www.facebook.com/SavingForever>

**Lexy Timms Web:**

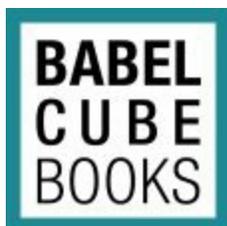
<http://lexytimms.wix.com/savingforever>

# **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

# ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



## **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)